

GUILLERMO DE SAINT-THIERRY

DE
LA CONTEMPLACION
DE DIOS

DE
LA NATURALEZA y
DIGNIDAD DE
EL AMOR

LA ORACION

PADRES CISTERCIENSES

GUILLERMO DE SAINT-THIERRY

DE LA CONTEMPLACION
DE DIOS

DE LA NATURALEZA Y
DIGNIDAD DEL AMOR

LA ORACION

1

PADRES CISTERCIENSES

Publicación del Monasterio Ntra. Sra. de los Angeles
Casilla 34 — 7300 Azul — Argentina

1976

Contemplación de Dios
Naturaleza y Dignidad del Amor
Oración

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

PUEDE IMPRIMIRSE

† Mons. Manuel Marengo

Azul, 10 noviembre 1975.

Diagramó: Monjas benedictinas de Sta. Escolástica

monasterio
trapense
(AZUL) 595
Biblioteca
P. 244.71; SAI

Queda hecho el depósito fijado por ley 11.723

© Monasterio Ntra. Sra. de los Angeles

Azul - Argentina

IMPRESO EN ARGENTINA

A ti María

Virgen y Madre

Madre de la Misericordia

Y Madre nuestra

Señora del cielo y

Jardín de delicias

Alegría del Císter

Por quien todo lo recibimos

Contenido

Dedicatoria	3
Contenido	5
Presentación	7
Nota del Editor	9

GUILLERMO DE SAINT - THIERRY

por el P. Robert Thomas OCSO	13
------------------------------------	----

DE LA CONTEMPLACION DE DIOS

Introducción, traducción y notas, por Hna. Ma. Estefanía Tamburini OSB de Sta. María Madre de la Iglesia, Uruguay	29
---	----

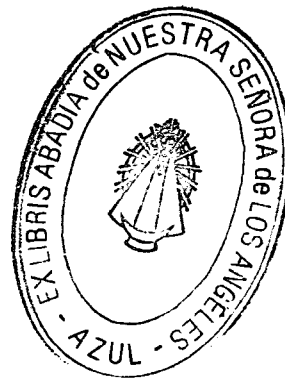
DE LA NATURALEZA Y DIGNIDAD DEL AMOR

Introducción y notas según el P. Robert Thomas, traducción por las Monjas benedictinas de Sta. Escolástica, Argentina	77
---	----

LA ORACION DE DOM GUILLERMO

Introducción, notas y traducción por un monje de Azul	163
---	-----

SIGLAS	24
INDICE BIBLICO	175
INDICE GENERAL	183



Presentación

Me es muy grato expresar aquí mi completo apoyo a esta serie de traducciones de los Padres cistercienses. Hace mucho tiempo que nuestras casas de habla española sienten la necesidad de un mayor contacto con las fuentes de nuestra espiritualidad monástica, pero las dificultades inherentes a su traducción y publicación han impedido en gran medida este deseado encuentro. La traducción casi completa de las obras de San Bernardo en la Biblioteca de Autores Cristianos, y algunas otras de San Elredo de Rievaulx, y Guillermo de Saint-Thierry, no han hecho más que aumentar el deseo de nuestros monjes y monjas por una serie de traducciones de las obras de nuestros Padres.

Por eso, junto al de muchos otros, quiero ofrecer mi personal agradecimiento a la Comunidad de Azul, Argentina, por haberse responsabilizado por este proyecto. La ayuda de algunos bienhechores y de muchos monjes y monjas, tanto cistercienses como benedictinos, en América Latina y España lo ha hecho una realidad en este momento, en que tantos jó-

venes en todas partes del mundo buscan raíces espirituales más profundas.

Es mi firme convicción que la tradición espiritual cisterciense tiene mucho que decir a esta generación moderna, puesto que nuestros Padres hacían hincapié en la necesidad de estudiar al hombre como realmente es y, en particular, de resolver el problema del amor. Otro punto que es importante para el día de hoy, es su gran devoción a Cristo en su humanidad.

Que Dios continúe bendiciendo los esfuerzos de todos los que colaboran para llevar a cabo estas publicaciones cistercienses. Y que las riquezas espirituales de la doctrina monástica se haga punto de partida para un nuevo florecimiento de la espiritualidad cristiana en todo el mundo.

AMBROSIO SOUTHEY
Abad General de los
Cistercienses Reformados

Nota del Editor

Con esta primera entrega damos comienzo a la serie PADRES CISTERCIENSES, la cual estará dedicada a la publicación de las obras de los principales autores del "Siglo de Oro" cisterciense —siglo XII—, cuya experiencia y doctrina espiritual dió peculiar impronta a la entonces naciente Orden del Cister.

Conscientes del paulatino crecimiento del monacato en América Latina, de los medios señalados para la adecuada renovación de la vida religiosa, y recogiendo los legítimos anhelos de tantos monjes y monjas de habla española que desean beber de las "propias fuentes", pero que se ven imposibilitados de hacerlo por carecer de textos, o bien de un insuficiente dominio del latín; todo ello nos ha determinado a traducir y publicar en nuestra lengua el rico patrimonio de nuestros Padres, a fin de poner al alcance del hombre moderno lo que en su momento fue sustancioso alimento de quienes hicieron de sus vidas una infatigable búsqueda de Dios.

PADRES CISTERCIENSES desea ser un servicio sencillo y útil para nuestras comunidades y para todos aquellos que quieran servirse de él. Basado en los mejores textos latinos existentes, no pretende ser una traducción definitiva de los mismos, pero sí, lo suficientemente buena como para permitir el trabajo del estudioso, y la adecuada comprensión del lector no erudito. Su estilo buscará de conformar tanto al lector español como al latinoamericano; al menos así lo esperamos.

PADRES CISTERCIENSES será deudora de colecciones semejantes ya aparecidas en francés e inglés, y de las meritorias publicaciones en castellano que con variada suerte la han precedido. A ellos recurriremos para ayudarnos en nuestro trabajo, el cual quiere ser también un sencillo homenaje a quienes sorteando innumerables dificultades nos han brindado su talento y las enseñanzas de estos autores.

Justo es decirlo, la Comunidad de Nuestra Señora de los Angeles, de Azul, Argentina, no podría por sí misma brindar el presente servicio. A la generosidad de quienes nos ayudarán materialmente, se suma el inapreciable aporte de monjes y monjas de comunidades latinoamericanas y españoles —tanto cistercienses como benedictinas—, sin el cual PADRES CISTERCIENSES nunca podría llegar a ser una realidad. Por ello, la presente serie pertenece a todos aquellos que desean colaborar con ella, transformándose así, en elocuente gesto de caridad fraterna. Nuestra gratitud a todos ellos.

Contando ya en nuestra lengua con las obras de San Bernardo, hemos creído conveniente comenzar con el así llamado "teólogo" de la escuela cisterciense: Guillermo de Saint-Thierry; y ello mediante sus primeros escritos espirituales, siguiendo el orden que presenta el manuscrito Mazarine 776. A fin de completar lo ya escrito en castellano sobre este autor, hemos pedido al P. Robert Thomas de Sept-Fons que nos hiciera una introducción a la persona y obra del santo Abad, procurando transmitirnos el espíritu de Dom Guillermo, que él tan acertadamente ha sabido captar y asimilar luego de haber estudiado y orado sus textos por tantos años.

El tratado "De la contemplación de Dios" ha sido traducido por la Hna. María Estefanía Tamburini OSB, de Madre de la Iglesia, Uruguay, siguiendo el texto establecido por Don Jacques Hourlier publicado en Sources Chrétiennes 61 (bis), (París 1968). Del mismo texto proviene la traducción de la "Oración de Dom Guillermo". Las monjas benedictinas de Santa Escolástica, Argentina, tradujeron el tratado "De la naturaleza y dignidad del amor" siguiendo el texto establecido por R. Thomas en Pain de Citeaux 24 (Chambarand 1965).

A todos ellos nuestro más sincero agradecimiento por el trabajo realizado, como así también a todos aquellos de quienes hemos recibido oportuna ayuda para la publicación del presente volumen. Confiados a la benevolencia de los lectores, les encomendamos quieran hacernos llegar sus observaciones en vistas a un mejor servicio.

Por la Comunidad de Ntra. Señora de los Angeles,

EDUARDO GOWLAND, OCSO

Guillermo de Saint-Thierry

Guillermo de Saint-Thierry

Vida:

Guillermo nació en Lieja (Bélgica) hacia el año 1070 en una familia noble. Su vida la conocemos por pasajes autobiográficos de sus obras, especialmente en "Meditaciones", y por la "Vita Antiqua" escrita por un monje de Signy en el siglo XII.

Después de sus estudios en Reims, o más probablemente en Laon junto a San Anselmo, ingresó en la abadía benedictina de Saint-Nicaise en el mismo Reims. Años después se traslada a otra abadía benedictina, Saint-Thierry, a siete kilómetros de Reims. En este monasterio llega a ser abad en 1121, quedando en dicho cargo hasta 1135, año en que presentó su dimisión para entrar en Signy, la entonces reciente fundación cisterciense de la abadía de Igny.

Desde hacía mucho tiempo Guillermo deseaba hacerse cisterciense, pero su gran amigo San Bernardo se había opuesto a su ingreso en Claraval. El abad de Saint-

Thierry era el hombre clave para favorecer la reconciliación entre cluniacenses y cistercienses. Por fin, luego de muchas vacilaciones —como puede verse en su “Meditación XI”— decide vestir la cogulla blanca ingresando en Signy.

Pronto el ex abad experimentó la dureza de la vida cisterciense en esta nueva fundación. Los días se le volvieron insoportables; en una de sus oraciones —llamada en nuestros tiempos “Meditación XIII” —la que nos ha llegado independientemente de su colección de “Meditaciones”—, nos dice lo terrible que fue esta prueba para él, la tentación que experimentó para volver sobre sus pasos, y la gracia de fortaleza que le concedió Cristo. Sus últimas palabras fueron éstas: “Tú, mi Fuerza, sea tu grande gloria la que mantenga mi flaqueza firme a tu servicio”.

Guillermo falleció posiblemente a la edad de setenta y ocho años en 1148. Sus restos mortales fueron exhumados y colocados en una bóveda del oratorio en 1215, lo que para aquella época equivalía a la beatificación.

Obras:

La esmerada formación de Guillermo queda atestiguada en sus obras, la Sagrada Escritura informa a todas ellas. Los textos bíblicos aparecen continuamente, Guillermo los ha hecho suyos mediante su continuo rumiarlos en la Lectio Divina, y en su participación en la Liturgia.

Junto a la Palabra de Dios, los Padres griegos y latinos han sido fuentes de estudio y oración. De entre los primeros hay que destacar a Gregorio de Nisa, Juan Escoto Erígena y Orígenes; de entre los latinos a San Agustín y San Gregorio Magno.

Si bien sus conocimientos lo destacaron como uno de los hombres mejor formados de su tiempo, Guillermo rechaza toda suficiencia de la inteligencia. Se sabe teólogo, pero por encima de ello es un contemplativo, lo anima un insaciable deseo de Dios; la ciencia es útil, es necesaria, pero por encima de ella hay una realidad superior a la cual sólo se llega por el amor.

Esta búsqueda amorosa de Dios le hace escribir sus pensamientos para entregárselos a sus hermanos. Siendo abad en Saint-Thierry compuso los presentes tratados “De la Contemplación de Dios”, “De la Naturaleza y Dignidad del Amor”, y “La Oración”.

Un solo manuscrito —el 776 de la Biblioteca Mazarine de París— nos entrega sus doce “Meditaciones”, las cuales habrían sido escritas en diversas épocas. Algunas como la XI, sin duda en Saint-Thierry; otras como la IV, en Signy. “No son del todo inútiles para formar la oración”, nos dice Guillermo; ¡es demasiado modesto! Toda su alma queda reflejada en estas ardientes elevaciones: siente su miseria, teme acercarse a Dios siendo impuro, y, sin embargo, hipnotizado, no puede dejar de volverse, girar cerca de este Rostro a la hora del Señor,

cuando El lo quiera, y descansar en su Faz. Entonces, verdaderamente ora: "la oración es un descanso del alma iluminada para gozar de Dios, tanto como le es permitido".

En 1111, Ruperto de Deutz —otro liejés—, contemporáneo suyo, había escrito un tratado sobre la Eucaristía —"De los oficios divinos"—, el cual había interesado mucho al monje de Saint-Thierry. Algunas de sus expresiones le parecieron un tanto imprecisas, sobre todo las que se refieren a la identificación del Cuerpo de Cristo en la Eucaristía con su cuerpo glorioso "que se sienta a la derecha del Padre". Siendo abad, Guillermo pensó escribir una carta a su compatriota, quien en esta época también se había convertido en abad (de Tuy o Deutz). Basándose en textos patrísticos se esforzó en hacerlos concordar e interpretar con el debido respeto. Por fin compuso un tratado: "Del Sacramento del Altar". En esta obra aborda el tema de la presencia real y la transubstanciación —sin emplear esta palabra, la cual recién será utilizada hacia 1140— afirmando enfáticamente el cambio de substancia en la Eucaristía.

Sin embargo, es sobre todo siendo cisterciense cuando escribió sus obras principales. Según él mismo lo afirma, escribió para evitar la ociosidad dado que sus enfermedades no le permitían emplearse en el trabajo manual. Así nos ha dejado los comentarios del Cantar de los Cantares en base a compilaciones; dos tratados más

personales: "De la naturaleza del cuerpo y del alma", y el "Comentario sobre la carta a los Romanos".

En 1138 escribió su obra maestra, "Exposición sobre el Cantar de los Cantares". Nos dice que para él eso era "entregarse a un descanso de delicias". Todo en esta obra está centrado en torno a la unión mística con Dios, nos habla del "beso del Esposo", su "ausencia", el "coloquio", lo fugaz de la experiencia, los peligros que la acechan, su cima, la "unión de espíritu" etc.

Esta obra no pudo ser terminada, Abelardo "...devastaba la cristiandad". Guillermo dió el grito de alarma, escribió a Godofredo de Leves y a Bernardo de Claraval suplicándoles que intervinieran componiendo él mismo su "Disputa contra Abelardo".

Entre 1140 y 1144 compuso el doble tratado de "Espejo de la fe" y "Enigma de la fe". Varios de los jóvenes monjes de Signy fueron discípulos de Abelardo, y ante la disputa su fe vacilaba; a fin de inducirlos a una fe más sencilla y humilde, Guillermo les dedica estas obras. En ellas, varias veces aborda el tema de la experiencia mística. La fe en su tercer grado es frecuentemente iluminada, el alma entonces no siente más las vacilaciones y temores de la razón, gusta más la verdad, el dogma, al cual adhiere con su voluntad: se percibe, por acción del Espíritu Santo, con el sentido del "amor iluminado".

Entre tanto, los cartujos de Mont-Dieu, quienes ha-

bían acogido al santo Abad como huésped, le pidieron un escrito sobre la vida espiritual del monje. Vuelto a Signy, Guillermo les compuso su célebre "Carta a los hermanos de Mont-Dieu", más comunmente conocida por "Carta de Oro". Es una sistematización del itinerario de la vida espiritual. Está estructurada en base a tres tipos de hombres: siguiendo a San Pablo comienza por el "hombre animal" —es decir el psíquico, el sensible— para terminar con el "hombre espiritual", pasando por el "hombre racional". Esta obra, durante varios siglos atribuída a San Bernardo o a Guigo, tuvo un éxito extraordinario, sirvió de base para la formación espiritual de innumerables generaciones de monjes y luego de religiosos.

La gran amistad y admiración para con San Bernardo hizo que Guillermo comenzara entre 1147-1148 una biografía de su amigo, es la "Vita Bernardi"; pero como él mismo lo temiera, no tuvo tiempo de concluirla dado que su Dios, a quien tan ardientemente había amado, lo llamó junto a sí antes que a su héroe.

Fisonomía Espiritual:

Guillermo ha sido un "hombre de deseos"; dotado de un rico temperamento, sensible y firme a la vez, discreto y pleno de ardor, persiguió un elevado ideal; buscó infatigablemente a Dios.

En sus obras lo vemos dejarse tomar por Dios, és-

to, por el contrario, no le impide experimentar su miseria. Desea ver a Dios: "¡Oh Rostro, Rostro! ¡qué feliz es el rostro que merece verte y adherirse a Tí!... Pues escudriñando todos los rincones de mi conciencia, ¡sí!, por tu gracia, mi único deseo, mi deseo ardiente es verte!" (Cant.)

Anhela la visión cara a cara... "para ver tu Rostro así descubierto, me daría seguro a la vida, a la muerte" (Med.). Por ende, desea morir, sólo la muerte le permitirá ver a Dios: "Claro Señor, no me atrevo a levantar mis ojos hacia tu Faz —¡esta Faz que me hace morir de deseos!— por que Tú dijiste a Moisés: "el hombre no puede verme y seguir viviendo"—; ahora bien, yo querría morir para poderla ver, o verla para morir..." (Med.)

Ya que no puede dejar esta vida mortal, al menos pide que pueda morir así mismo aquí abajo, lo que en cierta manera le permitiría ver a Dios: "Que olvidando mi pequeñez y pobreza, me eleve y precipite en tus brazos de amor, para ver al que amo, y al amar al que veré, me encuentre bien en Ti, ya que me encuentro tan a disgusto en mí mismo". (Cant.).

Desea el cielo, desea amar. Toda su "Meditación VI" trata sobre este tema: el deseo del cielo. Este deseo del cielo es para amar, dado que él es el lugar del amor completamente liberado, desarrollado, en todas sus dimensiones. En su vehemente deseo del Amor, invoca al Es-

píritu Santo desde lo más profundo de su corazón: "Llévanos a Ti, Espíritu Santo, Santo Consolador, . . . ven para que verdaderamente amemos, para que de la Fuente de tu Amor brote todo lo que sentimos o digamos". (Exp.).

Guillermo tiene un alma "ardiente" en el don de sí mismo, "un corazón preparado", según la palabra del salmo, tiene un amor cariñoso por Cristo, el cual queda de manifiesto en textos admirables sobre el costado, la sangre de Jesús, su pasión, y la manera de contemplarla.

Dijimos que el Santo Abad al mismo tiempo experimentaba su miseria: "A menudo se hace presente a los ojos de mi espíritu la faz horrorosa de mis pecados, lo cual me hace concebir odio hacia mí. — ¡Oh Señor!, qué decir de la faz abominable de mi conciencia?" (Med.). Esta sincera y ardiente invocación nos entrega lo más hondo de la conciencia de sí mismo: "Dios de mi corazón, mi parte para siempre, el fin de todos mis deseos, y término hacia donde se dirige todo mi ímpetu. Desde hace muchos años me introduje por este sendero, camino por donde se marcha en la fe para vivir en rectitud y así poder alcanzarte, camino donde se aprende a purificar el corazón a fin de verte y contemplarte. En este esfuerzo ya he envejecido, y hasta ahora no he hecho nada. . . ." (AEn.).

Doctrina:

Entre los autores cistercienses de la "edad de oro", es Guillermo quien ocupa el primer lugar en la construcción de una doctrina espiritual muy bien ligada y coherente. De hecho, todo se liga y encadena: la estructura del alma —el alma imagen de Dios—, la economía divina en la salida y retorno del hombre a Dios, los grados de la vida espiritual, el amor como conocimiento, el amor y el Espíritu Santo.

El alma creada a imagen de Dios: las tres energías que hacen su esencia —memoria, inteligencia, y voluntad—, son respectivamente atribuidas a las tres personas divinas (Nat.am). Esta imagen estática tenía que brillar, embellecerse, siendo llevada hacia su creador por la memoria, el pensamiento continuo, el amor siempre actual (Nat.am-Epist.) ¡Lástima! el pecado lo ha deformado todo: las energías del alma en lugar de volverse hacia Dios se encorvaron hacia las creaturas; entonces sí, la imagen estructural del alma, de brillante, dinámica y bella que era, desapareció: "Habiéndose despojado de la imagen del Creador, los hombres se revistieron de otra imagen que mira a la tierra; una imagen animal, bestial." (Nat. Corp.)

Pero Dios tuvo piedad, la Trinidad entró en consejo, el Hijo se ofreció para repararlo todo: "La imagen de Dios, el Hijo, al ver al ángel y al hombre hechos sobre su propio modelo, es decir a imagen de Dios, parecidos

el uno al otro por haber deseado de una manera desordenada su imagen y semejanza, exclamó: ¡Lástima! ¿será sólo la miseria la que no será celada?... Voy entonces a mostrarme al hombre en aspecto de hombre despreciable, el último de los hombres,... a fin de que cele e imite en mí la humildad; ésta le hará lograr la gloria..., podrá oír de mí esta palabra: aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis el descanso de vuestras almas". El Señor Jesús es el camino, seguirle es marchar hacia el cielo: mirarle e imitarle es el medio más seguro para volver a encontrar la semejanza divina" (Exp).

Aquí se inserta toda la ascesis y, por ende, las tres etapas o estados de la vida espiritual. En el primero —el "estado animal"— es necesario liberarse poco a poco de la tiranía de los sentidos, de ahí la necesidad de la mortificación, de la obediencia, ya que la razón en el principiante no es quien gobierna en él, por esto debe entregarse a la dirección de un guía espiritual. El segundo estado — el "racional" — necesita seguir esta labor de despojamiento; luego por fin vienen las luces divinas, las "teofanías", en las cuales la presencia del Espíritu Santo es más fuerte y experimentable, y donde la imagen divina es maravillosamente reparada y resplandece con increíble hermosura en el alma.

Guillermo es un místico; para él toda la vida espiritual está orientada hacia este polo que es la experien-

cia de Dios. En este tercer estado —el espiritual—, volvemos a encontrar su deseo intenso de "ver a Dios". "Ver", es la palabra que más frecuentemente emplea para designar este alcance de Dios, donde "la inteligencia es agarrada más allá de lo que ella agarra". (Exp.); pero tal alcance experimental puede ser comparado a la percepción de los otros sentidos, por lo que Guillermo dirá que se "toca", se "gusta", se "respira", se "oye" a Dios.

Cuando el alma alcanza así a su Dios, y es como alcanzada por El, Guillermo habla del "sentido del amor iluminado". Es por este camino del amor por el que el Espíritu Santo, el Amor en persona, se infunde en el alma, la invade, la transforma. "Todavía, mientras que se piensa en Dios o en las cosas de Dios, y la voluntad sube hasta volverse amor, el Espíritu Santo, el Espíritu de Vida, enseguida, por el camino del amor se infunde y lo vivifica todo...". En estos momentos el Espíritu Santo ama El mismo en el alma: "Cuando el espíritu del hombre logra la dicha de estarle unido estrechamente, espíritu a Espíritu, amor a Amor, el amor humano se vuelve de alguna manera divino. En este acto de amor el hombre coopera, pero es Dios quien obra". (Exp.)

P. Robert Thomas, ocsO.

Siglas

Adv. Abael.	"Disputa contra Abelardo"	P.L.	180
AEn.	"Enigma de la fe"	"	"
Cant. Ambr. ...	"Comentario del Cantar según S. Ambrosio" ..		15
Cant. Greg.	"Comentario del Cantar según S. Gregorio" ...		180
Cont.	"De la Contemplación de Dios"		184
Epist.	"Carta de Oro"	"	"
Exp.	"Comentario sobre el Cantar de los Cantares ..		180
Exp. Ro.	"Comentario sobre la Carta a los Romanos" ..	"	"
Med.	"Meditaciones"	"	"
Nat. am.	"De la Naturaleza y Dignidad del Amor"		184
Nat. corp.	"Naturaleza del cuerpo y del alma"		180
Sac.	"Del Sacramento del altar"	"	"
Vita	"Vida de San Bernardo"		185

Apéndice

La estructura tripartita que encontramos en la obra de Guillermo no se limita tan sólo a los tres grados de la vida espiritual, sino que abarca también otros aspectos. A modo de ejemplo y para facilitar la comprensión de su pensamiento, se puede establecer el siguiente cuadro con sus referencias.

GRADOS	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
De la VIDA ESPIRITUAL (A)	animal (anima)	racional (animus)	espiritual (spiritus)
De CONOCIMIENTO (B)	sensible	ciencia	sabiduría (inteligencia espiritual, intelecto iluminado)
De VOLUNTAD (amor) (C)	voluntad sencilla buena voluntad	voluntad vehemente amor deseo del amor	amor iluminado caridad (Sabiduría)
De FE (D)	sencilla * del rústico * del pobre de espíritu	del teólogo	iluminada
De ORACION (E)	con elementos sensibles puede merecer iluminación Imaginación	reflexiona en temas de la fe. Puede merecer iluminación	experiencia

(A) - 1º, 2º y 3º: Epist. 33,80-86; 33,186.

2º y 3º: Epist. 34,22

1º: Epist. 33,87

2º: Epist. 34,22

(B) - 1º, 2º y 3º: Epist. 33,186-188; 34,116

En. 404-405

2º y 3º: Exp.: 9,78-84; 10,112; 11,42

2º: Exp. 9,86; Epist. 34,108-110

3º: Epist. 34,102-104; Nat.am.

24,151; Exp. 10,25,77; 11,89

(C) - 1º, 2º y 3º: Epist. 33,91; Exp. 10,31;

Spec. 371

2º: Spec. 371; Epist. 33,189; Med.

12,22; Exp. 10,77; 10,31-33

3º: Amor iluminado, Epist. 34,117

(D) - 1º, 2º y 3º: En. 414-415; Spec. 378-379.

3º: Spec. 372; 373; 376; 379

3º: Spec. 379; 386; Epist. 33,225

Nat. am. 24,57; Exp. 9,51-53;

Epist. 33,225; Exp. 9,55-57;

10,19-27,56; Epist. 33,65-67;

34,75-77; 93-99; 103;

NOTA: Este documento es una copia de un documento original.

De la contemplación de Dios

Introducción

El tratado de la Contemplación de Dios es una obra para meditar, no puede ser abordada a la ligera, ni leída de corrido.

Los temas de esta obra, especialmente el conocimiento y el amor de Dios, serán desarrollados luego a lo largo de todos los escritos de Dom Guillermo. Estamos pues ante un primer brote, apretado, difícil y prometedor.

Teniendo en cuenta el objeto y el estilo nos encontramos con dos partes fáciles de distinguir: la primera, el itinerario del alma hacia Dios, es más vehemente e íntimo. Describe sobre todo el deseo que empuja a su autor a la contemplación de Dios. La segunda parte, la Santísima Trinidad fuente de amor, es más didáctica y más calma.

El comienzo de la obra es casi un invitatorio litúrgico que convoca para contemplar a Dios en su intimidad, abandonando lo pasajero.

Después Dom Guillermo nos descubrirá su búsqueda de Dios, sus esfuerzos infructuosos para llegar, más allá de la contemplación de la humanidad de Cristo, hasta la divinidad del Verbo y más allá de las perfecciones

INTRODUCCIÓN

divinas que revela la consideración del mundo creado, hasta la misma intimidad de Dios. Si alcanza a veces estas altas experiencias, son muy breves y pronto vuelve a caer dolorosamente en su estrechez. Guillermo es llevado a preguntarse de este modo, sobre la naturaleza del amor que lo anima y sobre la razón de sus vicisitudes. Bajo la inspiración divina, descubre la distinción entre el amor de deseo, ansioso y doloroso, pero meritorio, y el amor de fruición que goza con la presencia del Amado. Es la perfección del amor.

Aquí se introduce una nueva sección en esta primera parte. Trata de la perfección del amor, preludiando las consideraciones más metafísicas de la segunda parte. Esta perfección no es una conclusión ni un límite, sino una perpetua superación en Dios. Supone una perfecta unión de amor entre el Creador y la creatura e implica honda identidad de voluntades. Es la "Unitas spiritus".

La primera parte termina con una oración que resume a grandes trazos la doctrina de Dom Guillermo sobre la naturaleza del amor.

En la segunda parte continúa su estudio acerca de la perfección del amor, pero esta vez aborda la cuestión desde su cumbre. Para captar la unión de amor entre Dios y el hombre es necesario elevarse hasta el centro del misterio trinitario, hasta la consustancialidad, la "homousio" de las Personas divinas.

GUILLERMO DE SAINT THIERRY

Dios nos amó primero y nos envió a su Hijo que suscitó, especialmente por su Pasión y cruz, el libre don de nuestro amor. A esta manifestación externa del amor divino responde, en lo íntimo de nuestras almas, la moción secreta del Espíritu Santo. Es él quien, dándonosnos, se torna nuestro propio amor, como es amor del Padre y del Hijo en el seno de la Trinidad.

Reformados a imagen de Dios por esta "unitas spiritus", conocemos a Dios con un conocimiento experimental, por connaturalidad, de un modo que trasciende todo otro conocimiento.

Esta larga meditación termina con una ardiente invocación al Espíritu Creador.

Antes de terminar el tratado, Guillermo aporta todavía algunas cuestiones complementarias: el amor debe probarse mediante obras animadas por la fe en las que Dios sea el principio y el fin. Luego viene una última descripción de la experiencia mística, que lleva al autor a insistir sobre su brevedad, su carácter de realidad inabismable, su trascendencia con respecto a todo obrar humano.

El tratado termina en un vuelo final hacia Dios, Principio, Sabiduría y Beatitud. Vuelo que culmina en una profunda adoración de Dios uno y trino.

Hna. Ma. Estefanía Tamburini, OSB.

**Empieza el Tratado de Dom Guillermo,
Abad de Saint-Thierry, sobre la
Contemplación de Dios¹**

Iª PARTE

Prólogo

1. "Venid, subamos a la montaña del Señor, y a la casa del Dios de Jacob. El nos enseñará sus caminos"² Venid: atención, intenciones, voluntades, pensamientos, afectos, y todo mi interior,³ subamos al monte en que Dios vé y es visto.⁴

Y vosotros: cuidados, solicitudes, ansiedades, trabajos, sufrimientos de la esclavitud, esperadme aquí con el asno —este cuerpo—, hasta que yo y el niño —mi razón y mi inteligencia— lleguemos allá arriba y des-

1 Las siguientes notas están tomadas de: Dom Jacques Hourlier O.S.B. (Solesmes) - "La contemplation de Dieu", Editions du Cerf, 1968, —abreviaremos D.J.H.—; de Monjes de S. Isidro de Dueñas, "Carta de Oro", Studium, 1967 —abreviaremos M.S.I.D.— y de Dom Robert Thomas OCSO (Sept-Fons) que subsanó, con sus valiosísimas sugerencias, muchas de las imperfecciones de nuestro trabajo. A él pues nuestro agradecimiento como también a D. Hourlier por su fraternal acogida a la presente traducción y a mi cohermana Agueda Fernández Alonso por su preciosa ayuda.

2 Is. 2,3.

3 Sal. 102,1.

4 Gen. 22,14.

pués de haber adorado, volvamos a vosotros.⁵

Volveremos sí y — ¡ay! — con cuánta prontitud. Nos separa de vosotros el amor de la verdad⁶; pero la verdad del amor⁷, por el bien de los hermanos, no nos permite abdicar y abjurar de vosotros. Conviene sin embargo que disminuyáis vuestras necesidades para que no nos impidan del todo tener la experiencia de aquella suavidad.

Deseo de Dios

2. Señor Dios de los Ejércitos, vuélvenos a ti, muéstranos tu faz y seremos salvos.⁸ ⁹

5 Para llegar a la cima de la montaña es preciso que el alma se aparte de todo objeto terrestre y, reuniendo todas sus potencias las fije en el Rostro de Dios (cf. S. Bernardo, "De dilig. Deo" X,29; PL 182,992 A). La **intentio** (atención) es el acto por el cual el alma aplica su poder cognoscitivo al objeto para ser primeramente por él informada y luego unida estrechamente a él (cf. infra 4; 7; S. Agustín, de Trin. XI, II, 2-5). La **intentio** (intención) parece subrayar el esfuerzo del alma que se dirige con todo su empeño en una dirección en la que permanece por su querer deliberado (**voluntates**). La **cogitatio** (pensamientos) designa tanto la actividad del espíritu que toma por objeto no sólo las realidades exteriores cuanto las imágenes contenidas en la memoria y, por analogía, el acto mismo de la contemplación (cf. infra 7; Ep. 316A, 347B; ...). Por **afectos** no se dan a entender los movimientos del apetito sensible sino los actos de esta **affectio** que es la voluntad o el amor (cf. infra 8) y que, informada por el Espíritu Santo alcanzará a Dios en la contemplación. (cf. 11). D.J.H.

6 Il Tes. 2,10.

7 "...dentro de lo posible se dan con íntima devoción a la contemplación por amor de la verdad, y, si la necesidad les llama o el deber les obliga se abren con presteza a la acción por la verdad del amor" (Carta de Oro pg. 37). cf. la nota de M.S.I.D.

8 Sal. 79,20.

9 Buscar el Rostro de Dios es aspirar a su conocimiento, al encuentro

Pero, ¡ay, ay Señor!, ¡qué precipitado, temerario y desordenado, qué presuntuoso y ajeno a la regla del Verbo de Vida¹⁰ y de tu Sabiduría es para el corazón inundo el querer ver a Dios! Pero tú, soberana Bondad, soberano Bien, Vida de los corazones, Luz de los ojos interiores, a causa de tu bondad, Señor, ten piedad. Porque ésta es mi purificación, ésta mi confianza, ésta mi justicia; la contemplación de tu bondad, buen Señor.¹¹

Entonces, Señor Dios mío, tú que dices a mi alma, de la manera que tú sabes: "Yo soy tu Salud", tú Rabboni, el Maestro¹², el único Doctor para poder ver lo que deseo ver, dí a tu mendigo ciego: "¿Qué quieres¹³ que haga por ti?" Y tú sabes, ya que viene precisamente de ti, cómo, desde lo más profundo de su retiro, después de haber arrojado lejos todas las grandezas, las bellezas y dulzuras de este siglo y todo lo que puede o suele despertar la concupiscencia de la carne, o de los ojos, o la ambición del espíritu¹⁴, tú sabes cómo te dice mi corazón: "Mi rostro te ha buscado, tu rostro buscaré. No

cara a cara (cf. Ep. 3,8; 313A). Sobre el fundamento de textos bíblicos (sal. 79,20; Gén. 32,31 cft. en la Ep. loc. cit.) este conocimiento experimental de Dios se identifica con el concepto de "salud", es decir: "La restauración del hombre en la integridad de su ser según Dios lo ha creado y querido" (Lemaitre, "La contemplatio chez les Grecs", en RAM 27, 1951, pg. 42). D.J.H.

10 Regula Verbi veritatis: cf. S. Agustín, "De Doc. Xti"; PL 34, 22. (D.J.H.)

11 Sal. 34,3.

12 Jn. 20,16.

13 Marcos 10, 51.

14 I Jn. 2,16.

apartes tu rostro de mí, ni, enojado, te alejes de tu siervo".¹⁵

Señor, Ayudador antiguo y mi Defensor infatigable¹⁶, de veras soy desvergonzado e inoportuno, pero mira, como sólo tú me ves, que es por amor de tu amor que lo hago, yo que no te veo. Así como me diste el deseo de ti,¹⁷ así me diste cuanto en mí te agrada. Pronto perdonas a tu ciego que corre hacia ti y le tiendes la mano cuando al correr, tropieza con alguna cosa.

La contemplación de la humanidad de Cristo

3. Que la voz de tu testimonio me responda adentro, en mi alma y en mi espíritu, estremeciendo y sacudiendo todo mi interior.¹⁸ El relámpago de tu verdad me responde que "el hombre nunca podrá verte y permanecer vivo"¹⁹, y esta luz ha cegado mis ojos interiores. Porque, ciertamente estoy sumergido en el pecado hasta el momento presente²⁰, no habiendo podido morir a

15 Sal. 26, 8-9.

16 Sal. 118,114.

17 El deseo de ver a Dios no procede de una curiosidad temeraria; él mismo es un don de Dios y Guillermo espera de Dios sólo su cumplimiento: "No busco escrutar vuestra majestad, antes bien, mendigo vuestra gracia" (cf. Med. III; 213D); "Como un don de solo Dios puede esperar o buscar el alma la comprensión de las realidades divinas". (Ep. II, 3,23; 353A).

18 Sal. 28,8.

19 Ex. 33,20.

20 Jn. 9,34.

mí mismo para vivir en ti.^{21 22}

Sin embargo, según tu precepto y por un don tuyo, me afirmo en la piedra²³ de la fe en ti, de la fe cristiana, el lugar que verdaderamente está junto a ti; allí, aguardando atentamente, con toda mi capacidad, sufro con paciencia y abrazo y beso tu derecha que me cubre y me protege.²⁴ Y a veces, cuando miro diligentemente, percibo las espaldas²⁵ de Aquel que me ve²⁶, percibo que pasa la humildad de la dispensación humana de Cristo, tu Hijo. Pero cuando me empeño en llegar a El,

21 II Cor. 5,15.

22 La muerte mística al falso "yo" del que el hombre se ha revestido después del pecado —muerte requerida para ver a Dios—, es el equivalente de la purificación del corazón mencionada más arriba. Ella implica la divinización de la criatura y coincide con su retorno a su verdadera naturaleza. Comienza aquí abajo, especialmente en la experiencia mística, pero sólo allá arriba alcanza su plenitud (cf. infra 3; 5; Med. III, 211B; VII, 228B), comparar con la doctrina de Máximo el Confesor (H. Von Balthasar, "Liturgie cosmique", París 1947, pg. 271). (D.J.H.)

23 Ex. 33,21.

24 Sab. 5,16; Ex. 33,22.

25 Ex. 33, 23.

26 Esperando tener acceso a gracias más altas, Guillermo se contenta con entrever, como Moisés sobre la montaña, la "espalda" de Dios —posteriora Dei—. Entendemos por esto la meditación en la fe de los misterios de la humanidad de Cristo. (Bajo la expresión "dispensatio humana" equivalente a la "economía" de los griegos (cf. Med.X 235B-D; Spec. 373 C.). El conocimiento experimental de la "gloria de la divina majestad" está reservada a estados espirituales más altos (sobre las dos formas del conocimiento de Cristo cf. Cant. 478 B 479 A; 482 D; 501 A; Ep. 336 A-B; Spec. 396 A; Med. X 235 D, y Dom Déchanet, "La christologie de St. Bernard", en "St. Bernard Théologien", Anacleto S.O.C., IX, 1953, pp. 86-91). Cf. S. Agustín, De Trinitate, II, XVII,28: "No es sin motivo que nadie podrá ver el Ros-

o, como aquella hemorroísa²⁷: cuando me esfuerzo por "robar" la salud para mi alma enferma y miserable, por el contacto saludable de sus fimbrias, al menos; o, como Tomás²⁸, varón de deseos²⁹, cuando yo anhele verlo enteramente y tocarlo, y todavía más: acceder a la sagrada herida de su costado, puerta del arca abierta al costado³⁰, no sólo para meter allí el dedo o toda la mano, sino para entrar entero hasta el corazón mismo de Jesús³¹, en el Santo de los Santos, en el arca del Testamento, hasta la urna de oro³², al alma de nuestra humanidad que contiene en sí el maná de la divinidad: ¡ay! entonces, se me dice: "No me toques"³³, y aquello del Apocalipsis: "¡Afuera los perros!"³⁴

Así, como lo merezco, cuando los latigazos de mi conciencia me expulsan y me arrojan fuera, estoy obli-

tro, sin morir, es decir la revelación de la sabiduría de Dios... Hace mucho que viajamos lejos del Señor y marchamos en la fe y no en la luz, esto es la "espalda" de Cristo, es decir: su carne que precisamente en la fe, debemos mirar. Estables en este sólido fundamento de la fe que simboliza la "roca", es a ella a quien contemplamos". (trad. Bibl. August., I, p. 257). (D.J.H.)

27 Mt. 9, 20 ss.

28 Jn. 20, 24 ss.

29 Dan. 9, 23.

30 Gén. 6, 16.

31 La entrada en el corazón de Cristo, designa aquí la contemplación de la divinidad del Verbo opuesta a la de su humanidad. "Vuestro corazón, oh Jesús, es este dulce maná de vuestra divinidad encerrado en la urna de oro de vuestra alma". (Med. VIII; 230 B-C). (D.J.H.)

32 Hebr. 9, 3-4.

33 Jn. 20, 17.

34 Apoc. 22, 15.

gado a pagar la pena de mi imprudencia y presunción. Y nuevamente me afirmo sobre mi piedra que es el refugio de los erizos³⁵ llenos de las espinas de sus pecados, de nuevo abrazo y beso tu derecha que me cubre y me protege.³⁶ Y de lo que siento³⁷, o veo aún levemente, más se enciende mi deseo; y casi con impaciencia, aguardando que un día levantes la mano que me cubre y me infundas la gracia iluminante, para que por fin entonces, según la respuesta de tu verdad, muerto a mí mismo y vivo para ti, a cara descubierta, comience a ver tu misma cara y sea transformado en ti³⁸ por la visión de tu faz.³⁹ Y, ¡qué feliz el rostro que, al verte, merece ser transfigurado en ti! Edifica en su corazón un tabernáculo al Dios de Jacob⁴⁰ según el modelo⁴¹

35 Sal. 103, 18.

36 Sab. 5, 16, y Ex. 33, 22.

37 "Sensus" y "sentire" pueden designar no solamente el conocimiento sensible sino también "las más altas actividades espirituales y sus principios" (Rahner, La doctrine des sens spirituels au Moyen Age, dans R.A.M. 14, 1933, p. 265).

38 Ser "afectado" expresa la modificación sufrida y experimentada por el alma cuando se la hace partícipe del Amor increado. Esta participación la hace tender hacia Dios y la une a él. Se puede poner el acento sobre la acción por la que Dios se comunica (affici a Deo: "herida", diríamos en castellano) o sobre el aspecto tendencial del amor (as Deum) o sobre su aspecto unitivo (in Deo) o sobre su carácter de participación (affici Deo; cf. Spec., 391 B: "Unus spiritus efficitur homo cum Deo, cui afficitur"). (D.J.H.)

39 II Cor. 3, 18.

40 Sal. 131, 5.

41 Interpretación de Ex. 25, 40 en la traducción del neo-platonismo cristiano (cf. Cant. 519 C-D). La voluntad del hombre se conforma totalmente a la voluntad de Dios a quien contempla en virtud, no de una imitación simplemente moral, sino de una participación de la imagen en su causa ejemplar. (D.J.H.)

que se le mostró en la montaña.⁴² Y canta con verdad y competencia: "Mi corazón te dice: mi rostro te ha buscado, tu rostro buscaré, Señor".⁴³

Como dije, es por un don de tu gracia, Señor, el que vea todos los ángulos y límites de mi conciencia, única y exclusivamente deseo verte para que todos los confines de mi tierra vean la salvación del Señor su Dios⁴⁴, de modo que ame a aquel que veo, a quien amar es vivir verdaderamente. Pues me digo en la languidez de mis deseos: "¿Quién ama lo que no ve?⁴⁵ ¿Cómo podría ser amable lo que de algún modo no fuera visible?".

Las perfecciones divinas en la creación

4. Pero tus encantos⁴⁶ afluyen hacia mí que te deseo. Se me presentan y se me ofrecen desde el cielo y la tierra, y desde cuanto has creado, ¡oh Señor, adorable y amable en todas tus obras!

En la medida en que ellas te proclaman más eviden-

42 Hebr. 8,5, y Ex. 25, 40.

43 Sal. 26,8.

44 Is. 52,10.

45 I Jn. 4,20.

46 Las *amabilia* son las perfecciones divinas que la razón puede descubrir por la consideración de las creaturas: ...bondad, omnipotencia, etc. (cf. Ep., 350 C; Cant., 484 D. Pero este conocimiento racional atañe "a las realidades concernientes a Dios, no a Dios mismo en su esencia" (Ep., 353 A); pues si bien "la razón nos dirige hacia Dios, ella no espera nada de sí misma" (Med., III 214 B). (D.J.H.)

te, verdadero, y corroboran tu amabilidad, así te me hacen ardientemente deseable. Pero — ¡ay! — no para gozar de suavidad y contento perfectos, sino para tribulación de la atención, intención y defectos, aunque no sin experimentar algún consuelo. Pues, así como mis oblaciones no te agradan del todo si no me encuentras a mí mismo en ellas, así la contemplación de tus bienes mitigan nuestra hambre con cierta dulzura, pero no nos sacian totalmente si en ellos no estás tú.

Este es el asiduo ejercicio de mi alma, en esto froto⁴⁷ mi espíritu, y en ello lo aplico, y con la ayuda de tus bienes y de tus encantos (amabilidad), como esforzándome con los pies y las manos, y con todo mi empeño, tiendo hacia lo alto, hacia ti, en ti, sumo Amor, sumo bien. Pero cuanto más empeñosamente tiendo, tanto más duramente soy arrojado hacia abajo, en mí mismo, más abajo de mí mismo. Me miro, me discierno, me juzgo y me convierto en una laboriosa y tediosa cuestión⁴⁸ para mí mismo y a propósito de mí mismo.⁴⁹

Sin embargo, Señor, estoy seguro de veras, de tener, por tu gracia, el deseo de desearte y de amar amar-

47 El verbo "scobere" que usa aquí Guillermo expresa la acción de golpear dos silex para hacer brotar la chispa, la llama. Usa el mismo verbo cuando habla de la oración que precede al oficio de la noche: "*scobendo spiritum nostrum donec incalescat*". (D.R.Th.).

48 Job, 7, 18.

49 Cf. S. Agustín, Conf. IV, IV, 9: "*factus eram ipse mihi magna quaestio*". (D.J.H.)

te⁵⁰ con todo mi corazón y toda mi alma.⁵¹ Me has hecho progresar hasta esto: hasta desear desearte y hasta amar amarte. Pero cuando yo amo así, no sé qué es lo que amo, porque ¿qué es amar el amor y desear el deseo? Es por el amor que amamos, cuando algo amamos, es por el deseo que deseamos todo lo que deseamos. Pero sin duda, cuando amo el amor, no amo el amor con que amo lo que quiero amar, sino que es a mí mismo a quien amo⁵² cuando, en el Señor, alabo y amo a mi alma,⁵³ a esta alma a quien, sin ninguna duda detestaría y odiaría si la encontrara lejos del Señor y de su amor. ¿Y qué decir del deseo? Si digo: "deseo ser un varón de deseos", ya lo soy. Pero, ¿acaso deseo desearte como si ya no te deseara, o más bien deseo crecer en el deseo que ya tengo?

Vicisitudes de la contemplación

5. Ya que de este modo desfallecen, se oscure-

50 "Amar amar", o "desear amar" para Guillermo es amar la **experiencia**, desearla, es el "amor del amor" —lo que pertenece más bien, al segundo grado de la vida espiritual— y cuando "ama" (yo amo) es la experiencia que pertenece al tercer grado (D.R.Th.)

51 Jer. 32,41, y Mat. 22,37.

52 No es necesario ver en estas líneas un llamado de atención contra un sutil egoísmo que podría viciar la búsqueda de Dios. El problema del "amor puro", tal como se expondrá más tarde, es extraño a una doctrina fundada sobre el tema del retorno a la imagen de Dios a su Principio. Guillermo quiere sugerir que el amor de Dios está presente en el amor que se tiene a sí mismo (cf. Med. XII, 248 A-B). (D.J.H.)

53 Sal. 33,3.

cen y se ciegan mis ojos interiores, ruego que rápidamente sean abiertos por ti, no como fueron abiertos los ojos carnales de Adán a fin de que conociera su propia confusión⁵⁴, sino para que pueda ver, Señor, tu gloria⁵⁵; para que olvidando mi pequeñez y mi pobreza, todo entero me dirija a ti y corra en el abrazo de tu amor viendo a aquel que amaré, y amando a aquel que veré, y para que muriendo a mí mismo y comenzando a vivir en ti⁵⁶, pueda alcanzar el bien de ser en ti, ya que mi mal es ser en mí mismo.

¡Apresúrate Señor, no tardes! La gracia de tu sabiduría, o la sabiduría de tu gracia tiene de hecho, Señor, sus atajos. Y allá, donde no hay argumentos ni discusiones de la razón y del razonamiento que permitan ascender, como por escaleras, hasta el torrente de tus delicias⁵⁷ a la plena alegría de tu amor, allá, aquel a quien tu se lo concedas, que busque fielmente, que fielmente llame a la puerta⁵⁸, pues a veces repentinamente se encuentra. Pero, Señor, si alguna vez, lo que es raro, encuentro un pedacito de este gozo, entonces clamo, vocifero: "Señor, ¡qué bueno es estarnos aquí, hagamos tres tiendas en este lugar!"⁵⁹ una para la fe, otra para la esperanza, y otra para la caridad.

54 Gén. 3, 7.

55 Sal. 62,3; Ex. 33, 18.

56 II Cor. 5,15.

57 Sal. 35,9.

58 Lc. 11,9.

59 Mat. 17,4; cf. Mc. 9,5 y Lc. 9,33.

¿Desvarío cuando digo: ¡qué bueno es estar aquí! Inmediatamente caigo en tierra como muerto; miro y nada veo, y de nuevo me encuentro donde estaba al principio: en el dolor de mi corazón, y en la aflicción de mi espíritu.⁶⁰ ¿Hasta cuándo, Señor? ¿Hasta cuándo? ¿Cuánto tiempo seguiré dando vueltas a mis pensamientos y habrá en mi corazón dolor tan amargo como los días?⁶¹ ¿Por cuánto tiempo más me rehusará tu Espíritu permanecer en los hombres porque son de carne⁶², y seguirá viniendo y yéndose, y soplando donde le place?⁶³

Cuando el Señor haga retornar de su cautiverio a Sión, verdaderamente seremos consolados. Entonces nuestra boca se llenará de alegría y de exultación nuestra lengua.⁶⁴ Pero mientras tanto, ¡ay de mí!, mi exilio se prolonga, habito con los habitantes de Cadar⁶⁵, desterrada llevo el alma. Pero, dentro de mi corazón me responde la verdad de tu consolación, la consolación de tu verdad.

Amor de deseo, y amor de fruición

Hay un amor que es deseo, y hay un amor que es fruición. Ocurre algunas veces que ese amor que es de-

60 Is. 65,14; Eccle. 1,14.

61 Sal. 12,2.

62 Gen. 6,3.

63 Jn. 3,8.

64 Sal. 125,1-2.

65 Sal. 119,5-6.

seo merece obtener la visión, la visión se torna fruición y la fruición lleva a la perfección del amor.

Gracias doy a tu gracia porque te has dignado hablar al corazón de tu siervo y responder alguna vez a sus preguntas ansiosas.⁶⁶

Recibo y abrazo "las arras de tu Espíritu"⁶⁷, y en ellas, feliz, aguardo tus promesas.⁶⁸

Deseo amarte y amo desearte. De este modo corro para aprehender a aquel que me tiene asido⁶⁹ y para amarte perfectamente, un día, oh tú que nos amaste primero⁷⁰, tú a quien se debe amar, amable Señor.

Perfección del amor y deseo sin fin

6. Pero, ¿es posible, Señor, tal perfección de amor por ti, tal consumación de la beatitud en tu amor, que el alma que tiene sed de Dios⁷¹, fuente viva, quede tan saciada, tan desbordada que diga: "¡Basta!"⁷²

Me asombraría si no hay defecto en aquel que, cualquiera que sea y donde quiera que esté, diga: "¡Basta!"

Pero, ¿cómo puede estar la perfección donde es de-

66 cf. Ruth 2,13.

67 II Cor. 1,22.

68 Act. 1,4.

69 Filip. 3,12.

70 I Jn. 4,10.

71 Sal. 41,3.

72 Prov. 30,15-16.

fectuoso este "basta"? ¿Acaso la perfección no es asequible nunca y en ningún lugar? Entonces, Señor ¿debo creer que los injustos poseerán tu Reino⁷³? Es injusto quien no te desea, ni se siente deudor, ni comprende que debe amarte en la medida en que a una creatura racional le es posible.

Los bienaventurados serafines, a quienes la proximidad de tu presencia y la claridad de tu visión les han valido el nombre de "Ardientes" — y ciertamente lo son —, te aman más que el menor en el Reino de los cielos. Porque allí, no digo el menor, sino cualquiera, desea amarte tanto cuanto alguien puede y debe amarte, y quizás sea esto lo que los ángeles desean contemplar.⁷⁴

Así que este bienaventurado "menor", quien quiera que sea, anhela amarte tanto cuanto los que Te aman más que él. Nada tiene que ver aquí la envidia, pues se trata de una piadosa y devota imitación. Y si verdaderamente progresa en el amor cuanto con mayor alegría progresa en las realidades interiores, con los ojos iluminados⁷⁵, tanto más siente y comprende con mayor dulzura, si no es ingrato o injusto, que tú puedes ser más amado, y que él, deudor, puede amarte más y aún tanto cuanto te aman los querubines y serafines.

Pero el que desea aquello a lo cual no puede acce-

73 I Cor. 6,9.

74 I Ped. 1,12.

75 Ef. 1,18.

der, es un desgraciado. La desgracia es ajena al Reino de la beatitud. Luego, todo el que allá arriba desea algo alcanza el objeto de sus deseos.

¿Qué podemos decir de esto? Sí, ¿qué diremos?⁷⁶

Habla, por favor, Señor, que tu siervo escucha.⁷⁷

¿Acaso todos los que están en el Reino de Dios, los grandes y los pequeños, cada uno según su orden, no aman y no desean amar? ¿Y la unidad del amor impedirá que haya diversidad?

Mientras que aquel que ha recibido el don ama más ardientemente, ¿no es verdad que a su lado, el menor ama en el mayor, sin envidia, el bien que ve y que para sí mismo desea? ¿No es cierto que de esta manera posee todo el amor que amara en el amante, por grande que sea este amor?

Sí, es el Amor quien es amado, el que por la afluencia y naturaleza de su gran bondad juntamente llena de gracia, aunque en distinta medida, al que ama y al que con éste ama, al que se alegra y al que con éste se alegra.

Cuando más se vuelca el Amor sobre aquellos que lo aman, tanto más capaces se hacen de contemplarlo. Se sacian, sin llegar al fastidio. La saciedad no disminuye el deseo, sino que lo aumenta y expulsa toda ansiedad.

76 Rom. 8, 31.

77 I Sam. 3,10.

Es al Amor a quien se ama, a El que, por el torrente de sus delicias⁷⁸, aleja de su amante toda miseria, todo fastidio en la saciedad, toda ansiedad en el deseo y toda envidia en el buen celo. El los ilumina "de claridad en claridad"⁷⁹ —dice el Apóstol—, para que en la luz vean la luz⁸⁰ y en el amor conciban amor. Esta es la fuente de la Vida que mana continuamente y no se agota.

Señor, ésta es la gloria, éstas son las riquezas en la morada⁸¹ de tu feliz amante: porque el que desea pronto encuentra lo que desea y el que ama lo que ama. Por eso el que te desea anhela desear más y el que te ama desea más amar.

Tú haces, Señor, que aquel que desea y aquel que ama, abunden en aquello que desean o aman, de tal manera que ni la ansiedad aflija al que desea ni el fastidio al que está saciado.

Yo te pido, Señor, andar por esta senda eterna⁸² de la que canta el salmo: "Mira si mi camino se desvía, concúceme por el camino eterno".

Amar esta senda es la perfección, andar por ella es llegar. Por lo cual Tu Apóstol, después de haber dicho: "No es que haya llegado ni que sea perfecto, sino que

78 Sal. 35,9.

79 II Cor. 3,18.

80 Sal. 35,10.

81 Sal. 111,3.

82 Sal. 138,24.

continúo mi camino para aprehender a aquel que me tiene asido, Cristo Jesús, y olvidando lo que quedó atrás tiendo hacia adelante, corro hacia aquello a lo que estoy destinado, hacia la recompensa que Dios nos llama a recibir allá arriba en Cristo Jesús", agrega, "tengamos estos sentimientos los que somos perfectos".^{83 84}

La unidad del espíritu

7. Tu amor, con el que amas a aquellos que "te aman, en la dulzura de esta bondad que tienes por tu creatura, Creador bueno, es este inspirar el deseo de amarte y este amor por el cual ellos te desean y te aman.

El amor que nos tienes no te afecta y permaneces siempre el Mismo, tú, cuyo ser es ser bueno, bueno en ti para ti, y también: bueno en ti para todas tus criaturas. Por el contrario, cuando nosotros te amamos nos sentimos afectados por ti, movidos hacia ti, conmovidos en ti. Así vibramos los que, desgraciadamente, podemos ser y no amarte, es decir: ser y ser malamente.

83 Filip. 3,12-15.

84 Oposición tradicional entre los caminos laboriosos de la "ciencia" y la gratuidad de la experiencia mística que ignora los rodeos de la razón discursiva (cf. Med., XII 247 A-B). (D.J.H.)
San Gregorio de Nisa usa generalmente este texto para ilustrar la doctrina del progreso sin fin en la beatitud (cf. J. Daniélou, *Platonisme et théologie mystique*, París, 1954, p.291). Es el significado que tiene aquí. Pero cabe señalar que en sus escritos más tardíos, Guillermo restringirá su aplicación a la perfección en esta vida (Ep., 315 B-C; Spec. 367 B), probablemente bajo la influencia de S. Agustín (De Trinitate, IX, 1, 1). (D.J.H.)

Porque eres siempre el Mismo, nada te añade nuestro progreso hacia ti por el amor, ni nada te falta si nos alejamos de ti.

Nos amas por amor a ti mismo, ya que la regla cierta de la soberana justicia no permite —ni siquiera a nosotros— amar algo fuera de ti.

Ciertamente es posible, a impulso de una gracia grande, que el que te ama progrese hasta no amarte ni amarte egoístamente sino sólo por ti. Así se restaura en él tu imagen, conforme a la cual lo creaste, ya que por la verdad de tu naturaleza sublime y por la naturaleza de tu verdad, no puedes amarte a ti mismo, o amar al ángel o al hombre por otra razón que no seas tú.

¡Qué felicidad, qué inmensa felicidad la del alma que, herida por Dios, merece así ser unida a Dios de tal modo que, "por la unidad del espíritu",⁸⁵ ama sólo a Dios, por él mismo y no por Sus dones, y sólo en Dios se ama a sí misma e igual que Dios, ama y reprueba en ella lo que Dios debe amar y probar, es decir: a sí mismo; el único bien que debe ser amado tanto de Dios creador como de la creatura de Dios, y sólo eso, pues el nombre y el efecto del amor no conviene ni se debe a nadie sino sólo a ti, verdadero amor y amable Señor.

Tal es la voluntad de tu Hijo sobre nosotros, tal la plegaria que por nosotros te dirige a ti, su Padre: "Quie-

⁸⁵ Ef. 4,3.

ro que ellos sean uno en nosotros como tú y yo somos Uno".⁸⁶ Esta es la meta, la consumación y la perfección, ésta es la paz y la alegría en el Señor⁸⁷, éste es el gozo en el Espíritu Santo⁸⁸, éste es el silencio en el cielo.

Mientras estamos en esta vida, puede el afecto gozar de la felicidad apacible de este "silencio en el cielo."⁸⁹ Este "cielo" es el alma del justo, sede de la Sabiduría. Este gozo dura media hora o "apenas una media hora".⁹⁰ Sin embargo, la memoria, por el recuerdo de lo vivido, celebra en tu honor un perpetuo día de fiesta.⁹¹

Por el contrario, en la vida bienaventurada y eterna, de la que se dijo: "Entra en el gozo de tu Señor"⁹², sólo existirá esta perfecta y eterna fruición, y tanto más felices seremos cuanto más remoto esté todo lo que hoy impide ver esta realidad y la retarda. En aquel día la eternidad será inseparable de su amor, estable será la perfección e incorruptible la beatitud.

Oración. Naturaleza del amor

8. Oh Amor, ven y poséenos.

Ante ti desaparezcan de nosotros todas las infec-

⁸⁶ Jn. 17,21-22.

⁸⁷ Mt. 25,21.

⁸⁸ Rom. 14,17.

⁸⁹ Apoc. 8,1.

⁹⁰ Apoc. 8,1.

⁹¹ Sal. 75,11.

⁹² Mt. 25,21.

CONTEMPLACIÓN

ciones que nacen en nuestra afectividad, como un hervidero de brotes bastardos⁹³, procedentes de la concupiscencia de la carne y de los ojos y de la soberbia de la vida.⁹⁴ Nacen en esa pasión que en nosotros se denomina amor, y que, demasiado a menudo, se corrompe en el alma creada por ti y para ti.

Para ti sólo la creas, con nosotros y en nosotros la implantas, y cuando esta pasión resiste y contradice la ley natural debe llamársele gula, lujuria, avaricia⁹⁵ o algo parecido. Pero, cuando permanece en su propia naturaleza e incorrupta es sólo para ti, Señor, a quien únicamente le es debido el amor.

El amor del alma racional —como lo dijo uno de tus servidores— es “un movimiento, o un tranquilo reposo, o un fin en el cual, hacia ninguna otra meta tiende el apetito de la voluntad pues ninguna otra cosa es juzgada apetecible.”⁹⁶

Por el contrario, el que busca algo más allá de ti o debajo de ti, como si fuera mejor que tú, busca la nada porque nada es mejor o más dulce que tú. Por esto se reduce a la nada alejándose de ti a quien sólo, en verdad, se debe amar y se entrega a la fornicación y a la lujuria arrastrado por inclinaciones malas que tienen nombres malos.

⁹³ I Jn. 2,16.

⁹⁴ Sab. 4,3.

⁹⁵ Gal. 5,19-21.

⁹⁶ cf. Escoto Erigena “De divisione nat.” 1,71; PL 122, 519 B.

GUILLERMO DE SAINT THIERRY

Sólo tú mereces ser amado, Señor, por quien existe todo lo que de verdad existe. En este amor está “el tranquilo y seguro reposo”, ya que “el temor de Dios”, con el temor casto del amor, y “la observancia de sus mandamientos”, son todo el hombre.⁹⁷

⁹⁷ Eccle. 12,13.

IIª PARTE

Clamor a Dios

9. Que toda injusticia se retire, entonces, de mi alma, para que te ame con dilección, Señor Dios mío, para que te ame con todo mi corazón, con todas mis fuerzas, con toda mi alma.⁹⁸

Que todo celo⁹⁹ se vaya de mí, por miedo a que pueda amar alguna cosa por sí mismo y no por tí, único verdadero amor y verdadero Señor; pues cuando amo alguna cosa por ti, no es a ella a quien amo sino a ti, por quien amo lo que amo.

Verdaderamente, sólo tu eres Señor,¹⁰⁰ tú, que al dominarnos nos salvas, ya que para nosotros servirte no es otra cosa que ser salvados por ti.

El amor de Dios y la misión del hijo

10. Señor, de quien viene la salvación y colmas a tu pueblo de bendición,¹⁰¹ ¿cómo seremos salvados por ti, si no es recibiendo de ti la capacidad de amarte y la realidad de ser amados por ti?

Por eso Señor, has querido que el Hijo que está

⁹⁸ Lc. 10,27.

⁹⁹ Num. 5,29.

¹⁰⁰ Sal. 85,10.

¹⁰¹ Sal. 3,9.

a tu derecha, "el Hombre a quien tu has fortalecido"¹⁰², sea llamado JESUS, es decir: Salvador¹⁰³ Es él quien salvará a su pueblo de sus pecados y no hay otro en quien resida la salvación.¹⁰⁴ El nos enseñó a amarlo cuando nos amó primero,¹⁰⁵ y hasta morir por nosotros en la cruz. Por su amor y su dilección suscita nuestro amor por él, que nos amó primero y hasta el fin.¹⁰⁶

La justicia propia de los hijos de los hombres¹⁰⁷ es ésta: "Amame porque te amo". Lo raro es que un hombre pueda decir: "Te amo primero para que tú me ames". En cambio, así obras tú, porque como lo proclama y lo predica el servidor de tu amor: Tú nos amas primero¹⁰⁸.

Así es. Está bien que así sea. Nos amaste primero para que te correspondamos con amor. No porque necesites nuestro amor, sino que habiéndonos creado para ti, no podemos ser a menos que te amemos. Por esto, habiendo hablado a nuestros padres, antiguamente, por los profetas, muchas veces y de diversas maneras, en estos últimos días nos has hablado por tu Hijo¹⁰⁹, tu Verbo, por quien se afianzaron los cielos y a su soplo se

¹⁰² Sal. 79,18.

¹⁰³ Mt. 1,21.

¹⁰⁴ Act. 4,12.

¹⁰⁵ Fil. 2,8; 1 Jn. 4,10.

¹⁰⁶ Jn. 13,1.

¹⁰⁷ Sal. 57,2.

¹⁰⁸ 1 Jn 4,10.

¹⁰⁹ Heb. 1,1-2.

llenaron de prodigios.¹¹⁰

Hablarnos en tu Hijo no fue otra cosa que acampar en el sol ¹¹¹, poner de manifiesto cómo y cuánto nos has amado, que ni a tu propio Hijo escatimaste sino que lo entregaste por todos nosotros.¹¹²

Tal es la Palabra que tú nos diriges Señor, ese Verbo omnipotente que en medio del silencio que poseía todas las cosas, es decir: en lo más profundo del error, vino él desde su trono real¹¹³ para castigar duramente el extravío y confiarnos dulcemente el amor.

Todo lo que hizo y dijo sobre la tierra, los oprobios, los desprecios, las burlas, la cruz y el sepulcro, no fue más que un hablarnos tú en tu Hijo, provocando y suscitando por tu amor nuestro amor a ti.

El amor no se fuerza

Tú sabes, oh Dios creador de las almas, que las almas de los hijos de los hombres no pueden ser forzadas a este afecto sino que conviene provocarlo, pues donde hay coacción no hay libertad y donde no hay libertad no hay justicia. Pero tú, justo Señor, quieres salvarnos justamente —tú que a nadie salvas ni condenas

¹¹⁰ Sal. 32,6.

¹¹¹ Sal. 18,6.

¹¹² Rom. 8,32.

¹¹³ Sab. 18,14-15.

sino en conformidad con la justicia—. Tú eres el autor de nuestro juicio y de nuestra causa, al sentarte sobre tu trono,¹¹⁴ y juzgar la justicia que tú mismo has obrado en nosotros, a fin de que toda boca se calle¹¹⁵, y el mundo entero se te someta, porque tienes piedad, y usas de misericordia con quien te compadece.¹¹⁶

Así, tú has querido que te amemos ya que en justicia no podemos ser salvados si no te amamos, ni podemos amarte a menos que eso proceda de ti, pues como dijo el Apóstol de tu amor, y también nosotros: "Tú eres el que amaste primero"¹¹⁷ y el que primero has amado a cuantos te aman.

El amor de Dios y la misión del Espíritu Santo

11. Te amamos por ese movimiento de amor que pusiste en nosotros. En cambio tú, creador de todas las cosas, de los buenos afectos y de las almas por ellos conmovidas, ¿amas lo que amas con un amor accidental e incidental? ¿Te sientes conmovido en alguna medida, en alguna cosa, tú que das la existencia a todas las cosas?

No, ciertamente. Sería absurdo, contrario a la fe e imposible por cuanto eres el creador de todas las cosas.

¹¹⁴ Sal. 9,5.

¹¹⁵ Rom. 3,19.

¹¹⁶ Rom. 9,15.

¹¹⁷ I Jn. 4,10.

Entonces, ¿cómo nos amas, si no es con amor que nos amas?

Tu amor y tu bondad, suma Bondad y sumo Bien, es el Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo. El que en el principio de la creación aleteó sobre las aguas¹¹⁸, es decir: sobre los espíritus fluctuantes de los hijos de los hombres, a todos se ofrece, a todos atrae hacia Sí inspirando, favoreciendo, apartando lo nocivo, proveyendo lo útil, uniendo a Dios con nosotros y a nosotros con Dios.

Así, tu mismo Espíritu Santo a quien se llama Amor, Unidad y Voluntad del Padre y del Hijo, inhabita en nosotros¹¹⁹ por su gracia, pone en nosotros la caridad de Dios, por ella nos reconcilia con él, y nos une gracias a la buena voluntad que nos inspira. Tal es la vehemencia de esta buena voluntad que en nosotros se llama amor, por la cual amamos lo que debemos amar, es decir a ti.

El amor, en efecto, no es otra cosa que la "voluntad vehemente" y bien ordenada.

El Espíritu de adopción

Tú te amas en ti mismo, amable Señor, cuando del Padre¹²⁰ y del Hijo procede el Espíritu Santo, Amor del

118 Gén. 1,2.

119 Rom. 8,11.

120 Jn. 15,26.

Padre hacia el Hijo y del Hijo hacia el Padre, y tan grande es este Amor que es Unidad; Unidad tan grande que es "homousion", es decir: unidad de substancia entre el Padre y el Hijo. También te amas en nosotros cuando envías a nuestros corazones el Espíritu de tu Hijo que, por la dulzura del amor y por la vehemencia de la buena voluntad que tú nos inspiras, clama: "Abba, Padre".¹²¹

Así, tú haces de nosotros tus amadores o mejor aún: tú mismo te amas en nosotros. Por lo cual nosotros, que desde el principio tenemos esperanza, porque conocemos tu nombre, Señor,¹²² nosotros que en ti nos gloriamos y en ti reconocemos el nombre del Señor, ahora, teniendo la seguridad, que el Espíritu de adopción¹²³ nos inspira por su gracia, que cuanto pertenece al Padre es también nuestro, te invocamos, por la gracia de adopción, con el mismo nombre que te da tu Hijo en razón de su naturaleza.

Pero, ya que todo esto viene de ti, soberano Padre de las luces de quien procede toda dádiva óptima y todo don perfecto¹²⁴, para quien amar es hacer el bien, eres tú mismo quien te amas en nosotros y nosotros te amamos en ti cuando por ti te amamos y tanto estamos unidos a ti cuanto merecemos amarte y nos hacemos

121 Gal. 4,6; Rom. 8,15.

122 Sal. 5,12.

123 Rom. 8,15.

124 Sant. 1,17.

beneficiarios¹²⁵ de esta plegaria de Cristo tu Hijo: "Quiero que así como tú y yo somos Uno, también ellos sean uno en nosotros".¹²⁶

Somos de tu raza, Señor, de la raza de Dios¹²⁷, como lo dijo tu Apóstol transfiriendo la sentencia pagana de un mal vaso a un vaso bueno a fin de saborear solamente la sentencia y el buen vaso. Somos de la raza de Dios, somos dioses e hijos del Altísimo¹²⁸, en virtud de cierto parentesco espiritual. Reivindicamos para nosotros una gran afinidad contigo ya que por el Espíritu de adopción tu Hijo no desdeña compartir con nosotros su título y que, con él y por él, instruidos por los preceptos de salvación, y formados por la institución divina, nos atrevemos a decir: "Padre nuestro, que estás en los cielos".¹²⁹

Tú nos amas en la medida en que, por obra tuya, te amamos; y te amamos en la medida en que recibimos de ti tu Espíritu, que es tu Amor. El ocupa y posee todos los repliegues de nuestros afectos y los convierte perfectamente a la pureza de tu verdad, a la verdad de tu pureza, al pleno consentimiento de tu amor.

Tal es la conjunción que se da, tal adhesión, tal la fruición de tu dulzura, que nuestro Señor mismo, tu Hi-

125 Heb. 3,14.

126 Jn. 17,21,22.

127 Act. 17,28-29.

128 Sal. 81,6.

129 Canon de la Misa.

jo, la llama unidad al decir: "como tú y yo somos Uno".¹³⁰

¡Qué alegría, qué gloria, qué riqueza¹³¹, qué orgullo!, pues también la Sabiduría posee la "soberbia" de su raza y por eso dijo: "Mías son las riquezas y la gloria, míos los bienes soberbios y la justicia"¹³²

Amor y felicidad

Pero, ¿qué hay de más absurdo que estar unido a Dios por el amor, sin estarlo por la felicidad?

Son felices, única, perfecta y exclusivamente, los que te aman.

Por el contrario, de ninguna manera es feliz quien no te ama.

Dice: "Feliz el pueblo que posee todos los bienes". ¡Mentira!, pues sólo es feliz aquel que tiene a Dios por Señor.¹³³

¿Qué es ser feliz si no es querer sólo el bien y tener cuanto se quiere?

El que te quiere, el que te quiere con vehemencia, — lo que es sinónimo de amar de una manera exclusiva, pues tú no soportas ser amado junto a cosa alguna del

130 Jn. 17,21.

131 Sal. 111,3.

132 Prov. 8,18.

133 Sal. 143,15.

mundo, sea carnal, espiritual, terrestre o celeste que no sea amada por ti —, el que te quiere así no quiere otra cosa que el Bien y ya tiene lo que quiere, porque cada uno te posee en la medida en que te ama.

Amor y conocimiento

Unidos a Dios por el amor y por la felicidad, comprendemos que verdaderamente "del Señor viene la salvación y sobre tu pueblo echas tu bendición".¹³⁴ Por eso, Padre, te ofrecemos asiduamente nuestra oración, nuestros votos, nuestros sacrificios y cuanto nos pertenece, por medio de nuestro Señor Jesucristo tu Hijo,¹³⁵ ya que creemos y comprendemos que es tuyo, por ti y para ti todo lo que hay de bueno en nosotros, pasando por Jesús de quien recibimos nuestro mismo ser.¹³⁶ Todo esto por el ministerio de tu Espíritu Santo¹³⁷ que habita en nosotros¹³⁸, a quien confesamos y comprendemos en la medida que nos está permitido.

Es él, quien conformando y uniendo a sí nuestro Espíritu, sopla en nosotros cuando quiere, como quiere,

134 Sal. 3,9.

135 cf. conclusiones de las oraciones en el misal romano.

136 Expresiones características de Escoto Erígena: "credentes et intelligentes" (PL 122,685 A; 871 C); "ex te, a te, ad te, per ipsum" (ibid. 679 A; 688 A; 1012 D; 984 B; 893 B; 925 A ...) "esse et bene esse" (ibid. 1202 A; 628 A; 631 A; 645 D). (D.J.H.)

137 Filip. 1,19.

138 Rom. 8,11.

cuanto quiere.¹³⁹

Somos obras tuyas, creados para toda obra buena.¹⁴⁰ El ser constituye en nuestra santificación, nuestra justificación y nuestro amor, ese amor por el que llegamos hasta ti y te abrazamos.

Por lo demás, ¡oh incomprensible Majestad!, Te haces comprensible al alma que te ama. Pues, si bien es cierto que no hay espíritu o alma alguna que posea un sentido capaz de abarcarte, sin embargo, cuando alguien te ama enteramente, aunque eres tan grande, el amor del que te ama te abarca totalmente¹⁴¹ dado que hay totalidad donde no hay fracciones, hay cantidad donde no hay mezquindad y hay comprensión donde no hay ni fracción ni mezquindad.

Cuando te amamos nuestro espíritu está unido a tu santo Espíritu; por él, que habita en nosotros, tenemos la Caridad de Dios derramada en nuestros corazones.¹⁴² Y cuando tu amor, amor del Padre por el Hijo, amor del Hijo por el Padre, cuando el Espíritu Santo habita en nosotros, es a tu mirada lo que es: Amor.

El convierte hacia sí todos los "cautivos de Sión"¹⁴³,

139 Jn. 3,8.

140 Ef. 2,10.

141 Aunque la fórmula "amor ipse intellectus est" no aparece todavía, sin embargo, la doctrina de Guillermo sobre el amor como conocimiento está aquí en germen. (cf. D.Déchânet "La doctrine de 'amour-intellection chez Guillaume de St. Thierry" en. R.M.A.L. 1, 1945, pp.349-374). (D.J.H.)

142 Rom. 5,5.

143 Sal. 125,1.

es decir, todos los afectos de nuestra alma, y los santifica. Entonces te amamos, o mejor, tú te amas en nosotros: nosotros por el afecto, tú por el efecto, haciéndonos uno contigo por tu propia unidad, por tu mismo Espíritu Santo que nos ha dado.

Así como para el Padre, conocer al Hijo no es otra cosa que ser lo que es el Hijo, y así como para el Hijo, conocer al Padre no es otra cosa que ser lo que es el Padre, —de ahí esta palabra del Evangelio: "Nadie conoce al Padre sino el Hijo y nadie conoce al Hijo sino el Padre"¹⁴⁴ — y así como para el Espíritu Santo, conocer y comprender al Padre y al Hijo no es otra cosa que ser lo que son el Padre y el Hijo; del mismo modo, para nosotros, que hemos sido creados a tu imagen, que, por Adán, hemos envejecido privados de ella, que, por Cristo, somos renovados en ella de día en día¹⁴⁵, para nosotros, que amamos a Dios¹⁴⁶, amar y temer a Dios y observar sus mandamientos no constituye otra cosa que ser y hacernos un solo espíritu con Dios. "Temer a Dios y observar sus mandamientos es, ciertamente, todo el hombre".

Oración para pedir el Espíritu Santo

Adorable, terrible, bendito Señor: danos tu Espíri-

¹⁴⁴ Mt. 11,27.

¹⁴⁵ II Cor. 4,16.

¹⁴⁶ I Cor. 6,17.

tu, envíalo y serán creadas todas las cosas y renovarás la faz de la tierra.¹⁴⁷

Porque no es en el diluvio de muchas aguas¹⁴⁸, es decir: en la confusión y perturbación de múltiples y diversos afectos como nos aproximaremos a ti — ya ha durado demasiado, Señor, ese cataclismo¹⁴⁹, congoja de los hijos de Adán. Haz soplar tu Espíritu sobre la tierra para que se retire el mar¹⁵⁰, para que se retire la salubridad¹⁵¹ del viejo castigo y que aparezca el desierto¹⁵² sediento del manantial de la vida.¹⁵³

Que venga la Paloma¹⁵⁴, tu santo Espíritu, tras la expulsión del ave que se cierne sobre los cadáveres.¹⁵⁵

Que venga la Paloma con la rama de olivo¹⁵⁶, con la rama de la refección y de la luz, anunciando la Paz.

Que nos santifiquen tu Santidad y tu santificación.

Que nos una tu Unidad.

Entonces, por el parentesco y afinidad que confiere la caridad, seremos asociados a Dios que es cari-

¹⁴⁷ Eccl. 12,13.

¹⁴⁸ Sal. 103,30.

¹⁴⁹ Eccl. 34,28; 40,1.

¹⁵⁰ Gén. 8,1.

¹⁵¹ Jer. 17,5-6.

¹⁵² Gén. 1,9.

¹⁵³ Apoc. 21,6.

¹⁵⁴ Gén. 8,6-7.

¹⁵⁵ Gén. 15,11.

¹⁵⁶ Gén. 8,11.

dad¹⁵⁷ y por la virtud del Amor con él nos uniremos.

La verdadera filosofía

12. Es importante saber, Señor, cómo te ama cada uno. Según dijo alguien iluminado por ti: "Hay quienes aman la verdad cuando reluce, pero no la aman cuando reprende".¹⁵⁸ Cultivan buenos sentimientos con respecto a la justicia pero se ponen a salvo de sus consecuencias prácticas. En sí misma la aprueban y la aman pero no la ejercitan en su propio interior.

Señor Dios, verdadera justicia, ¿éstos te aman verdaderamente, de veras te aman?

En otro tiempo la cultivaron los filósofos de este mundo, tanto en el ámbito de sus sentimientos cuanto en el plano del obrar. Bien pudieron decir de sí mismos: "Por amor a la virtud los buenos han tenido verdadero odio al pecado".

Sin embargo, son convictos de no haber amado la justicia pues no te han amado a ti, fuente y origen de la justicia verdadera, a quien ella vuelve como a su fin¹⁵⁹, y sin el cual todas las justicias de los hombres

¹⁵⁷ 1 Jn. 4,8.

¹⁵⁸ Cf. S. Agustín, "Conf." IX,23,34; "amant eam lucentem, oderunt eam redarguentem". (D.J.H.)

¹⁵⁹ Cf. Escoto Erigena "De divisione nat. II,31: "Fons et origo est omnium virtutum, et in ipsum ineffabili meatu per occultos naturae nostrae poros redeunt". (D.J.H.)

no son más que lienzos inmundos. (cf. oración de Ester e Isaías 64,6).

Aquellos antiguos filósofos carecieron de la fe que obra por el amor, si bien en alguna medida obraron honestamente pues de alguna manera incierta los conmovió el amor.

Por no provenir del manantial de la justicia verdadera ni tenerla por meta, tanto más desesperadamente erraban cuanto con más ímpetu fuera del camino corrían.

Padre, este camino es tu Hijo que dijo: "Soy el camino, la verdad, y la vida".¹⁶⁰

Tu Verdad, que es también la Vida a la que vamos y por la que vamos, nos describe la pura, cierta y simple forma de la verdadera filosofía, cuando dice a sus discípulos: "Con la dilección con que me amó mi Padre, así yo os amé. Permaneced en mi amor. Si guardáis mis preceptos permaneceréis en mi amor, así como yo guardé los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor".¹⁶¹

He aquí el amado del amado¹⁶², como leemos en el salmo, pues el Padre ama al Hijo¹⁶³, y el Hijo per-

¹⁶⁰ Jn. 14,6.

¹⁶¹ Jn. 15,9-10.

¹⁶² Sal. 67,13.

¹⁶³ Jn. 3,35.

manece en el amor del Padre¹⁶⁴ hasta el pleno cumplimiento de sus mandatos. Es también "el amado del amado" cuando el discípulo amado ama a Cristo, su maestro, hasta observar por su amor todos sus mandamientos y conserva esta voluntad hasta la muerte. Iluminado por su verdad y por su amor usa bien y para el bien todas las cosas, tanto las que son de suyo idóneas para el bien como las que llevan al mal y también las que son de suyo indiferentes. Todo lo cual es propio de la virtud cristiana.

Como dijo alguien, la virtud "es el buen uso de la voluntad libre" y el acto virtuoso "es el que usa bien de las cosas que podríamos usar malamente".

En consecuencia, para que la caridad no sea manca, nos enseña el amor al prójimo según la ley pura de la caridad, para que así como Dios en nosotros, sólo a sí mismo se ama, y nosotros aprendimos a amar en nosotros solamente a Dios, de igual manera comencemos a amar al prójimo como a nosotros mismos,¹⁶⁵ para que tanto en él como en nosotros amemos sólo a Dios.

El espíritu sopla donde quiere

Pero, Señor, ¿para qué tantas palabras?

Mi alma miserable, desnuda, helada y aterida de-

¹⁶⁴ Jn. 15,10.

¹⁶⁵ Mt. 22,37-39.

sea ser reconfortada por el calor de Tu amor. Por eso, para proteger mi desnudez¹⁶⁶, junto y coso cuantas telas hallo. Y ni siquiera llego a recoger dos leños, como los de aquella sabia viuda de Sarepta¹⁶⁷, sino débiles yuyos en la inmensidad de mi desierto, en la espaciosa vanidad de mi corazón para estar preparado cuando entre en el tabernáculo de mi morada¹⁶⁸ con el puñado de harina y el vaso de aceite a fin de que pueda comer y morir. Más no moriré tan pronto. O mejor, Señor, no moriré. Viviré para narrar las acciones del Señor.¹⁶⁹

Estando en pie en casa de mi soledad, como onagro solitario¹⁷⁰, habitando en tierras saladas¹⁷¹ abro la boca hacia ti Señor y aspirando el soplo de mi amor, aspiro el Espíritu.¹⁷² Y a veces Señor, cuando estoy así ante ti y con los ojos cerrados, me pones en la boca del corazón¹⁷³ lo que no me permites reconocer.

Sin duda percibo su sabor de manera tan dulce, suave y reconfortante, que si en mí se plenificara ya ninguna otra cosa buscaría, pero tú no me permites advertir ni por visión corporal, ni por algún sentido del alma, ni por la inteligencia de mi espíritu, qué es lo que recibo.

¹⁶⁶ Gén. 3,7.

¹⁶⁷ III Reg. 17, 9 ss.

¹⁶⁸ Sal. 131, 3.

¹⁶⁹ Sal. 117,17.

¹⁷⁰ Os. 8,9.

¹⁷¹ Job, 39,6; Jer. 2,24.

¹⁷² Sal. 118,131. ¹⁷³ Mt. 12,34

Quisiera retenerlo y rumiarlo y juzgar su sabor, pero se aleja rápidamente.

Por la vida eterna que espero¹⁷⁴, trago eso cuyo nombre ignoro.

Al rumiar largo tiempo su fuerza operante, desearía trasvasarla en mis venas y en el meollo de mi alma como un jugo vital, a fin de perder el gusto por todos los otros afectos y gustar sólo de ella y para siempre, pero rápidamente desaparece.

Cuando la busco, la recibo o la uso, me esfuerzo por confiar a la memoria los pocos rasgos que se han delineado más fuertemente y aún trato de ayudar a la memoria falible mediante la escritura. Pero entonces, por su misma realidad y por mi experiencia me veo constreñido a aprender lo que en el Evangelio dices del Espíritu: "y no sabes de dónde viene o adónde va".¹⁷⁵

En efecto, todo aquello que confío con solicitud a mi memoria como imágenes apenas esbozadas a fin de poder volver a ello de alguna manera y allí recogerme cuando lo quiera, concediéndole este poder a mi voluntad cada vez que lo deseo, al oír la palabra del Señor: "El Espíritu sopla donde quiere", encuentro muerto e insípido todo lo guardado pues experimento en mí mismo que el Espíritu sopla, no cuando yo lo quiero, sino cuando El lo quiere.

¹⁷⁴ Tito, 1,2.

¹⁷⁵ Jn. 3,8.

Hacia ti sólo, Fuente de Vida, debo levantar mis ojos, para, sólo en tu luz, ver la luz.¹⁷⁶

Hacia ti Señor, hacia ti se vuelven hoy, —y se vuelven siempre— mis ojos. Que hacia ti, en ti y por ti progresen todos los progresos de mi alma.

Que cuando desfallezca mi virtud¹⁷⁷, que es nula, que tras de ti vayan jadeando todos mis desfallecimientos. Pero, mientras tanto, ¿cuánto tiempo lo diferirás, por cuánto tiempo se arrastrará mi alma hacia ti, ansiosa, miserable y anhelante?

Te ruego que me escondas en lo escondido de tu faz, lejos de las contiendas de los hombres. Protégeme en tu tabernáculo de la contradicción de las lenguas.¹⁷⁸

Pero, ya vuelve a rebuznar el asno y los niños comienzan a gritar.

Oración final

13. Ahora Señor, con fe plena te doy culto, a ti Señor, único principio de todo, a ti Sabiduría —por quien es sabia toda alma sabia— a ti el solo Bien —por el que es feliz todo el que lo es—.

A ti sólo Señor, honro, adoro y bendigo. Es a ti

¹⁷⁶ Sal. 35,10.

¹⁷⁷ Sal. 70,9.

¹⁷⁸ Sal. 30,21.

sólo, a quien con todo mi corazón, con todo mi espíritu y con todas mis fuerzas¹⁷⁹, yo amo, o amo amar y deseo.

Quienquiera que entre los ángeles y los espíritus buenos te ama, bien lo sé, me ama también a mí y a sí mismo se ama en ti.

Todo el que permanece en ti¹⁸⁰ y conoce las oraciones y los afectos humanos, bien sé que en ti me escucha, él en quien doy gracias juntamente por su gloria.

Todo el que te posee como bien suyo, me ayuda en ti y no puede envidiar el que participe yo de tu vida.

Sólo el espíritu apóstata puede hacer de nuestra miseria su alegría, de nuestro bien su perjuicio, porque despojado del bien común a todos y de la verdadera felicidad ya no es súbdito de la verdad. Está privado de su gozo y odia el bien común de todos.

A ti Dios Padre y Creador por quien vivimos, a ti Sabiduría del Padre¹⁸¹ por quien reformados vivimos sabiamente, a ti Espíritu Santo a quien y en quien amando vivimos felices, a ti Trinidad de una sola substancia, sólo Dios de quien, para quien y en quien somos, del que nos separamos por el pecado tornándonos desemejan-

179 Lc. 10,27.

180 Jn. 15,4.

181 I Cor. 1,24.

tes¹⁸² y que no permitió que pereciéramos, a ti, Principio hacia el cual regresamos, forma hacia la cual tendemos, gracia por la cual nos reconciliamos, te adoramos y te bendecimos.

A ti la gloria por los siglos. Amén.¹⁸³

Fin del Tratado de Dom Guillermo de Saint-Thierry sobre la Contemplación de Dios.

182 En el cielo el hombre tampoco podrá superar la distancia que existe entre el Creador y la creatura, pero sí puede esperar toda la semejanza con Dios de que es capaz. Su transformación en Dios no pasará, sin embargo de ser una "semejanza". (M.S.I.D.)

183 Cf. S. Agustín "de vera relig." 55,113: Unius substantiae Trinitatem, unum Deum a quo sumus, per quem sumus, in quo sumus; a quo discessimus, cui dissimile facti sumus, a quo perire non permissi sumus, principium ad quod recurrimus et formam quam sequimur, et gratiam qua reconciliamur: unum Deum ipsi gloria in saecula saeculorum. Amen." (D.J.H.)

**De la Naturaleza y
Dignidad del Amor**

Introducción

Este tratado fue compuesto por Guillermo durante los primeros años de su abadiato en Saint-Thierry, posiblemente entre 1119 y 1122. Nace del celo pastoral del joven abad, quien debió alimentar e instruir a sus monjes. La base de su composición habrían sido sus "capítulos" matinales en los cuales el autor habría tratado de explicitar el camino de la perfección cristiana, es decir del amor.

El tema es la génesis y crecimiento del amor. Ya en esta obra de juventud, Guillermo distingue lo que luego será una constante en su pensamiento respecto a los grados del amor: simple voluntad, amor, caridad, sabiduría. Estos son didácticamente comparados con los períodos de la vida humana: infancia, adolescencia, madurez, y vejez del amor. Estos grados nos muestran también la progresión de la perfección y de la contemplación.

Teniendo en cuenta la estructura que nos presenta el texto, se lo ha dividido de la siguiente manera:

- I — Prólogo: Nº 1-2.
- II — Nacimiento del amor: Nº 3.
- III — Juventud: amor: Nº 4-11.

IV — Edad adulta: la caridad: Nº 12-25.

V — Vejez: la sabiduría: Nº 26-45.

“Arte de las artes es el amor”, nos dice Guillermo en el Prólogo, es la obra más bella; infundido por Dios en la naturaleza, éste tiende naturalmente a su origen —Dios— que a su vez es su fin. Pero, envilecido y corrompido por el pecado, tiende al mal, por ello necesita de un hombre que lo guíe.

Nace de Dios, es propiedad divina, sólo El puede darlo. El es trino y nos ha creado a su imagen y semejanza, nos ha dado un primer principio en la memoria, la cual da origen a la razón, y de ambas procede la voluntad, así, como en la Trinidad, el amor procede del Padre y del Hijo. En su Nacimiento y durante su infancia, no es más que un simple movimiento afectivo que busca a Dios, pero que puede volverse hacia las criaturas y degenerar en ellas.

El segundo período es la Juventud, en ella la voluntad se convierte en amor, esto implica una cierta fuerza, una vehemencia. De hecho la juventud es ardiente, apasionada, hay una locura de amor. Lo mismo con el amor de Dios, hay una santa locura divina. El santo Abad nos recomienda emplear este ardor en la obediencia a aquellos que nos conducen, la oración ardiente y prolongada, la pureza de corazón, y para favorecer la vida interior: el silencio, la modestia y la abstinencia. Ha lle-

gado el momento de extirpar los vicios.

Esta ascesis da sus frutos, es áspera pero fecunda; la voluntad se va allanando, se vuelve dócil al espíritu; se opera un cambio, el cuerpo está pronto y el alma descubre un mundo nuevo, ella se siente favorecida por Dios, por momentos pareciera sentirle, es visitada mediante imprevistas “teofanías” que la envuelven en “dulces afectos”. Tanta maravilla hace que el alma se vuelva suplicante, importuna hasta tener un nuevo contacto con el Esposo, quiere volver a sentarse a la mesa del banquete, pero es nuevamente enviada a su pobreza. Aquí se presenta el gran peligro, es el de creer que se ha llegado al término y así abusar de las gracias de Dios.

Si el alma persevera en el buen camino, el amor se fortifica, surge la Edad Adulta en la cual el amor se convierte en Caridad, es decir “Amor iluminado”. Aquí Guillermo nos presenta lo que luego será la clave de su doctrina espiritual: el sentido del “amor iluminado”. Naturalmente todavía en esta obra su pensamiento no está totalmente elaborado, no obstante, el “amor iluminado” pertenece a esta tercera edad del amor. Se caracteriza por su fuerza y luz. Hace una comparación entre el amor y los sentidos, nos habla de un alcance superior al que puede darnos la razón, pero será más tarde cuando llegará a la síntesis madura del “amor iluminado”, el cual por la acción del Espíritu Santo nos hace experimentar a Dios que es Amor, volviéndonos amor.

INTRODUCCIÓN

En esta edad, el ojo del "amor afectivo" puede ejercitarse plenamente con las dos notas que caracterizan al amor iluminado: luz y fuerza. El "amor iluminado" es como el ojo: con una mirada abarca todo el horizonte, él posee una suerte de poder divino para ver a toda criatura como pequeña y sin consistencia en comparación con Dios. Para ver a Dios, el hombre tiene la razón y el amor; son dos ojos que, cuando el amor es iluminado, se hacen uno solo, hay una sola visión amorosa.

Guillermo se pregunta por la naturaleza del amor. El amor es Caridad, pero precisamente Dios es Caridad. Para exaltar su dignidad recurre al elogio de San Pablo en el himno de I Corintios. Ella es el yugo suave de que nos habla Cristo.

Luego de reflexionar sobre la naturaleza del amor que ha llegado a transformarse en Caridad, Guillermo señala los efectos que de él se siguen. Indica una muerte del alma, es una muerte a las afecciones que puede tener el hombre en este mundo; la espada del amor realiza esta muerte, la cual paradójicamente es para la vida: el alma se fortifica, ahora es constante, prudente, camina hacia Dios. Ahora ve lo que debe hacer (espíritu de ciencia), y encuentra las fuerzas necesarias para hacerlo (espíritu de fortaleza), se ha vuelto un hombre que refleja la majestad del Señor, inspira algo así como un santo temor. El recuerdo de Dios se le hace constante.

GUILLERMO DE SAINT THIERRY

En este momento Guillermo se detiene a considerar la vocación religiosa. Como su auditorio es de monjes, habla de ellos; presenta la vida monástica como "escuela especializada de la caridad", en breves y seguros trazos nos da una pintura de su existencia. Afirma la clásica doctrina de la continuidad de la comunidad primitiva de los apóstoles. Es una vida de comunión y oración.

La Vejez corresponde a la Sabiduría, hay que abandonar las cargas y las preocupaciones para prepararse a entrar en la vida eterna con su Señor. El monje que ha trabajado bien, merece el mérito de su reposo. La Sabiduría permite gustar a Dios de manera inexplicable, es un conocimiento experimental, una suerte de experiencia que se palpa, se toca con la mano. La Sabiduría opera maravillosamente en el alma, le inscribe su efigie, la conforma consigo misma, le da una ciencia inefable, conocimiento de Dios, conocimiento de Cristo, conocimiento de la vida eterna, Cristo es el modelo por reproducir porque él es la imagen del Padre, él se vuelve el único alimento, y no importa si los acontecimientos son adversos o no, el alma ve todo lo creado con los ojos de Dios. Ella olvida todo lo que no es Dios. La muerte será simplemente un tránsito en el cual el espíritu vuelve a su Dios.

La Sabiduría es quien ha guiado todo este largo camino disponiendo suavemente los acontecimientos, buenos y malos, hasta el momento en que el alma vuelve a

INTRODUCCIÓN

su Principio, hasta que es ocultada en la secreta Faz de Dios.

Junto al pastor que desea servir a sus hermanos, encontramos al hombre de deseos que fue Guillermo; en esta obra se ponen de relieve sus cualidades espirituales e intelectuales, su profunda sed de Dios se combina con el conocimiento de la Escritura y la cultura clásica, especialmente Ovidio y Boecio.

"Naturaleza y dignidad del Amor" reúne no sólo un rico contenido espiritual válido para todas las épocas, sino también un feliz método pedagógico para explicar la vida espiritual mediante un lenguaje sencillo, apoyado en la Revelación y la experiencia humana que se comparte, todo ello enmarcado en una antropología de la época. Sus méritos le dieron pronto celebridad, y como otra de las tantas obras del Abad de Saint-Thierry, importantes manuscritos del siglo XII la han recogido, así por ejemplo el Mazzarine 776, Douai 372, Bruges 128 entre otros. Como en otros casos, el tratado que nos ocupa también fue rápidamente incorporado a las obras de San Bernardo, pero una atenta consideración del mismo no deja dudas sobre su pertenencia a Guillermo, abad de Saint-Thierry.

según P. Robert Thomas, OCSO.

Aquí Comienza el Tratado del mismo Autor sobre la Naturaleza y la Dignidad del Amor *

Prólogo

1. Arte de las artes es el arte del amor, y el maestro que la enseña es la naturaleza, y Dios es el Autor de la naturaleza. En efecto, el amor mismo que viene del Creador de la naturaleza, a no ser que afecciones bastardas pongan rémora a su nobleza primigenia, él mismo, digo, se enseña solo, pero en corazones que le son dóciles, que son dóciles a Dios¹.

Ciertamente, el amor es una fuerza del alma que la atrae como por un peso natural a su lugar propio, a su fin. Toda criatura, en efecto, sea espiritual, sea material, tiene por un lado un lugar propio al cual es llevada naturalmente, y por otro, algo así como un peso natural que la lleva. Porque el peso, como dice un verdadero filósofo², no siempre atrae hacia abajo: atrae el fuego hacia arriba, el agua hacia abajo, del mismo modo

* En el manuscrito Mz (Mazarine), abajo de la última columna del tratado sobre la "Contemplación de Dios", se lee el "explicit" e inmediatamente después, sin punto y aparte, el "incipit" del tratado sobre la "Naturaleza y dignidad del amor".

¹ Cf. Jn 6,45.

² Se trata de San Agustín, CONF. I.13, c.9.

lo demás. También el propio peso mueve al hombre llevando naturalmente su espíritu hacia arriba y su cuerpo hacia abajo, cada cual al lugar, al fin que le corresponde.

¿Cuál es pues el lugar del cuerpo? "Tú eres tierra, dice Dios, y volverás a la tierra"³. Pero del espíritu dice un libro sapiencial: "y el espíritu volverá a Dios que lo creó"⁴. Considera al hombre una vez muerto en proceso de descomposición, cómo por todo su peso es llevado a su lugar. Cuando esto sucede normalmente y en el orden debido, el espíritu vuelve a Dios que lo creó, el cuerpo vuelve a la tierra y no sólo a la tierra sino a los elementos de que estaba compuesto y formado. Cuando de él reclama algo la tierra, el fuego, el agua, el aire, cuando se opera la descomposición natural de este compuesto natural, cada parte retorna en virtud del propio peso a su elemento. Y la descomposición llega a término cuando se ha cumplido perfectamente la restitución de todas las partes a su propio lugar. En cuanto a resolver si es preciso hablar aquí de corrupción, de putrefacción, o si conviene más emplear el término de "separación" como se ha dicho⁵, queda a juicio de cada uno.

Y mientras que ninguno de esos elementos se sepa-

³ Gén. 3,19.

⁴ Ecl. 12,7.

⁵ ¿En qué lugar, en las líneas precedentes, lo ha dicho Guillermo? La palabra "resolutio" no ha sido empleada. Tal vez este "como se ha dicho" se refiera a la expresión de san Pablo "tempus resolutionis meae instat" (II Tim. 4,6). Tres traducciones consultadas (Dion, Davy, Déchanet) omiten prudentemente este "como se ha dicho".

ra del camino de su naturaleza, sólo el alma miserable, el espíritu envilecido, que de suyo tiende naturalmente hacia su fin, corrompido como está por el mal del pecado, no sabe o difícilmente atina a volver a su principio. Su peso natural lo empuja siempre allí, y cuando desea la felicidad, sueña con la felicidad, no busca otra cosa que ser feliz. Ahora bien, feliz aquél y no otro cuyo Dios es el Señor⁶. Pero, buscando la felicidad no en el lugar ni por el camino por donde debe buscarla, se extravía lejos de su natural tendencia. Por esto, habiendo perdido la enseñanza que viene de la naturaleza, necesita de un pedagogo humano que le instruya acerca de la felicidad que naturalmente se busca por el amor, que le indique dónde y cómo; en qué lugar, por qué camino hay que buscarla.

2. El amor, como se ha dicho, es infundido naturalmente en el alma por el Autor de la naturaleza, pero después que el hombre abandonó la ley de Dios debe ser enseñado por el hombre. Mas no como si se tratara de hacer surgir lo que hasta entonces no existiera, sino para que el hombre aprenda a purificar el amor y cómo purificarlo; a progresar en él y cómo hacer progresos; a afianzarlo y cómo lograr su afianzamiento.

Porque también el torpe amor carnal tuvo en otro tiempo maestros de su torpeza. Maestros tan perspicua-

⁶ Cf. Sal. 143,15.

ces, que corrompidos corrompían, hasta el punto que el maestro del Arte del Amor⁷ fue obligado por los amantes y cómplices de su torpeza a cambiar de tono lo que había cantado tan licenciosamente, y a escribir acerca del remedio del amor el que había escrito sobre el incendio del amor carnal y el que, casi por un impulso irresistible, había malgastado todo su ingenio tanto en despertar los excitantes clásicos del amor como en inventar otros nuevos.

Ciertamente, este hombre no buscaba enseñar los excesos del amor carnal que tanto en él como en sus discípulos ardía cual fuego sin el menor freno impuesto por la razón; pero, al querer regirlo por reglas que suprimen toda regla, lo hacía desembocar en el libertinaje y por excitaciones inoportunas lo arrojaba a la locura de la lujuria.

En estos hombres depravados y pervertidos, el vicio de la concupiscencia carnal, excediendo toda medida, había matado el orden de la naturaleza. Según el orden normal de la naturaleza su espíritu, de hecho, hubiera debido ser llevado por su peso, por su amor, hacia lo alto, hacia Dios que lo creó; pero, degradado por los encantos cautivadores de la carne no comprendió, y puesto a la altura de animales carentes de inteligencia, se hizo semejante a ellos⁸; y fueron del número de aquellos de

quienes está escrito: "Mi espíritu no permanecerá con estos hombres porque son carne⁹; es en su nombre que dice la profecía: "Mi corazón se ha vuelto como cera que se derrite en medio de mi vientre"¹⁰

El corazón, ubicado físicamente por el Autor de la naturaleza en un espacio estrecho del cuerpo, casi en el centro, puede gobernar y administrar desde allí la ciudadela de los sentidos superiores como también toda la república del humilde pueblo de las partes inferiores del cuerpo y la región circundante de los pensamientos y de las acciones.

Pero si, reblandeciéndose como bastardo al fuego de la concupiscencia carnal comienza a derretirse, todo él fluye hasta el vientre y hasta pleno vientre, porque no gusta más que lo que es del vientre¹¹. Del vientre va luego a lo inferior del vientre, confundiendo todo, envioldando todo, adulterando todo, pervirtiendo el afecto natural del amor en brutal apetito de la carne. No se contenta con apetecer lo que está prohibido en materia de ultrajes al cuerpo y de pasiones ignominiosas, sino que olvida también a tal punto su antigua nobleza que él, creado para Dios solo, es considerado más bien por aquellos a los que ha corrompido y por los que le corrompen,

⁹ Gén. 6,3.

¹⁰ Sal. 21,15. Esta traducción literal es requerida en razón del texto: el corazón del hombre depravado se derrama hacia su vientre.

¹¹ Cf. Rom. 8,5: "quae carnis sunt sapiunt".

⁷ Ovidio, autor del "Ars Amatoria".

⁸ Sal. 48, 13, 21.

como antro natural de lujuria y prostíbulo de todos los vicios. Pobres miserables los que, a pesar de los reclamos de la naturaleza se envilecieron hasta el punto de hacer de la morada de su alma —propiedad exclusiva de Dios creador y cerrada a toda criatura—, la sede de Satán, sede de toda suciedad y de toda inmundicia.

Nacimiento del amor

3. Hablemos pues del amor, en la medida que nos lo permita aquél hacia el cual tiende toda la creación en un impulso de amor. Abriremos el relato de su historia por lo que se podría llamar sus orígenes; seguiremos después con su progreso, analizando las etapas de lo que se podría llamar sus edades sucesivas; llegaremos hasta su vejez fecunda, saturada no de dolores seniles sino de una misericordia llena de vigor¹². Del mismo modo, en efecto, que siguiendo el crecimiento o el desgaste de las edades de la vida, el niño se hace joven; el joven, hombre maduro; el hombre maduro, viejo; cambiando de nombres a medida que cambia de cualidades, así, según el progreso de las virtudes la voluntad al desarrollarse se transforma en amor, el amor es caridad, la caridad es sabiduría.

A propósito del amor del cual hablamos, no debemos ocultar ni su ilustre nacimiento ni el noble linaje que

¹² La expresión parecería singular, si uno no supiera que es bíblica (Sal. 91,10).

le honra, ni el lugar de su origen. Ante todo, el lugar de su nacimiento es Dios. Allí ha nacido, allí se ha alimentado, allí ha crecido; allí es ciudadano, no extranjero sino nativo. El amor es dado por Dios solo y en él permanece, porque a ningún otro se debe el amor más que a él o a causa de él.

Ahora bien, si se quiere hablar de su nacimiento: como Dios Trinidad había creado al hombre a su imagen¹³, formó en él una semejanza de trinidad que permitiría a la Trinidad creadora reflejar allí su imagen. Gracias a ella, este nuevo habitante del mundo, cual semejante que torna naturalmente a su semejante, podría, si quisiera, adherir indisolublemente a su principio, a Dios su creador; no fuera que atraída, arrastrada, solicitada por las múltiples criaturas, esta trinidad inferior creada rompiera su unidad con la soberana y creadora Trinidad¹⁴.

Así, cuando la Trinidad infundió en el rostro del hombre recién formado —e infundiéndolo creó— el aliento de vida¹⁵, la energía espiritual, es decir, intelectual, significada por las palabras respiración y soplo, y la energía vital, es decir, animal, significada por la palabra vida,

¹³ Cf. Gén. 1,26-27.

¹⁴ Podrá consultarse sobre este tema el artículo de D. Brooke: "The trinitarian aspect of the ascent of the soul to God in the theology of Will. of S.Th." (*Recherches de Théologie Ancienne et Médiévale*, t. 56 (1959) pp.87-127), y el estudio que hemos ofrecido en *Collectanea OCSO*: "Notre entrée dans la vie trinitaire d'après Guillaume de St-Thierry" (t.24 (1962), pp.209-224 y 338-349).

¹⁵ Cf. Gén. 2,7.

colocó como en una especie de ciudadela¹⁶ el dinamismo de la memoria para que el hombre recordara siempre el poder y la bondad del Creador. De inmediato, sin demora alguna, la memoria engendró de sí misma a la razón¹⁷, y memoria y razón de sí mismas produjeron la voluntad¹⁸.

La memoria, en efecto, tiene y retiene el fin hacia el cual hay que tender; la razón muestra que hay que tender; la voluntad es la que tiende, y estos tres elementos no hacen más que un todo, siendo no obstante tres energías, al igual que en aquella soberana Trinidad donde una es la sustancia pero tres las personas. En esta trinidad, así como el Padre engendra, el Hijo es engendrado, y de ambos procede el Espíritu Santo, así la razón es engendrada por la memoria, y de la memoria y de la razón procede la voluntad.

Para que el alma racional creada en el hombre pudiera adherirse a Dios, el Padre se arrogó la memoria, el Hijo la razón, el Espíritu Santo —que procede de ambos— la voluntad, que de ambas procede.

Juventud: el amor

4. Este es el origen de la voluntad, su nacimiento,

16 Literalmente: ella habita "en su especie de ciudadela" (la del hombre).

17 Es decir, de su sustancia, así como el Padre engendra "de sí" al Hijo.

18 Es evidente que estas "procesiones" son a imagen de las dos procesiones divinas trinitarias.

su adopción, su dignidad, su nobleza. Ahora bien, cuando bajo la moción de la gracia preveniente y adyuvante comienza, por su buen consentimiento, a adherir al Espíritu Santo en persona, a él, el Amor y la voluntad del Padre y del Hijo, empieza a querer intensamente lo que Dios quiere y lo que la memoria y la razón le sugieren querer, y, al quererlo intensamente, se transforma en amor: en efecto, el amor no es otra cosa que una voluntad intensa hacia el bien. De suyo, la voluntad es un simple efecto puesto en el alma racional para hacerla capaz tanto del bien como del mal: se colmará de bien ayudada por la gracia; se colmará de mal si, abandonada a sí misma, desfallece.

A fin de que nada faltara al alma humana por parte del Creador, se le dió una voluntad libre de optar por el uno o por el otro. Si ella corresponde a la gracia, con la gracia adyuvante recibe el progreso y el nombre de virtud convirtiéndose en amor; si, abandonada a sí misma quiere disfrutar egoístamente, experimenta su propia fragilidad y hereda tanto los vicios como los nombres de los vicios: ambición, avaricia, lujuria y otros por el estilo.

5. La voluntad —creada libre— se encuentra pues en su primera etapa como en la encrucijada de la carta de Pitágoras¹⁹; si obra según la dignidad de su naturaleza, se eleva hasta el amor; según el orden natural de

19 La letra Y representaría como la encrucijada de dos caminos.

sus virtualidades — como se ha dicho — del amor se eleva a la caridad, de la caridad a la sabiduría. Por el contrario, si la gracia no acude prontamente a socorrerla, a pesar del orden que la rige aunque por justa disposición divina, se encuentra sepultada en el abismo de los vicios, precipitada²⁰ hacia su ruina, hundida en las tinieblas de la vergüenza. Sin embargo, si abandonando el camino de los abismos se decide a entrar por el camino ascendente, si, haciéndose dócil a la gracia que la guía y la fortalece²¹ se torna adulta en el amor y llega al estado de la vigorosa juventud, entonces pasa insensiblemente del espíritu de temor que hasta ese momento le hacía temer, como un niño, el castigo, al espíritu de piedad; comienza a experimentar una nueva gracia, empieza a amar a Dios, a tributarle un culto lleno de piedad²² según está escrito: "La piedad es el culto de Dios"²³.

Que este joven despliegue pues la energía y el vigor natural de la virtud, no el de la edad, y no pierda los estímulos naturales de la juventud con tal de que la razón no permita que se corrompan. Tales estímulos ponen fuera de sí a los depravados, a los superficiales²⁴,

20 Literalmente: "empujado por una ruina precipitada" (de cabeza).

21 Cf. Sal. 30,4.

22 La palabra "piedad" tiene aquí el significado latino de: ternura de corazón, amor tierno.

23 Palabra que Guillermo lee en su texto latino en Job 28,28. Ver: Pain de Cit. nº 9, p. 82, nota (a).

24 Literalmente: "los que pasan en imagen", expresión sacada del Sal. 38,7 y que cita bastante de buen grado Guillermo, no siempre, por otra parte, en el sentido en que ella está tomada aquí. Cfr. infra p. -nota (2)

a esa gente cuyo espíritu es como el de los animales o el de las bestias; cuya carne es, en expresión del Profeta²⁵, como carne de asnos²⁶. ¿Cuánto más el fervor o la juventud de alma ha de poner fuera de sí a aquellos que pertenecen al verdadero amor y experimentan los estímulos espirituales? Grave motivo de oprobio sería para la naturaleza, el hecho de que los que la corrompen fueran más aventajados en el mal, de lo que lo son en el bien los que de verdad la aman.

6. Escucha una santa locura: "Si estamos fuera de sentido — dice el Apóstol — es por Dios"²⁷. ¿Quieres escuchar otra locura?: "Si perdonas — dice — perdónales este pecado, si no, bórrame del libro que has escrito"²⁸. ¿Quieres escuchar otra? Escucha al Apóstol en persona: "Desearía — dice — ser anatema de Cristo por mis hermanos"²⁹. ¿No parece ser esto cierta razonable locura de un alma que bajo el imperio divino³⁰ mantiene firme en el corazón³¹ lo que es imposible realizar, a saber, que-

25 Literalmente: "La palabra de la profecía".

26 Cf. Ez. 23,20.

27 II Cor. 5,13

28 Ex. 33,31-32. Siendo la cita algo diferente al texto de la Vulgata, o bien Guillermo cita de memoria, aproximativamente, o bien tiene otro texto a la vista.

29 Rom. 9,3.

30 "Mens bene affecta": es el alma tocada, impresionada por la gracia.

31 Dice el texto latino: "habere fixum in affectu". "Affectus" se opone aquí (como más de una vez en Guillermo, y no siempre en el sentido de este pasaje) a "effectus". "Affectus" es la intención del corazón, del "alma llena de afecto"; "effectus", es el efecto, la ejecución.

rer ser por Cristo anatema de Cristo? Esta fue la embriaguez de los apóstoles cuando la venida del Espíritu Santo. Esta la locura de Pablo cuando Festo le dijo: "¡Tú estás loco, Pablo!"³². ¿Acaso era de asombrar que se proclamara loco a aquel que, en pleno peligro de muerte se esforzaba en convertir a Cristo a los jueces que lo juzgaban por causa de Cristo? La causa de esta locura no era un trabajo intelectual demasiado intenso como decía el rey, que entendía la verdad pero la disimulaba³³, sino como hemos dicho, la embriaguez del Espíritu Santo que le hacía arder en el deseo de inducir a sus jueces a parecerse a él por poco o por mucho³⁴.

Y para no alargarnos: ¿qué locura más grande, más inesperada, que la de un hombre que en su deseo apasionado de adherirse a Cristo deja el siglo y que, también por Cristo, se adhiere nuevamente al siglo por necesidad de obediencia y de caridad fraterna? El tendía al cielo, he aquí que se sumerge en el lodazal³⁵. Es el joven Benjamín que, en el arrebató de su alma, no siente ya nada ni de sí ni de lo que es suyo, sino que sólo

32 Act. 26,24.

33 De hecho, el que lo dijo fue Festo.

34 Expresión tomada también de este pasaje de los hechos: "Por poco más o por mucho más, pluguiese a Dios que no sólo tú, sino todos los que me oyen, se hicieran hoy tales como lo soy yo, aunque sin estas cadenas" (Act. 26,29).

35 Posible alusión a san Bernardo quien, después de haber abandonado el mundo, debió al cabo de algunos años de abadiato, mezclarse en todos los asuntos de la cristiandad llegando a ser el hombre más solicitado de su siglo.

aprecia a aquél a quien se ha entregado por entero.

De esta locura estaban locos los santos mártires que reían en medio de sus tormentos. ¿Por qué no citar aquí la palabra del poeta lascivo que decía en el ardor de su pasión: ¿"Es agradable estar loco"?³⁶.

7. Aquí pues es normal que sobresalga la impetuosidad de la juventud y la ardiente carrera de la vida religiosa que, aunque en esta etapa³⁷ no tiene ni debe tener todavía el freno de la razón³⁸, con todo debe padecerlo³⁹. Realmente, ese apiadarse de sí mismo, ese tenerse consideraciones, ese solicitar dispensas para cuidarse, ese mostrarse indulgente consigo mismo remitiéndose a su propio juicio, todo eso no condice con el fervor novicio. Si el juicio de otro impone estos miramientos entonces no hay que rehusarlos. En cuanto a uno mismo, en lo que concierne a uno mismo, es necesaria una interpretación exacta, una severidad estricta: frente a la caridad y a la bondad paterna o fraterna que encuentra en quien le gobierna o le aconseja, ha de responder el joven con una humildad dulce y obediente nunca desmen-

36 Virgilio, *Bucólicas*. Egloga 3, v.36.

37 Corresponde al primer estado, el "estado animal" de la Carta de Oro. El novicio demasiado atraído aún por lo sensible, no posee todavía la razón, pero debe plegarse a la razón de otro, obedecer mortificando sus sentidos (Epist.L.I., nº 14 y 17. Ver. Pain de Cit. nº 2, pp. 21-24).

38 De su propia razón.

39 Obedecer a la razón, al juicio del religioso encargado de formarlo.

tida. Si uno de estos dos elementos llegara a faltar⁴⁰ no confío en la perseverancia del tibio y del flojo, y temo la ruina del irreflexivo.

Por esto toda la discreción del novicio debe consistir en tornarse insensato en todo por Cristo⁴¹, y depender del juicio de otro, principalmente si trata con un anciano del que se puede estar seguro que ha aprendido de Dios lo que enseña a los hombres. No obstante el aventajado u obediente⁴² no debe juzgar con ligereza mientras no se le ordene manifiestamente algo contrario a Dios, hasta que una larga y paciente experiencia le haya dado comprensión acerca de estas cosas. Que se aplique lo más posible y siempre a practicar esa obediencia de la que está escrito: "purificando vuestros corazones en una obediencia de amor"⁴³. Esta es, en efecto, la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta⁴⁴.

8. Para obtener tales gracias y conservarlas, hay

40 Generosidad ardiente por una parte, obediencia total, renuncia a su propio juicio, por la otra.

41 Muchos años más tarde, al término de su vida, en su famosa *Carta a los Hermanos del Mont-Dieu*, que contiene normas de dirección para los jóvenes, Guillermo no habrá cambiado de opinión. Reléase el final del nº 14 del primer libro. Toda la discreción, la prudencia, el juicio de discernimiento del novicio debe ser no tenerlos: "hoc omnis sit ejus discretio, ut in hoc nulla ei sit discretio". "Toda su discreción deberá ser la de no tener en esto ninguna discreción".

42 Siempre los dos aspectos complementarios de generosidad y de obediencia en el verdadero novicio. Sin embargo, una u otra de estas dos cualidades prevalece en cada uno de ellos.

43 1 Pe. 1,22.

44 Cf. Rom. 12,2.

que recurrir sin descanso⁴⁵ a una oración asidua y prolongada, en la que tan grande sea la fe que todo lo espere⁴⁵, tan grande el fervor, que le parezca que fuerza a Dios; tan grande el amor, que todo lo que pide sienta que lo obtiene en el momento mismo de la oración: tan dócil la humildad, que en todo desee que se cumpla en él la voluntad de Dios, no la suya propia.

Que este hombre se empeñe en adquirir y guardar celosamente la pureza del corazón, la compostura del cuerpo, el silencio o el uso moderado de la palabra; que mantenga sus ojos siempre modestos, nunca altivos; que sus oídos no estén ansiosos de novedades⁴⁶; que sea sobrio en la comida y el sueño para que éstos, lejos de impedir, posibiliten la jornada de buenas obras; lleve sus manos con dignidad y ande con gravedad; no demuestre ligereza riendo a carcajadas, sino más bien su bondad, sonriendo graciosamente. Se entregará a meditaciones espirituales y asiduas, a útiles lecturas y no a lecturas curiosas. Se mostrará sumiso con los superiores, reverente con los religiosos mayores, lleno de amor con los más jóvenes. No deseará estar al frente de todos, sino ser el último de todos; querrá servir a los que viven con él; no se dejará amilanar por la severidad ni ablandar

45 Literalmente: "reclamar auxilios incesantes".

45¹ Cf. 1 Cor. 13,7.

46 Reminiscencia de II Timoteo 4,3, que la Biblia de Maredsous traduce: "ayant aux oreilles la démangeaison d'entendre du neuf".

por la dulzura⁴⁷; reflejará en su rostro serenidad; en su corazón dulzura hacia todos; en su modo de obrar gracia y amabilidad.

Aquí también es tiempo y ocasión de refrenar los placeres, de cercenar los vicios, de quebrantar las voluntades. Cuando todas esas otras voluntades, que no son tales sino tan sólo simulacros de voluntades, hayan sido mortificadas y cortadas como retoños bastardos brotados naturalmente, habrá para la voluntad natural y verdadera una esperanza acrecida de progreso. Aquéllas, más que voluntades son apetitos del alma, es decir, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y ambición terrena⁴⁸.

9. Aquí⁴⁹, que el que ame más corra con mayor ardor. Este es el trabajo, ésta la obra. Duro trabajo que cuesta muchos sudores, sobre todo cuando el amor, ciego todavía, hace lo que debe hacer aunque sin saber aún de dónde viene ni adónde va⁵⁰; de este modo, trabaja con los movimientos afectivos como el ciego con sus manos. Ciertamente, éste trabaja con sus manos, mas

47 Se trata del novicio; la severidad, la dulzura, son las que él encuentra en los demás y que debe acoger sin dejarse llevar demasiado por reacciones naturales.

48 I Jn. 2,16. La Vulgata, en último término, trae "superbia vitae". Guillermo sigue un texto diferente: "ambitio saeculi".

49 Es la tercera vez que Guillermo, en esta exposición de la juventud del amor, comienza un período por este "hic" — "aquí, en esta etapa".

50 Cf. Jn. 3,8.

sin ver las manos con las que trabaja, ni el trabajo que realiza.

Así como un vidente que instruye en algún trabajo a un no vidente lo atrae, lo hace inclinarse, enderezarse, adoptar diversas posiciones, llevándolo más al ejercicio del trabajo en cuestión que al conocimiento del arte mismo, así, por medio de todas aquellas cosas arriba mencionadas el amor ciego es formado desde fuera en vistas a cierta honestidad de vida y de costumbre. Una vez que la naturaleza del hombre interior, domeñada por la práctica de una larga disciplina haya logrado ser sellada e informada completamente por ellas, podrá dar el fruto saludable de un alma totalmente pacificada⁵¹.

Entonces comprenderá la utilidad de todos estos ejercicios y otros semejantes, no en su aspecto exterior sino en su realidad profunda. Todas estas observancias que hemos expuestos más arriba no brotan aún del corazón, solamente se las desea y se las cumple bajo el magisterio de la razón⁵²; él todavía no puede, a su respecto, otra cosa que cantar humildemente a Dios este versículo: "He anhelado desear tus mandamientos"⁵³. Sin embargo, como queda dicho a propósito del ciego, que

51 Cf. Heb. 12,11; literalmente: "un fruto muy pacificado de salvación".

52 El novicio, el joven religioso, se somete a las observancias (silencio, modestia de los ojos, del porte, etc.) por razón y por voluntad. Más adelante, cuando el "affectus" se dé en él, las practicará por una necesidad interior, pues se habrán hecho carne en él.

53 Sal. 118,20. Todavía no es más que un deseo ardiente de una actitud más espiritual.

no deje la mano de trabajar aunque el ojo no vea todavía; el que desea progresar en las grandes cosas debe ser fiel en las pequeñas^{53'} y en aquello en lo que el Creador le ha concedido un poder indiscutible, es decir, en el dominio de su propio cuerpo, ponga su voluntad al servicio del bien. Practique lo que dice el Apóstol: "Hablo un lenguaje humano a causa de la debilidad de vuestra carne. Como vosotros habéis hecho servir vuestros miembros a la impureza y al pecado para cometer el pecado, hacedles servir en adelante a la justicia para santificaros"⁵⁴. Como si dijera: cuando vuestro amor se haya trocado en caridad, cuando vuestra alma haya alcanzado su pureza perfecta, entonces os indicaré, os daré otra consigna muy superior y divina. Entretanto, acoged ésta que es humana para que, así como en otro tiempo, cuando os dejásteis dominar por la negligencia y el pecado fuisteis libres respecto de la justicia, así como hicisteis servir entonces vuestros miembros no a la justicia sino al pecado para cometer el pecado; así, en adelante, les hagáis servir a la justicia para vuestra santificación.

Si alguien, como queda dicho, se muestra fiel en esto, comenzará a experimentar en sí mismo lo que dice David: "Alzaré mis manos invocando tu Nombre. Quede mi alma bien llena de ti, como de un manjar pingüe y

53' Cf. Lc. 16,10.

54 Rom. 6,19.

jugoso"⁵⁵. Si por el espíritu ha mortificado las obras de la carne⁵⁶, si glorifica a Dios por sus obras, su alma, rebosante de gracia y llena del manjar pingüe que da el Espíritu Santo, comenzará a renovarse por la transformación espiritual de su mente⁵⁷ y a revestir el hombre nuevo que ha sido creado según Dios en justicia y en santidad verdaderas⁵⁸.

10. A partir de este momento, las cosas comienzan a adquirir para él un nuevo rostro. Estos dones superiores⁵⁹ que hasta aquí perseguía con ardor en duro trabajo, comienzan a concedérsele muy sencillamente. El cuerpo, humillado por las santas observaciones, se pone espontáneamente en virtud del buen hábito adquirido al servicio del espíritu; el rostro interior del hombre nuevo se renueva de día en día⁶⁰ y se le concede poder contemplar los bienes de Dios.

Ahora, "teofanías"⁶¹ frecuentes y súbitas, maravillosas luces celestiales⁶² reconfortan e iluminan el alma que se esfuerza por mantenerse en un deseo continuo. La

55 Sal. 62,5-6.

56 Cf. Rom. 8,13.

57 Cf. Ef. 4,23.

58 Cf. Col. 3,10.

59 Palabra usada por san Pablo en momentos en que, después de haber hablado de muchos carismas, invita a los corintios a aspirar a los mejores, antes de hacer el elogio de la caridad (I Cor. 12,31).

60 Cf. II Cor. 4,16.

61 Término tomado de Dionisio: gracia mística, visita, como una "aparición" de Dios.

62 Literalmente: "esplendores de los santos", expresión del Salmo 109,4.

Sabiduría, saliéndole al encuentro por los caminos, se le muestra benigna⁶³; como dice Job "Esconde la luz como en sus manos, y después manda que salga de nuevo. A quien él ama, le declara cómo esta luz es posesión suya, y que puede subir a ella y poseerla"⁶⁴.

Esta alma, tan largo tiempo probada, comienza a experimentar ahora dulces e inusitadas consolaciones, en las que reposa con delicia cuando las experimenta, y por las que sufre tormento cuando la abandonan y no vuelven conforme a sus deseos. Se parece a una campesina acostumbrada a una mesa rústica; cuando empieza a saborear esas consolaciones de las que hablamos, es como si por primera vez entrara al palacio del rey. Pero he aquí que se la arroja ignominiosamente, que se la expulsa con violencia, y ella no acepta más que a duras penas volver a su pobre casa. Volviendo a menudo a la puerta del banquete, importuna, audaz y acongojada, como una pobre pordiosera, como una expectante, ansiosa, levanta los ojos, mira hacia uno y otro lado, por si acaso le tienden algo, por si le abren.

Y a veces su audacia e importunidad de tal modo vence y supera los obstáculos que, entrando rápidamente, impulsada por el deseo, llega hasta la mesa interior de la sabiduría. Sin vergüenza alguna se sienta a ella, y al punto mismo en que va a ser expulsada logra oír: "Comed, amigos, bebed y embriagaos, carísimos"⁶⁵.

63 Cef. Sab. 6,17. 64 Job. 36,32-33. 65 Cant. 5,1

Desde ese instante germina en el alma el amor de la santa pobreza, la afición por la soledad, la aversión por las distracciones seculares, la asiduidad en la oración, el celo por el rezo de los salmos.

11. Pero aquí, de no evitárselo con cuidado, sale al encuentro el serio obstáculo de la tentación que, o bien retarda seriamente la marcha hasta aquí próspera y felicísima de muchos, o bien les inclina a veces volver atrás haciéndoles caer en el relajamiento de la tibieza. Lo que la bondad de un Padre había concedido al religioso para que no desfalleciera en el camino empieza éste a considerarlo como suficiente, y fijando aquí un límite a su progreso, en el punto mismo en donde deja de progresar comienza a retroceder.

Más aún, menospreciando la gracia de Dios, y forjándose una vana confianza respecto de la misma y contra la misma, se jacta, ya en su boca ya en su corazón, de que Dios no lo ha abandonado completamente; él come y bebe su propia condenación⁶⁷ cada vez que recibe la gracia de las visitas y consolaciones de Dios⁶⁸ y por

66 Cf. Mt. 15,32.

67 Cf. I Cor. 11,29.

68 En la *Carta a los Hermanos del Mont-Dieu*, Guillermo habla de una comunión espiritual que consiste en rumiar en su corazón los beneficios divinos, particularmente el gran bien de la pasión del Señor (L.I., nº 30). Aquí se trata de una gracia de "visitación", en una conciencia que no lo merece pero que Dios quiere atraer a sí. Lamentablemente el alma abusaría de esta gracia más que gratuita. Pasaje paralelo en Epist. L.I., nº 46; el mismo texto citado del Sal. 80,16-17.

ello se reafirma en una confianza que le mueve a hacer no las voluntades de Dios sino las suyas propias.

“Los enemigos del Señor, dice el Salmista, le mintieron, y permanecerán por los siglos; y él los alimentó con la flor del trigo y los sació con la miel sacada de la roca”⁶⁹. Oye: han sido alimentados, y ¡son enemigos!; Oye: han sido saciados, ¡y son mentirosos! Oye mencionar no sólo el trigo sino la flor del trigo; no la roca sino la miel sacada de la roca, es decir, la divina y escondida gracia de los sacramentos⁷⁰ con la que se afirma que fueron saciados quienes son llamados enemigos suyos; los cuales, de no haber sido enemigos, no hubieran podido quedar saciados tan rápidamente. Porque el que está saciado no pide más de lo que ha recibido pues está lleno y lo que tiene le basta. Esto es: “Después de la primera iluminación —como dice el Apóstol—, después del gusto del don celestial, después de la participación del Espíritu Santo, después de saborear, nada menos que de la buena palabra de Dios y los poderes del mundo venidero, después de haber recibido el conocimiento de la verdad, pecan voluntariamente, y así crucifican y desprecian en sí mismos al Hijo de Dios y profanan la sangre de la

⁶⁹ Sal. 80,16-17.

⁷⁰ Gracia de iluminación, de comunión espiritual en sentido lato, la “res sacramenti” de la que habla Guillermo en la *Carta de Oro* (nº 30). Acerca de los sacramentos en la espiritualidad cisterciense, ver Pain de Cit. nº 13, pp. 145-153.

Alianza en la que fueron santificados y ultrajan al Espíritu de la gracia”⁷¹.

Pues ¿qué otra cosa es crucificar en sí al Hijo de Dios, que obrar el mal para que venga el bien⁷², pecar insolentemente y cargar sobre la cruz de Cristo todos los pecados que se cometen? ¡Oh! si comprendieran lo que sigue: “La tierra que a menudo absorbe la lluvia caída sobre ella y produce plantas útiles al que la cultiva, recibe la bendición del Señor, pero la que produce espinas y abrojos es reprobada y está próxima a ser maldita, y su fin será el fuego”⁷³. Pero volvamos a cosas mejores —como dice el Apóstol— y más conducentes a la salvación”⁷⁴.

Edad adulta: la caridad

12. Entonces, el joven que da buenas esperanzas y cuya juventud empieza Dios a alegrar,⁷⁵ va creciendo hacia el varón perfecto, la edad adulta, a la medida de la plenitud de Cristo⁷⁶. El amor, desde ese momento, comienza a ser fortalecido e iluminado y a trocarse en afecto y a tomar nombre de cualidad superior y de ma-

⁷¹ Hay aquí dos textos entrelazados de la Carta a los Hebreos: Heb. 10,26; 6,4-6; 10,29.

⁷² Cf. Rom. 3,8.

⁷³ Heb. 6,7-8.

⁷⁴ Heb. 6,9.

⁷⁵ Cf. Sal. 42,4.

⁷⁶ Cf. Ef. 4,13.

yor dignidad. Amor iluminado, en efecto, es la caridad. Amor que procede de Dios, que está en Dios, que lleva a Dios. Pero la caridad es Dios. "Dios, se ha dicho, es caridad"⁷⁷. Elogio breve, pero que encierra todo. Todo lo que puede decirse de Dios, puede decirse también de la caridad, salvo esto, sin embargo: que, considerada según su propia naturaleza de don recibido y de Donante, su nombre designa una sustancia cuando se trata del Donante; una cualidad, cuando se trata del don recibido. Pero, por énfasis⁷⁸, también a la caridad, considerada como don recibido se le puede llamar Dios, por el hecho de que la virtud de la caridad, más que todas las demás virtudes forma un todo con Dios y se le asemeja.

¿Qué decir de la caridad? Hemos oído hablar de ella mas no la conocemos, no la hemos visto jamás. El Apóstol la conoció, él que, designándola como "el camino más excelente", se entregó con toda el alma a hacer su panegírico diciendo: "Y ahora os muestro un camino más excelente: Si, hablando lenguas de hombres y de ángeles no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retíne. Y si teniendo el don de profecía y conociendo todos los misterios y toda la ciencia y tanta fe que trasladase los montes, si no tengo caridad, no soy nada. Y si, repartiese toda mi hacienda para alimentar a los pobres y entregare mi cuerpo a las llamas, no tienen

77 I Jn. 4,16.

78 Figura retórica que indica exageración, como la hipérbole.

do caridad, nada me aprovecha. La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no es interesada, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera. La caridad no pasa jamás; las profecías tienen su fin, las lenguas cesarán, la ciencia se desvanecerá. Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza, la caridad; pero la más excelente de ellas es la caridad"⁷⁹.

Este es el yugo suave, la carga liviana del Señor⁸⁰; carga que no agobia al que la lleva sino que lo alivia; carga ligera del Evangelio, suave para aquellos a quienes el mismo Señor les dice: "Ya no os llamaré siervos sino amigos"⁸¹. El que antes no podía llevar el peso de los preceptos de la Ley, después, ayudado por la gracia, encuentra leves los preceptos del Evangelio. El que antes no podía cumplir el: "No matarás"⁸², luego encuentra fácil "dar la vida por sus hermanos"⁸³, y así lo demás.

Sucede como cuando se carga a un animal con un pesado fardo y el animal lo esquiva por resultarle insoportable; se trae una carreta que rueda fácilmente, es decir, el Evangelio, que atraviesa el mundo entero, y el far-

79 I Cor. 12,31-13,13.

80 Mt. 11,30.

81 Jn. 15,15.

82 Ex. 20,13.

83 Cf. I Jn. 3,16.

do que al principio el animal rehuía por resultarle agobiador, después, aumentado doblemente, lo lleva sin trabajo.

Sucede como con el pajarillo sin plumas ni alas que por sí mismo no puede volar; con el peso sobreañadido de plumas y alas vuela sin esfuerzo. O también como con el pan seco que no puede ser tragado solo; y con la ayuda de la leche u otros líquidos se desliza fácilmente por la garganta.

13. Si el amor ha implicado primeramente un esfuerzo y cierta inclinación (*affectus*): la caridad, alcanza la realización (*effectus*)⁸⁴. Desde entonces la mano de la caridad trabaja con tanta mayor presteza cuanto más es ayudada por el ojo iluminado. Puesto que primero trabajamos con la mano, después, con la mano, limpiamos el ojo, de ahí que se diga: "A partir de tus preceptos, comprendi"⁸⁵.

Ahora, el alma empieza a comprender lo que hace y a discernir sus afecciones; de tal modo se empeña en las virtudes que, así como para Dios, ser es ser bueno, así para esta alma justa y santa, ser no es otra cosa que comportarse con toda santidad, justicia y devoción. San-

84 "Affectus" opuesto a "effectus". En otra parte (por ej. en Cont. 17,376,C-D) Guillermo opone ambos términos viendo en el primero el modo con que el hombre puede amar a Dios: en un movimiento afectivo que le lleva hacia él. Dios, al contrario, ama al alma obrando en ella, "haciéndola" una con él; es el "effectus".

85 Sal. 118,104.

tividad respecto de sí misma; justicia en relación a los demás; devoción en relación a Dios. Pues por el acrecentamiento de la gracia divina, el alma justa se impregna de tal modo del deseo de la justicia, que ya ni aún en la más mínima parcela de sus pensamientos, de sus sentimientos o de sus acciones sabe ser ni puede ser otra cosa que enteramente justa, plena e indisolublemente adicta a todo lo que dice relación con la justicia. Lo que hace decir al Apóstol: "La caridad no pasa jamás"⁸⁶.

A veces, es verdad, durante el tiempo de esta vida en el que la caridad sólo logra ver parcialmente, como por un espejo, de manera confusa⁸⁷, puede resultar vacilante o desviada la realización del deseo o de la obra, permaneciendo, sin embargo, siempre sólida e intacta la realidad profunda⁸⁸ de la caridad.

14. Una cosa, ciertamente, es el "affectus", otra el sentimiento afectuoso. "Affectus" es aquí un poder expansivo y permanente instalado en el alma, una fuerza estable y firme contenida por la gracia. Sentimientos afectuosos son aquellos que fluctúan según el variado acontecer de las cosas y de los tiempos. Pues la carne⁸⁹,

86 I Cor. 13,8.

87 Cf. I Cor. 13,12.

88 Así traducimos aquí "affectus"; es más que el sentimiento, es el movimiento profundo.

89 No entendida en sentido de "carnal" sino de lo que se opone al espíritu; la naturaleza opuesta a la gracia en el hombre. "El espíritu está pronto, pero la carne es débil".

debilitada por el pecado original, tropieza a menudo, a menudo cae, a menudo hiere gravemente y se hiere a sí misma; el espíritu, en el interior sufre y se comporta más bien pasiva que activamente ante el mal que se comete en el exterior, en la carne. Sin embargo, no pierde la caridad antes bien, a impulsos de la misma, gime y clama a Dios: "¡Desdichado de mí!, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?"⁹⁰. Lo que hace decir al Apóstol: "Yo mismo que con la mente sirvo a la Ley de Dios, sirvo con la carne a la ley del pecado"⁹¹ y también: "No soy yo quien obra esto, sino el pecado que habita en mí"⁹².

Supongamos un hombre que, como dice san Juan, ha nacido de Dios; se le considera bajo el aspecto del hombre interior. Este hombre no peca, en la medida en que, por el germen de nacimiento espiritual que le ha hecho nacer de Dios y que conserva intacto en su interior, no sólo no aprueba, sino que más bien detesta el pecado que exteriormente comete su cuerpo de muerte. Si una vez u otra es molestado y herido por el asalto del pecado, no muere, porque tiene fija en el cielo la raíz de la caridad; antes bien, al instante se recupera, más vigoroso y animado, recobra fuerzas en la esperanza de alcanzar un fruto más excelente, y se levanta. En efecto, dice san Juan: "Todo el que ha nacido de Dios no comete el pecado, porque la simiente de Dios está en él y

90 Rom. 7,24.

91 Rom. 7,24-25.

92 Rom. 7,17.

no puede pecar porque ha nacido de Dios"⁹³. Observemos la fuerza de estas palabras: "no comete el pecado", dice, porque quien ha nacido de Dios más bien parece que comete el pecado, "y no puede pecar", es decir, no puede perseverar en el pecado, porque sirviendo a la ley de Dios en su alma también se apresura a someter su carne, esa carne que, bajo el asalto de la tentación y del pecado, parecía servir a la ley del pecado.

Pedro, cuando pecó, no perdió la caridad, porque pecó más bien por falta de verdad que de caridad, cuando de boca dijo falsamente que no pertenecía a aquél a quien se había entregado por entero en su corazón. Y es por eso que, al punto, la verdad de su amor lavó con lágrimas la negación de su falsedad.

David, cuando pecó, tampoco perdió la caridad, sino que en cierto modo ésta se paralizó en él bajo el violento golpe de la tentación. No fue aniquilada, sino que quedó como adormecida, y despertándose al instante a la voz del Profeta que le reprendía, David prorrumpió al punto en aquella confesión de ardentísima caridad: "Pequé, Señor", y enseguida mereció oír: "El Señor te ha perdonado tu pecado. No morirás"⁹⁴.

15. Añadamos algo más al elogio de la caridad: el amor se da en la fe y en la esperanza; la caridad, en

93 I Jn. 3,9.

94 II Re. 12,13.

sí misma y por sí misma. Puede ocurrir también que la fe y la esperanza se den sin la caridad, pero no que la caridad se dé sin la fe y sin la esperanza. La fe, en efecto, atestigua que lo que se ama existe; la esperanza, promete su posesión. Por consiguiente el que ama en la fe y en la esperanza, ama del modo como sólo puede ser amado lo que se cree y se espera. En cuanto a la caridad, ella ya posee lo que es objeto de la fe y de la esperanza. El amor, porque ama, desea ver al Dios de la fe y de la esperanza. La caridad, porque ve, ama. Ella es, en efecto, el ojo que ve a Dios.

El alma, de hecho, tiene también sus sentidos; su vista u ojo, que le permite ver a Dios. Así como el cuerpo tiene sus cinco sentidos por los que se relaciona con el alma mediante la vida, así también el alma posee sus cinco sentidos por los que se relaciona con Dios mediante la caridad. Por lo cual dice el Apóstol: "No os conforméis a este siglo sino reformaos por la renovación de la mente, a fin de que procuréis conocer cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta"⁹⁵.

Se nos muestra aquí que los sentidos del cuerpo nos han hecho envejecer conformándonos al siglo presente, y que el sentido del alma nos renueva en el conocimiento de Dios, en juventud de vida, según la voluntad y el beneplácito de Dios. El cuerpo tiene cinco sentidos anima-

⁹⁵ Rom. 12,2. La traducción, por otra parte, literal, se resiente de la interpretación que da Guillermo y que él desarrolla en las líneas siguientes. Hay que entender: "reformaos teniendo una nueva manera de sentir".

les o corporales que permiten al alma dar sensibilidad a su cuerpo. Comenzando la enumeración por lo inferior de la escala son: el tacto, el gusto, el olfato, el oído, la vista. Son también cinco los sentidos espirituales que permiten a la caridad dar vida al alma, a saber: el amor carnal de los padres, el amor social, el amor natural, el amor espiritual, el amor de Dios. El cuerpo está unido al alma por los cinco sentidos corporales, mediante la vida; y por los cinco sentidos espirituales, el alma se encuentra unida a Dios, mediante la caridad.

16. El amor de los padres se compara al tacto, porque el amor que por ellos se experimenta es espontáneo en todos, y es, en cierto modo, tangible y palpable. Se presenta y manifiesta a todos tan espontánea y naturalmente que, aunque uno quisiera, resultaría imposible de evitar. El tacto, en efecto, es un sentido del todo corporal que entra en ejercicio al contacto con cualquier cuerpo, siempre que uno de ellos o ambos estén vivos, a fin de que el tacto pueda ser posible. Doquiera tú te vuelvas, tu cuerpo no puede estar sin el tacto; del mismo modo, tampoco puede tu alma estar sin este afecto. He aquí por qué en la Escritura no se recomienda mayormente este amor, antes bien se lo refrena, para impedir que se torne excesivo, cuando el Señor dice: "El que no odia a su padre y a su madre, no puede ser mi discípulo"⁹⁶.

⁹⁶ Lc. 14,26.

17. En segundo lugar, se compara al gusto el amor social, el amor fraternal, el amor de la santa Iglesia católica; de él está escrito: "¡Oh cuán buena y cuán dulce cosa es el vivir los hermanos en mutua unión!"⁹⁷; porque, así como la vida se derrama en el cuerpo por medio del gusto, así también "el Señor derramó allí la bendición y la vida"⁹⁸. Además, aunque el gusto se ejerce desde el cuerpo, engendra sin embargo el sabor, que afecta al alma; por eso el gusto, que es ante todo corporal, se da también, bajo cierto aspecto, en el alma⁹⁹.

Ocurre lo mismo con el amor social. Por el hecho de establecerse entre hombres que comparten físicamente la misma casa, desempeñan una profesión semejante, tienen idénticas preocupaciones, o por otras razones de este género, amor que se alimenta por el intercambio mutuo de servicios, parecería ser principalmente propio del amor sensible; sin embargo, es en gran medida espiritual, porque, así como el sabor se encuentra en el sentido del gusto, así también la llama de la caridad

⁹⁷ Sal. 132,1.

⁹⁸ Sal. 132,3.

⁹⁹ Literalmente: "animal". "Animalis" es el adjetivo que corresponde a "ánima" (y que no tiene equivalente en español). Los sentidos son más o menos corporales, materiales. El sentido del tacto es el más "corporal"; el de la vista el más próximo al alma.

En cuanto al amor, es más o menos espiritual. Alcanza su más alto grado de espiritualidad en el amor divino. En el amor instintivo de los padres, es el menos espiritual, está más a nivel de alma sensible. Subyacente a toda esta exposición, se encuentra la teoría de la tricotomía: corpus- anima- spiritus.

fraterna arde en este amor del que está escrito: "Es como perfume, que derramado en la cabeza va destilando por la barba de Aarón, y desciende hasta la orla de su vestidura; como el rocío del Hermón —lo que significa luz elevada— que desciende sobre el monte Sión"¹⁰⁰.

18. En tercer lugar, el amor natural se compara al olfato. Este amor es el que hace amar naturalmente a todo hombre, por el solo hecho de participar de la misma naturaleza, sin esperanza alguna de retribución. Este amor, brotando muy vivo de los repliegues secretos de la naturaleza, se instala en el alma, y no tolera que nada de lo que es humano le sea extraño.

Este sentido del olfato es, al parecer, más propio del alma que del cuerpo; porque, para provocarlo, el cuerpo no tiene casi que intervenir, excepto el hecho de servir a modo de instrumento mediante la contracción de las narices. El cuerpo inhala, pero es el alma, no el cuerpo, la que recibe el efecto.

Así, el amor natural parece darse más a nivel espiritual que sensible, porque, dejando de lado el lazo natural que vincula entre sí a todos los hombres, no tiene en cuenta ni el parentesco, ni la sociedad, ni ninguna otra relación por el estilo.

19. En cuarto lugar, se compara el amor espiritual, el amor a los enemigos, al sentido del oído. El oído, en efecto, no ejerce ninguna acción en lo interior, esto es,

¹⁰⁰ Sal. 132,2-3.

dentro del cuerpo, sino de alguna manera en lo exterior. Mediante vibraciones en las orejas, llama al alma para que ésta salga y escuche. Lo mismo ocurre en el corazón, con el amor a los enemigos: ningún instinto de la naturaleza, ningún impulso afectivo imperioso lo suscita, sino la sola obediencia significada por el oído. De ahí que a este amor se le llame espiritual, y también por el hecho de hacernos semejantes al Hijo de Dios y de promovernos a la dignidad de hijos de Dios según estas palabras del Señor: "Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos"¹⁰¹, y los demás.

20. En quinto lugar, se compara el amor divino al sentido de la vista, porque la vista tiene la primacía entre los sentidos, así como la tiene el amor divino entre los demás sentimientos de amor. Sólo los ojos ven, y sin embargo, se dice que por la mirada de los ojos todos los demás sentidos ven. Decimos, en efecto, toca y ve, gusta y ve, y así los demás. Del mismo modo, todo lo que se ama rectamente debe ser amado con amor divino, ya que es claro como el agua que, por un lado, no se debe amar más que por Dios; y por otro, que si se ama algún ser en razón de otro, no es a él al que se ama sino más bien a aquél en razón del cual se lo ama¹⁰².

¹⁰¹ Mt. 5,44-45.

¹⁰² Si amar a causa de otro es amar a ese otro, y si, por otra parte, no se debe amar más que a causa de Dios, la conclusión se impone: todo amor debe estar ordenado a Dios.

De aquí estas palabras: "...de quien procede toda paternidad en los cielos y en la tierra"¹⁰³.

La vista es una energía del alma, simple, poderosa y pura; también el amor de Dios es poderoso porque, cuando es puro, obra grandes cosas, porque, como lo dice un sabio: "nada impuro hay en él"¹⁰⁴. Dios, en efecto, no se digna ser amado junto con otra cosa que no sea amada por causa de él.

La vista está colocada en la alta ciudadela del cuerpo, en el mejor lugar de la cabeza. Tiene debajo de sí, dispuestos según categoría, dignidad, poder, —y esto en virtud de la conformación misma del cuerpo—, a los órganos de los demás sentidos: teniendo más próximos, por decir así, a los más espirituales, y más distantes, a los más corporales. El tacto, en efecto, es el último de todos, y es de todos, el menos noble; aunque al parecer es común a todo el cuerpo, se atribuye, sin embargo, de modo peculiar a las manos.

Así también el espíritu¹⁰⁵ que es la cima del alma, y la fina punta del espíritu, debe ser la sede del amor de Dios, para tener bajo su dependencia a los otros amores, regirlos e iluminarlos, a fin de que ninguno de ellos pueda sustraerse a su calor¹⁰⁶, a su luz. Tiene más cer-

¹⁰³ Ef. 3,15.

¹⁰⁴ Sab. 7,25.

¹⁰⁵ La "mens", que traducimos aquí por "espíritu", es la cima del alma. Ver: Pain de Citeaux, nº 9, p. 46, nota (1).

¹⁰⁶ Cf. Sal. 18,7.

ca de sí a los más espirituales, y más lejos de sí a los más corporales o carnales, cuando amamos al Señor, nuestro Dios, con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, y después al prójimo como a nosotros mismos¹⁰⁷.

La vista, colocada como dijimos, en la parte más noble del cuerpo, parece aún querer sobrepasar la misma condición de lo corpóreo y, en lo posible, imitar el poder del espíritu o de la memoria: en un instante recorre la mitad del cielo, en un segundo cruza al vuelo espacios considerables. Así también, el amor iluminado de Dios instalándose en el alma cristiana, la eleva a una cierta semejanza con el poder divino, haciéndole experimentar la limitación, la insignificancia, la nada de toda criatura en comparación con Dios, infundiéndole esta confianza: que todo lo que es del Padre es también suyo, y que todo, ya Pablo, ya Cefas, ya la muerte, ya la vida, coopera para su bien¹⁰⁸, puesto que todo le pertenece y "para el hombre fiel todo el mundo no es más que riquezas"¹⁰⁹.

21. El órgano de visión, luz natural del alma creada por el Autor de la naturaleza para ver a Dios, es la caridad. Este órgano de visión tiene dos ojos, que par-

107 Cf. Lc. 10,27.

108 Combinación de: Jn. 16,15; I Cor. 3,22 y Rom. 8,28.

109 Texto que se encuentra en Proverbios (17,6 a) según los LXX. San Bernardo lo emplea en su *Vida de San Malaquías* (nº 63).

padean sin interrupción, por movimiento natural, ante la luz de Dios: el amor y la razón. Cuando uno de ellos se esfuerza sin el otro, no va muy lejos; cuando se ayudan mutuamente, es mucho lo que pueden; ellos se convierten entonces en ese ojo único del que habla el Esposo del Cantar diciendo: "Heriste mi corazón, amiga mía, con uno de tus ojos"¹¹⁰.

Ambos se esfuerzan en gran manera, cada uno a su modo: uno de ellos, la razón, no puede ver a Dios sino en aquello que no es; en tanto que el otro, el amor, no se complace en descansar sino en aquello que es¹¹¹. ¿Qué puede, en efecto, por mucho que se esfuerce, aprehender o descubrir la razón como para que ose decir: esto es mi Dios? No le es posible, en efecto, alcanzar lo que es, sino en la medida en que aprehende lo que no es. La razón tiene sus caminos determinados, sus senderos bien trazados por los que avanza; el amor, al contrario, avanza más por aquello de que carece, aprehende más por lo que ignora¹¹². La razón, pues, parece avanzar de lo que no es a lo que es; el amor, dejando tras sí lo que

110 Cant. 4,9. Se encontrará un pasaje semejante en el *Commentaire sur le Cantique* (Pain de Cit. nº 10, pp. 111-113).

111 La razón alcanza a Dios "en lo que él no es", es decir, de un modo negativo, remontando por medio de razonamientos, desde las perfecciones creadas hasta las perfecciones divinas, pero negando lo que lo creado implica de imperfección y límite. El amor, al contrario, alcanza a Dios tal como él es.

112 Uno podrá remitirse a un pasaje del *Commentaire sur le Cantique* donde se habla de la docta ignorancia: Pain de Cit. nº 10, pp. 88-89, con extensa nota explicativa.

no es, goza en abismarse ante lo que es: de allí procede, y aspira naturalmente a volver a su principio. La razón tiene mayor sobriedad; el amor, mayor felicidad.

Sin embargo, como dije, cuando se ayudan mutuamente, cuando la razón instruye al amor y el amor ilumina a la razón; cuando la razón cede ante el impulso del amor, y el amor acepta ser mantenido en los límites de la razón, ellos pueden realizar algo grande. Pero, ¿qué es esto que pueden realizar? Así como el aventajado no puede ni tender a esto, ni adquirir la ciencia de esto más que haciendo la experiencia, así tampoco puede comunicarlo al inexperto, porque como se dice en un libro sapiencial: "El extraño no tiene parte en sus alegrías"¹¹³.

22. A partir de este momento, el alma, que hasta entonces había sido mimada y alimentada delicadamente con las dulzuras del amor, que, también a veces, es verdad, había sido corregida por los golpes del amor paterno, a partir de este momento, digo, he aquí que el amor, fuerte como la muerte¹¹⁴, la traspasa con su dulce espada, destruyendo en ella todo amor y afección por el siglo; la hace morir, aniquilándola completamente, al igual que la muerte mata el cuerpo; a tal punto, que puede decirse de ella lo que se dice de Enoc: no se la encuentra en las ocupaciones del siglo "porque el Señor se la llevó"¹¹⁵.

¹¹³ Prov. 14,10.

¹¹⁴ Cf. Cant. 8,6.

¹¹⁵ Cf. Gén. 5,24.

Pero, mientras que por la muerte, el cuerpo queda privado de todos sus sentidos, el alma, al contrario, por la muerte del cuerpo aprovecha más, se vivifica más, se fortalece más en los suyos. Valerosa, constante y prudentemente, avanza ahora por sus senderos en todo su itinerario, por todos aquellos lugares en los que, hasta allí, por ignorancia, temor o vacilaciones, apenas osaba poner el pie del consentimiento al bien. En efecto, "El camino del Señor es la fortaleza del hombre simple"¹¹⁶. Desde entonces, muerta a las maneras de obrar y a las afecciones del siglo, dice como el Apóstol Pablo: "El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo"¹¹⁷. Estaban mutuamente crucificados, Pablo y el mundo, cuando se desinteresaban el uno del otro, cuando, ligados por sus afectos respectivos, no tenían ni la posibilidad ni la preocupación de aproximarse mutuamente. Sin embargo, aunque toda la vida de Pablo transcurría en el cielo¹¹⁸, no se excusaba cuando las necesidades de los hombres que viven en la tierra, a veces, lo reclamaban. Por lo que decía gimiendo: "Deseo morir para estar con Cristo"¹¹⁹.

¹¹⁶ Prov. 10,29.

¹¹⁷ Gál. 6,14.

¹¹⁸ Cf. Flp. 3,20.

¹¹⁹ Flp. 1,23. Encontramos aquí algunas variantes según los diferentes manuscritos. El que ha seguido Migne es la lección más larga; la cita de San Pablo está alargada: "es mucho mejor", luego el enlace: "Oh! cuánto mejor es...". "Brujas, sin poner el último inciso de San Pablo, añade: "Oh! cuánto mejor es estar en Cristo!". Mazarine, que seguimos nosotros, no tiene la cita completa de San Pablo, ni, lo que es lógico, el complemento: "¡Oh! cuánto mejor es estar con Cristo!"

Pero Cristo estaba con Pablo, el mismo Cristo que dijo: "Yo estaré con vosotros hasta la consumación del mundo"¹²⁰. Cristo con Pablo, ¡qué gran seguridad para Pablo! Estar realmente en Cristo, sea aquí abajo por la contemplación, sea allá arriba por la presencia beatificante, ¡qué santa y gloriosa felicidad para Pablo! El amor de Dios lo elevaba a las alturas; la caridad para con el prójimo, pendiendo como un peso de su cuello, lo curvaba hacia la tierra. Lo que le hace agregar: "Pero que permanezca en la carne, es necesario por vosotros"¹²¹.

23. El alma, por el sentimiento de la caridad¹²², se adhiere indisolublemente a Dios y recoge en el rostro de Dios todos sus juicios¹²³, a fin de obrar y comportarse exteriormente según lo que le dicta en su interior la voluntad de Dios, buena y agradable¹²⁴. Encuentra deleitable dirigir siempre la mirada hacia aquel rostro, y como el libro de vida, leer allí las normas que han de gobernar su propia vida, y encontrar allí lo que le procura la inteligencia, ilumina la fe, fortifica la esperanza, suscita la caridad.

¹²⁰ Mt. 28,20.

¹²¹ Flp. 1,24.

¹²² Literalmente: "el sentimiento de la caridad adhiere".

¹²³ Alusión al Salmo 16,2: "Que de tu rostro salga mi juicio". Más de una vez Guillermo utiliza este texto para mostrar que es en la contemplación de Dios que el alma entiende mejor cuál debe ser su comportamiento práctico, su ejercicio de las virtudes. Así Med. 3,3, 211,D; 7,5,228,A; Exp. 515,D. Ver este último pasaje, muy característico, y la nota, Pain de Cit. n° 11, p. 77.

¹²⁴ Cf. Rom. 12,2.

Desde entonces, el Espíritu de ciencia¹²⁵ enseña con toda claridad a esta alma santa lo que debe hacer y cómo debe hacerlo; el Espíritu de fortaleza le procura la fuerza y las virtudes necesarias para hacer lo que debe; el Espíritu de consejo la dispone para ello. Y cuando esta alma está toda ocupada en ocuparse de Dios, en adherir a Dios, se torna semejante a Dios por el don amoroso de sí y la unidad de voluntades.

Mas, cuando se ve obligada a volver a los hombres y a los negocios humanos, marcada como está por la ley del rostro de Dios, presenta a los hombres un semblante resplandeciente por el óleo¹²⁶ de la caridad divina; lo cual se manifiesta tanto en su gestos como en sus palabras y hasta en un cierto esplendor y gracia que se refleja en todo su exterior. La bondad y la gracia que emanan de ella exigen respeto y lo imponen a los demás, si bien le resulta fácil hacerse obedecer de buen grado en todo lo que reclama.

Si a veces los vicios de los culpables y las costumbres disolutas de los pecadores la hacen salir de este retiro, la verdad y la severidad de los juicios recogidos en el rostro de Dios la hacen aparecer como armada de cuer-

¹²⁵ Encontramos designados el espíritu de ciencia, de fuerza, de consejo; manera velada de señalar algunos dones del Espíritu Santo. Más adelante, n. 35, se tratará también, y de manera más explícita, de varios dones del Espíritu Santo en Cristo Jesús.

¹²⁶ Cf. Sal. 103,15.

nos y con aspecto terrible¹²⁷, pero es evidente que ella resuelve todo según la ley infrangible de la verdad, que dispone todo con peso y medida¹²⁸. Se cede entonces a su caridad, se comprende claramente que esta cólera no es otra cosa que el rigor del amor.

Las ruedas que tiene el espíritu de vida¹²⁹ marchan siempre hacia el cumplimiento de la voluntad de Dios, sin volver atrás para hacer la suya propia. Si se ordena a estos espirituales presidir, presiden con solicitud; si se les ordena estar sometidos, lo hacen con humildad; si se les manda vivir de igual a igual con otros, lo hacen con caridad. Si son superiores, se comportan como padres con sus hijos; si súbditos, como hijos con sus padres; si viven en medio de sus hermanos, se hacen servidores de todos. Muestran a todos un tierno afecto, armonizan con dulzura en el bien; encontrarse con ellos, regocija, vivir con ellos resulta placentero; se les deja con pruebas evidentes de caridad. A los más jóvenes saben testimoniarles, con obras, tierno afecto; a los iguales, un amor que llega hasta la sumisión; a los mayores, un respeto

127 Alusión al pasaje del Exodo donde Moisés, bajando de la montaña, es representado como aureolado por la luz de Dios. La *Vulgata* pone: "cornuta facies" (Ex. 34,29,30,35). Guillermo, en su *Vita Bernardi*, representa al joven abad de Clairvaux bajando de las alturas de la contemplación, signado por la luz divina: "cornuta facies". A Bernardo le costará comprender las debilidades de sus religiosos y éstos se sentirán intimidados ante su vida demasiado angélica (Vita I, nº 29).

128 Cf. Sab. 11,21.

129 Referencia a una curiosa descripción dada por Ezequiel (Ez. 1,20-21).

que los mueve a considerarse como servidores suyos. No buscan sus propios intereses sino los de todos¹³⁰. Si es posible, toman a menudo sobre sí las pruebas de los otros. En todo esto, los miembros de su cuerpo y su buena voluntad se plegarán fácilmente a lo que ordene esta ley suprema (de la caridad): recibieron las arras y las prendas¹³¹ del Espíritu Santo; esta esclavitud de la criatura y de sus miembros en breve ha de mudarse en adopción y manifestación de los hijos de Dios¹³².

24. Pero hablemos ahora de esta comunidad espiritual¹³³ de la que habla el Apóstol, y hagamos el elogio de esta vida vivida bajo una regla, de este bien, de este gozoso convivir los hermanos unidos. El Señor derrama este lugar la bendición y la vida¹³⁴; es por ellos que el Señor ha dicho: "No temas, rebañito mío, porque vuestro Padre se ha complacido en daros el reino"¹³⁵. Para hacer el elogio de esta vida regular, hemos de remontar a los Apóstoles que, según instrucciones recibidas del Señor o del Espíritu Santo que acababa de revestirlos con la fuerza de lo alto¹³⁶, instituyeron para sí un género de vida en el que muchos hombres no serían más que un solo corazón y una sola alma, todo lo tendrían en co-

130 Cf. I Cor. 10,24 y Flp. 2,21.

131 Cf. II Cor. 1,22; o bien 5,5.

132 Cf. Rom. 8,15,19,23.

133 Flp. 2,1.

134 Sal. 132,1,3.

135 Lc. 12,32.

136 Cf. Act. 1,8.

mún, y, acordes, acudirían con asiduidad al templo¹³⁷.

Hay quienes, emulando este estilo de vida de los Apóstoles, no quieren tener más casas ni retiros que la casa de Dios, casa de oración. Todo lo que hacen, lo hacen en nombre del Señor¹³⁸; viven juntos en comunidad, observan un mismo reglamento de vida, no poseen nada en propiedad, ni sus propios cuerpos, ni sus voluntades. Duermen juntos, juntos se levantan; juntos rezan, salmodian o leen. Su voluntad firme e irrevocable es obedecer a sus superiores y someterse a ellos. Mas éstos, velan por ellos como quienes han de dar cuenta de sus almas; efectivamente, éstos les dicen lo que —según se lee en Jeremías— decía Godolías al pueblo de Israel: “Yo responderé por vosotros a los caldeos que vengan a nosotros. Pero vosotros, recoged el trigo, el vino y el aceite en vuestras vasijas, y habitad con seguridad en vuestras ciudades”¹³⁹.

Cada día, por el bien de los demás, inmolan a Dios la sonrisa de su corazón y la alegría de Isaac, el hijo de la libre, el hijo de la promesa¹⁴⁰, y reservan para sí, poniéndose a su servicio, a Ismael, el hijo de la servidumbre. Por el bien de los demás, en efecto, sacrifican los

137 Cf. Act. 4,32 y 2,45-46.

138 Cf. Col. 3,17.

139 Jer. 40,10.

140 Alusión al nombre de Isaac, designado en el Génesis como el hijo de la sonrisa (21,6). Alusión también al sacrificio de este hijo muy amado reclamado por Yavé (Gén. 22).

frutos del espíritu¹⁴¹ y, trabajando por la salvación de los otros, anteponen el servicio del prójimo al gozo de su propio progreso. Predicando sin cesar a sus religiosos el sábado perpetuo¹⁴², los mantienen al resguardo de las preocupaciones del siglo, liberándolos del tormento de las necesidades de la vida. Por lo demás, estas necesidades se reducen a lo mínimo, uno se contenta con poco para vivir. Hábitos toscos, comida frugal, y todo determinado dentro de los límites previstos por la Regla, a fin de que cada uno pueda tener nada más que lo que conviene tener y es suficiente a todos, y no pueda desear más que lo que se le concede.

25. Esta vida ¿no es por ventura la del paraíso, no el terrestre sino el celestial? Pero en este paraíso sólo a los superiores les está permitido comer frecuentemente del árbol de la ciencia del bien y del mal, es decir, conceder las dispensas con discernimiento; en cuanto a los subordinados, ellos no tienen más que obedecer sin juzgar; si alguien tocara de aquel árbol, moriría de muerte¹⁴³.

Todos, y en todo tiempo, se ejercitan en el silencio de los labios y no se hablan entre sí más que por el afecto del corazón. Las frecuentes exhortaciones de los superiores son como aceite que se arroja al fuego pero, lo que

141 Expresión paulina (Gál. 5,22).

142 El sábado representa el reposo de la contemplación: cf. Pain de Cit. nº 14, pp. 114-116; 121-123; 130-131.

143 Cf. Gén. 2,17.

principalmente los inflama, es el mutuo ejemplo que se dan. Ellos se anticipan a porfía con muestras de amor¹⁴⁴ y de respeto, según la recomendación del Apóstol, se estimulan unos a otros para excitarse al amor¹⁴⁵, y se acogen mutuamente¹⁴⁶. No soportan que ninguno de ellos se las dé de solitario, lo que atraería sobre este hombre el reproche de Salomón: "¡Ay del solo!"¹⁴⁷. Ahora bien, consideran solitario a aquél que rehusa abrir su conciencia a un co-hermano, o al que, por sus invenciones inesperadas, por sus originalidades, perturba a la comunidad.

En caso de necesidad, se permite un amable coloquio acerca de lo que conviene al alma y al cuerpo; de lo contrario, reina en todas partes el silencio, que es más amable todavía. Uno se entrega a la oración con celo tan ardiente, tan constante, que todo lugar en el que se ejerce el soberano dominio de Dios, se convierte también en lugar de oración. En perfecta consonancia con la melodía tan piadosa, tan armoniosa, tan ferviente de los salmos, sube a Dios, cual sacrificio, la melodía de la vida, de la buena conducta, del fervoroso entusiasmo de los participantes; melodía compuesta no según las reglas del arte musical, sino según las de la caridad. En los esfuerzos espirituales a los que todos se entregan¹⁴⁸, en

144 Rom. 12,10.

145 Cf. Heb. 10,24.

146 Cf. Rom. 15,7.

147 Ecl. 4,10.

148 También podría traducirse: "en los ejercicios espirituales de comunidad".

el resplandor de gracia que emana de los rostros, del porte, del comportamiento exterior, unos a otros se ven habitados por la presencia de la divina bondad. Desde entonces, ellos se estrechan con afecto tal, que —al igual que Serafines— se inflaman mutuamente en el amor de Dios, y nunca el que comunica a otro su experiencia cree haberle comunicado lo bastante.

Vejez: la Sabiduría

26. Esta es la escuela especializada de la caridad. Aquí se cultivan los estudios, se debaten las disputas concernientes a ella, y se llega a las soluciones, no tanto a fuerza de silogismos cuanto por la razón, la verdad y la experiencia misma de las cosas. Aquí, el que se encuentra demasiado fatigado para proseguir la marcha, podrá sentarse junto a los bagajes que lleva todavía consigo —sus propias servidumbres y las de sus cohermanos—; no se le hará morir, ninguna ley le obligará a volver atrás ni a proseguir la marcha; y si es fiel en permanecer aquí al cuidado de los bagajes, será tratado en el triunfo de la victoria, poco más o menos como aquél que continuó más lejos¹⁴⁹.

El lugar de los bagajes, ¿no es aquél en el que debemos soportar a los que con su poder nos oprimen

149 Alusión a un episodio de la vida de David y a la costumbre en adelante establecida de dar parte igual en el botín a los que hubieran proseguido el camino para combatir al enemigo, y a los que, fatigados, se hubieran detenido para cuidar los bagajes (1 Re. 30,9-25).

y que, por decir así, pisotean nuestra cabeza, a los enemigos que golpean sobre nuestra espalda como sobre un yunque¹⁵⁰, a los hijos que se abrazan a nosotros estrechados a nuestro corazón? Luchas por fuera, por dentro temores¹⁵¹, preocupación cotidiana y aún incesante por todos¹⁵². Pero Jedutún¹⁵³ tiene todavía que seguir más lejos. Largo camino le queda aún por recorrer¹⁵⁴ el que sube a la montaña del Señor y a la casa del Dios de Jacob¹⁵⁵. Sin embargo, no está permitido ir más allá con los bagajes; no obstante, la vejez es digna de respeto¹⁵⁶. Aquí comienza la vejez, inapta para llevar bagajes pero venerable, computada no por el número de años sino por el de virtudes; que respira la madurez de la sabiduría y anhela el cese de los trabajos como recompensa por la milicia cumplida.

27. Al emprender la última etapa, la sabiduría no rechaza la caridad, no la abandona, antes bien la acrecienta; pero en todo caso, como se dijo, siente hastío

150 Cf. Sal. 128,3.

151 Cf. II Cor. 7,5.

152 Cf. II Cor. 11,28.

153 Jedutún, cantor instalado por David en el templo (I Par. 16,41-42). Simboliza el alma contemplativa ocupada solamente en alabar a Dios y libre de la preocupación de los negocios.

154 Cf. III Re. 19,7.

155 Expresión tomada de Isaías 2,3. Esta montaña simboliza el alto lugar de la contemplación. El principio de **De Contemplando Deo** habla de la subida a esta montaña.

156 En una de sus Meditaciones (11,7), Guillermo expresa su amargura porque no se tienen con él, anciano, las debidas atenciones. (Pain de Cit., nº 22, p. 55).

de tener que llevar sus bagajes; orientada ya hacia otros bienes, no piensa en otra cosa que en prepararse y disponerse para entrar en el gozo de su Señor¹⁵⁷. Detesta todo tipo de preocupaciones, y aun cuando emprende algunos trabajos, no ama, con todo, las preocupaciones que éstos engendran. No es que le falten fuerzas para asumirlos, sino que los evita como a un obstáculo. El Señor estimula al alma a dar este paso, y la invita a entrar, como se dijo, en el gozo del Señor: "Amarás —dice— al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu espíritu"¹⁵⁸.

28. Por lo tanto, se nos exigen cuatro sentimientos, los cuales han de estar totalmente dirigidos a Dios. Cuando dice (el Señor): "con todo tu corazón", reclama para sí toda la voluntad; cuando dice: "con toda tu alma", reclama para sí todo el amor; por las palabras "con todas tus fuerzas", designa la virtud de la caridad; por estas otras: "con todo tu espíritu", alude al gozo de la sabiduría. En primer lugar la voluntad mueve al alma hacia Dios; el amor promueve, la caridad contempla, la sabiduría goza.

La sabiduría se encuentra muy en su lugar en la mente. La mente, así llamada porque recuerda (memi-

157 Cf. Mt. 25,21,23.

158 Dt 6,5.

nit)¹⁵⁹ o domina (eminent)¹⁶⁰ en el alma, es atribuída con razón a la virtud que domina sobre las demás virtudes del alma. La mente es, en efecto, una fuerza del alma por la que nos unimos a Dios y gozamos de Dios. Este gozo consiste en cierto sabor divino, de ahí que "sabiduría" derive de "sabor". Este sabor es algo así como un gusto; pero nadie puede expresar adecuadamente en qué consiste ese gusto, ni siquiera el que es digno de gustarlo: "Gustad, dice, y ved qué bueno es el Señor"¹⁶¹.

Este gusto, según el Apóstol, permite gustar la buena palabra de Dios, gustar también las riquezas del siglo venidero¹⁶².

Examinemos ahora más de cerca en qué consiste este gusto que la sabiduría saborea. Comencemos por decir que, si bien el que sube a la cumbre de la sabiduría sube a ella peldaño por peldaño, en todo el recorrido, desde el primer peldaño hasta el último, es la sabiduría (como ella misma lo dice en el libro que lleva su nombre), la que busca a los que la buscan, les sale al encuentro por los caminos y se les muestra llena de benignidad¹⁶³; sin esto, ni la voluntad movería, ni el amor promovería; ni la caridad culminaría en la contemplación, ni

159 Literalmente: "él rememora". Mens - memoria: Guillermo ve una derivación etimológica.

160 Mens - eminent: otra etimología propuesta.

161 Sal. 33,9.

162 Heb. 6,5.

163 Sab. 6,17.

la sabiduría en el gozo. Prosigamos ahora con el estudio del gusto que habíamos comenzado.

29. El Cuerpo de Cristo es la Iglesia universal, tanto la del Antiguo como la del Nuevo Testamento. En la cabeza de este cuerpo, es decir, en aquello que se da primero, y es más antiguo y se encuentra más alto, a saber, la primitiva Iglesia, se distinguen cuatro sentidos: la vista, el oído, el olfato y el tacto¹⁶⁴. Los ojos son los ángeles, en razón de la sublimidad de su contemplación; los oídos, los patriarcas, por causa de su obediencia virtuosa; la nariz u olfato, los profetas, por el conocimiento que tienen de las realidades que no se ven; el tacto, es el sentido comunitario.

Antes de la venida del Mediador, todos estos sentidos estaban en la cabeza, pero languidecían totalmente en el resto del cuerpo, muerto a causa de la ausencia de un único sentido, el del gusto, sin cuyo concurso ni el cuerpo podía vivir, ni ningún sentido podía obtener la fuerza de la vitalidad. Piensa en un alimento que debe mantener a todo el cuerpo; colócalo por encima, por debajo, en torno de cada uno de los sentidos de cualquier lugar del cuerpo; si sólo el gusto llegara a faltar ¿de qué aprovecharía? Mételo en las orejas, húndelo en las narices o en otra parte cualquiera: podrá perjudicar; no po-

164 Dom Déchanet tiene razón en indicar que aquí Guillermo "abusa un poco de la metáfora, justificando así el reproche de sutileza y oscuridad que se le ha hecho" (Oeuvres choisies de Guill. de S. Th., p. 199).

drá, en todo caso, beneficiar. El gusto provoca un dulce sabor que el alma percibe en su fuero íntimo de un modo muy peculiar e inaccesible a los demás sentidos. Esto le permite discernir y apreciar todo lo que recibe, y así, ella se vivifica y se nutre a sí misma y a los demás sentidos.

El gusto, colocado en el límite de la cabeza con el cuerpo, es decir, en la garganta, como uniendo a ambos, designa a aquél que, por su condición carnal, se ha hecho un poco menor que los ángeles¹⁶⁵, que Moisés, Elías y los demás patriarcas y profetas. Manifestando su paciencia y su humildad, se hizo, de algún modo, el más pequeño, el último de todos, mientras ellos, con fuerza poderosa, echaban por tierra a los enemigos de Dios y a sus propios enemigos. Pero él enseñaba a sus discípulos diciendo: "Si alguien te golpea en la mejilla derecha, ¡preséntale también la otra!" ¹⁶⁶.

30. Viniendo después de los profetas y de los patriarcas, función de la Ley y la gracia, la cabeza y el cuerpo, él asimiló, por los misterios de su vida mortal, de su pasión y su resurrección, todo lo que en la Ley, los Profetas y los Salmos era sano, vivificante y útil al cuerpo. Cristo hombre, que es como la boca de este cuerpo, gustó todo esto, lo asimiló por su espíritu y lo hizo pa-

165 Expresión del Salmo 8,6 aplicada a Cristo por la Carta a los Hebreos. (Heb. 6,5).

166 Mt. 5,39.

sar al cuerpo que debe, por ese mismo espíritu asimilarlo a su vez. Por un gusto interior propio de la divinidad, por el cual Cristo — Sabiduría de Dios — se ha hecho nuestra propia sabiduría¹⁶⁷, Cristo hombre ha gustado todas estas cosas y nos las ha hecho sabrosas y útiles.

Teniendo Cristo la vida en sí mismo y comunicando vida y fuerza a todo el cuerpo, hace del acabamiento del cuerpo su propia alegría y la de los ángeles. A los patriarcas y a los profetas les procuró el gozo de ver su día, como él mismo lo dice: "Abraham, vuestro padre, exultó pensando en ver mi día; lo vió y se alegró¹⁶⁸. Y al cuerpo entero le dió de tal modo la alegría y la vida que, vivificado y confortado por este contacto espiritual, se siente invadido por una especie de delirio del alma, que nos hace gritar: "lo que hemos oído, lo que hemos visto y lo que nuestras manos han palpado del Verbo de vida"¹⁶⁹.

Por eso añadimos en todas nuestras oraciones: "Por Cristo Nuestro Señor", sea porque dirigimos todas nuestras oraciones y sacrificios a Dios Padre por medio de él, nuestro mediador; sea porque pedimos que todo lo que esperamos del Padre de las luces, todo don excelente y todo don perfecto¹⁷⁰, nos sea infundido no por las orejas ni por la nariz, sino por él, nuestra boca, nuestro gus-

167 I Cor. 1,30.

168 Jn. 8,56.

169 I Jn. 1,1.

170 Sant. 1,17.

to, nuestra sabiduría, a fin de que a todo el que lo recibiera le sea provechoso.

31. Este es el gusto que nos confiere, en Cristo, el espíritu de inteligencia, es decir, de inteligencia de las Escrituras y de los misterios de Dios. Es lo que hace decir al Evangelista, cuando el Señor apareció a sus discípulos después de su resurrección: "Entonces, les abrió la inteligencia para que comprendiesen las Escrituras"¹⁷¹. Nosotros comenzamos, en efecto, no sólo a comprender el sentido interior de las Escrituras y la fuerza íntima de los misterios y de los secretos de Dios, sino como a palparlos y a tocarlos, por así decir, con las manos de la experiencia. Desde luego, esto no se realiza sino por una especie de sentido de la conciencia y por la enseñanza de la experiencia que conoce, diré más, que lee y siente en el interior de sí misma la bondad y el poder de Dios, todo ese trabajo de la gracia que él realiza en los hijos de la gracia, con bondad poderosa y fuerza irresistible. Entonces la sabiduría va hasta el fin en lo que constituye su dominio; entonces da una enseñanza completa a los que considera dignos de su unción^{171'}; entonces, habiendo aplicado el sello de la bondad de Dios, imprime su impronta y conforma a su imagen todo lo que en nosotros ha sido pacificado y suavizado por esta unción. Si encuentra algo duro, algo rígi-

¹⁷¹ Lc. 24,45.

^{171'} I Jn. 2,27.

do, lo aplasta, lo quiebra, hasta que el alma santificada, inundada por la alegría de la salvación divina y fortalecida por el espíritu generoso de la sabiduría¹⁷², toda gozosa canta a Dios: "La luz de tu rostro, Señor, nos ha marcado, ha llenado de alegría mi corazón"¹⁷³; por lo cual dice el Señor: "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo"¹⁷⁴.

¡Magnífica ciencia que contiene la vida eterna! Vida que consiste en este gusto, porque gustar es, aquí, comprender. Saciado, lleno de alegría, fortalecido por este gusto y sabor, por haber experimentado esta sabiduría, el último de los Apóstoles exclamaba: "A mí, el menor de todos los santos, me fue otorgada esta gracia de anunciar a los gentiles las insondables riquezas de Cristo, y darles luz acerca de la dispensación del misterio oculto desde los siglos en Dios, creador de todas las cosas, para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora notificada por la iglesia a los principados y potestades en los cielos, conforme al plan eterno que El ha realizado en Cristo Jesús, nuestro Señor, en quien tenemos la franca seguridad de acercarnos a El confiadamente por la fe"¹⁷⁵, y un poco más adelante añade: "Por esto yo doblo mis rodillas ante el Padre, de quien procede toda familia en los

¹⁷² Cf. Sal. 50,14.

¹⁷³ Sal. 4,7.

¹⁷⁴ Jn. 17,3.

¹⁷⁵ Ef. 3,8-12.

cielos y en la tierra, para que, según los ricos tesoros de su gloria, os conceda ser poderosamente fortalecidos en el hombre interior por su Espíritu, que habite Cristo por la fe en vuestros corazones y, arraigados y fundados en la caridad, podáis comprender, en unión con todos los santos, cuál es la anchura, la largura, la altura y la profundidad¹⁷⁶. Conviene que prestemos atención a esto: tal vez podamos entender algo de la sabiduría del Apóstol.

32. Ahora bien, con respecto a cuatro atributos de Dios nosotros tenemos dos deberes. Cuatro atributos hay que distinguir en Dios: poder y sabiduría, caridad y verdad o eternidad (que no son más que uno: pues sólo lo inmutable existe verdaderamente). Nosotros, por nuestra parte, tenemos dos respuestas que dar. Su poder, que puede castigarnos, y su sabiduría de la cual nada puede escapar, reclaman de nosotros un temor verdadero, es decir, aquél al que no logran paralizar ni la indolencia de la tranquilidad, ni el refugio que se encontraría en la simulación. Hay simulación cuando fingimos encontrar un trabajo penoso¹⁷⁷ en el cumplimiento de los preceptos, o cuando imaginamos que existe una misericordia no razonable en Dios.

Su caridad y su verdad reclaman de nosotros un amor verdadero, dicho de otro modo, un amor al que no lo-

176 Ef. 3,14-18.

177 Cf. Sal. 93,20.

gran paralizar ni la tibieza de la afección, ni la piedrecita¹⁷⁸ de la desconfianza. ¿Qué reclama, en efecto, la caridad, sino caridad? Ahora bien, la verdad de la caridad y la caridad de la verdad remueven todo escrúpulo de desconfianza. Desconfianza, quiero decir, de que la caridad deje de amar, la verdad pueda inducir a error, la eternidad puede pasar. De ahí que Pablo diga: "Para que podáis comprender, en unión con todos los santos, cuál es la anchura, la largura, la altura y la profundidad"¹⁷⁹. En la altura reconoce el poder; en la profundidad, la sabiduría; en la anchura la caridad; en la largura, la eternidad o verdad; y ésta es la cruz de Cristo.

Y en otra parte, el mismo Apóstol expresa aún más claramente el poder de la soberana sabiduría en nosotros, diciendo: "Por lo cual yo también, conocedor de vuestra fe en el Señor Jesús y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros y de hacer de vosotros memoria en mis oraciones para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo y Padre de la gloria os conceda espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de El, iluminando los ojos de vuestro corazón. Con esto entenderéis cuál es la esperanza a que os ha llamado, cuáles las riquezas y la gloria de la herencia otorgada a los santos y cuál la excelsa grandeza de su poder

178 El "scrupulus", que dio origen a la palabra española "escrúpulo", es la piedrecita que ha entrado en el zapato, en la sandalia, y molesta al caminar.

179 Ef. 3,18.

para con nosotros los creyentes, según la fuerza de su poderosa virtud, que El ejerció en Cristo resucitándole de entre los muertos"¹⁸⁰.

33. Así pues, escuchando las oraciones del Apóstol, Dios nos da el espíritu de sabiduría y de luz para que le conozcamos y le gustemos, o para darse, él mismo, a gustar en nosotros; ilumina nuestros ojos para que veamos lo bueno y para que, habiendo llegado a ser buenos, comprendamos qué son estos bienes hacia los cuales nos impulsa la esperanza de su llamado, o sea, los tesoros de gloria que encierra, para los santos, su herencia. En todo esto se hace patente la bondad o benignidad de aquél que nos ilumina y nos llama.

Y cuando, para que podamos seguir al que nos llama también añade su fuerza, el espíritu de sabiduría nos revela, por la misma experiencia, cuán sobremamente es la grandeza de su poder en nosotros. Desde entonces, quien recibe tal favor, teniendo el paladar del corazón curado por el gusto de la contemplación divina, todo lo discierne, todo lo juzga¹⁸¹. En Cristo, autor de todos los bienes, gusta en primer lugar su retorno a Dios, luego, el perdón de los pecados; tras lo cual, en vez de la cólera —todos nosotros éramos hijos de cólera—¹⁸², se opera en él un acrecentamiento considerable de gracias;

¹⁸⁰ Ef. 1,15-20.

¹⁸¹ Alusión a 1 Cor. 2,15: "El espiritual juzga todo".

¹⁸² Cf. Ef. 2,3.

y todo esto no le adviene más que por Jesucristo nuestro Señor. El, es nuestro Mediador y nuestra sabiduría, que a lo que es locura, lo hace más fuerte que los hombres¹⁸³.

34. En efecto, la bondad de Dios se mostraba desbordante con los hombres, a todos se ofrecía, pero no había nadie que la acogiera, que supiera acogerla o que enseñara cómo había que acogerla; no había nadie que subiera al lugar donde se concedían estos bienes, o que pudiese traerlos hacia aquí. Era menester un mediador entre nosotros y Dios, por cuya intercesión, nuestros bienes pudieran llegar a Dios, y los bienes de Dios a nosotros.

Toda la Trinidad concibió entonces un designio —ese designio del que dijo el profeta: "Que tu consejo (designio) antiguo se realice"¹⁸⁴. Dios veía, en efecto, que todo lo que se refería al hombre no era más que confusión, no era más que turbación; nada permanecía en su propio lugar, nada andaba ordenadamente: Veía al hombre que se había alejado hacia la región de la desemejanza, tan distante, que por sí mismo, ni podía, ni sabía, emprender el camino de regreso.

El ángel había tenido la pretensión de asemejarse a

¹⁸³ Uno esperaría, en referencia a 1 Cor. 1,25, "sapientius" y no "fortius"; "lo que es locura de Dios es más sabio que los hombres" — más sabio que sabiduría humana. Los dos manuscritos, Brujas y Mazarine, tienen "fortius". Migne: "sapientius".

¹⁸⁴ Variante, que por otra parte desconocemos, del Salmo 32,11. De todos modos, no es la versión de los LXX: "é dé boule tou Kuriou eis ton aiona ménei", que traduce exactamente la Vulgata: "Consilium autem Domini in æternum manet".

Dios, diciendo: "Pondré mi trono en el Aquillón y seré semejante al Altísimo"¹⁸⁵. A su vez, el hombre, impulsado por aquello de: "Seréis como dioses"¹⁸⁶, quiso ser Dios. Dijo entonces Dios Padre: Mi Hijo, el esplendor de mi gloria e imagen de mi sustancia¹⁸⁷, ¿tendrá en esa misma semejanza conmigo tantos émulos, iguales y compañeros? Ambos fueron derribados.

La Imagen de Dios, el Hijo de Dios, al ver que el ángel y el hombre hechos a imagen suya, es decir, a imagen de Dios¹⁸⁸, habían perecido por su apetito desordenado de querer ser a imagen y semejanza suya dijo: ¡Ah! ¡sólo la miseria está libre de envidia!; pero debo socorrerlo, puesto que no se opone a ello la justicia. Voy pues a manifestarme al hombre, cual hombre despreciado y el último de todos, varón de dolores que sabe de quebrantos¹⁸⁹, para que él me envidie e imite mi humildad, por la que llegará a la gloria¹⁹⁰ que él deseaba alcanzar con excesiva prisa, y pueda oír de mí: "Aprended de mí que soy paciente y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas"¹⁹¹.

35. El Hijo de Dios se aprestó, por decir así a lan-

¹⁸⁵ Is. 14,13-14.

¹⁸⁶ Gén. 3,5.

¹⁸⁷ Cf. Heb. 1,3.

¹⁸⁸ Cf. Gén. 1,26-27. El ms. de Brujas añade: "Sin embargo, sin ser lo que ella misma era, es decir, la imagen de Dios".

¹⁸⁹ Cf. Is. 53,3.

¹⁹⁰ Cf. Prov. 15,33.

¹⁹¹ Mt. 11,29.

zarse a la empresa de recuperar por la humildad a quien había perecido por orgullo, y podía ser recuperado. Así, poniéndose en el medio entre Dios y el hombre que por alejarse de Dios había sido apresado y amarrado por el diablo asumió y cumplió su papel de buen mediador. Se hizo hombre: "Brotará una vara del tronco de Jesé y retoñará de sus raíces un vástago sobre el que reposará el espíritu de Yavé, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor del Señor"¹⁹².

Reconoce aquí a nuestro fortísimo Atleta el cual, a su entrada en el estadio del mundo, fue ungido con el óleo del Espíritu Santo y que, exultante, se lanza cual gigante a recorrer el camino¹⁹³ de la economía de la salvación humana. Advierte que el Profeta comenzó su enumeración por los dones superiores bajando luego a los inferiores, porque anunciaba el descenso del Mediador. Pero nosotros, que mediante esos mismos dones del Espíritu Santo examinamos atentamente tanto el cumplimiento de la obra del Mediador como su retorno al cielo, comenzamos por los dones inferiores, es decir, por el temor.

Cristo experimentó temor hacia el Padre, pero un temor casto¹⁹⁴, pero un temor filial, que le hacía procu-

¹⁹² Is. 11,1-3.

¹⁹³ Sal. 18,6.

¹⁹⁴ Posible alusión a I Pe. 3,2, en donde se encuentran unidas las palabras "temor" y "casto", sin estar, no obstante, relacionadas entre sí.

rar en todo el honor de éste, diciendo: "Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos"¹⁹⁵; y en el salmo: "Que mi corazón se alegre en el temor de tu nombre"¹⁹⁶ y muchas otras cosas semejantes. Este temor parecía inducirle a tenerse en nada, a humillarse, a despreciarse, para poder restituir a su Padre, reparada, renovada, la obra que este Padre había hecho de él y que había perecido.

36. Así pues, nuestro Mediador experimentó frente al Padre el temor, como algo que subía; experimentó también la piedad frente al miserable, al que era menester reconciliar, como algo que bajaba. Respecto de ambos tuvo la ciencia, porque sabía lo que debía testimoniar a cada uno. Pero contaba, para cumplir su ministerio de mediación, con la buena voluntad del Padre que le venía de lo alto; del miserable, en cambio, que yacía en lo bajo, no podía obtener nada. Sin embargo, como los principios y las leyes de la mediación exigían que obtuviese algo de él, exigió de él la fe. Pero para reclamar de él la fe, se le anticipó con su ternura. Ninguna exigencia hubiera podido ser más eficaz, ya que no le podía resultar difícil al hombre miserable creer en aquél que, con su ternura, se le había anticipado.

Pero como no podía creer en él sin esperanza — pues ¿quién creería en aquel de quien nada esperara? — le

¹⁹⁵ Jn. 4,34.

¹⁹⁶ Sal. 85,11.

ofreció también la esperanza, añadiendo a la esperanza el temor sin el cual no se da verdadera esperanza, temor de ser separado de un mediador tan excelente.

El Mediador, tras haber recibido de su deudor esta garantía de salvación, tornó al Padre; esto ocurrió cuando subió a la montaña para orar solo¹⁹⁷ o cuando, ya en agonía, oraba más instantemente, bañado en un sudor de sangre¹⁹⁸: "Padre, glorifica a tu Hijo"¹⁹⁹. He aquí lo que te doy, he aquí lo que le doy. He aquí lo que recibí de ti, he aquí lo que recibo de él. Ciertamente, soy Mediador y los buenos oficios de mi mediación parecen ya cooperar a su salvación. Pero es un cautivo y está amarrado; lo ha amarrado el fuerte, y de no ver uno más fuerte que él, no le arrebatarán su botín²⁰⁰. Pero envíame tu mano desde lo alto y arrancaré al cautivo de sus poderosísimos enemigos²⁰¹ con el espíritu de fortaleza, con tu fuerza y con tu poder. En efecto, sé lo que he de hacer²⁰²: siendo inocente, moriré por el culpable; y podrá incomparablemente más mi bondad, que la malicia del enemigo, el castigo que sufrirá mi inocencia más que el castigo que merecería sufrir la desobediencia del hombre.

¹⁹⁷ Cf. Lc. 9,28.

¹⁹⁸ Cf. Lc. 22,43-44.

¹⁹⁹ Jn. 17,1.

²⁰⁰ Cf. Mt. 12,29 y Mc. 3,27.

²⁰¹ Cf. Sal. 143,7. y 17,18.

²⁰² Cf. Lc. 16,4.

37. Dijo el Padre: "Lo glorifiqué y le glorificaré"²⁰³. Desde entonces, al fortísimo Mediador le era necesario el espíritu de consejo, porque si el príncipe de este mundo lo hubiera conocido, nunca hubiera crucificado al Señor de la gloria²⁰⁴. El le ocultó en todo el poder de su divinidad, y no le mostró otra cosa que la debilidad —excepto el pecado—²⁰⁵ de la naturaleza humana. Por la santidad de su vida provocó la envidia de su maligno enemigo, y por la debilidad de su naturaleza humana le dio la esperanza de la victoria; por otra parte sus milagros, de los que se valía para fortalecer la fe en su ministerio de reconciliación, atizaban más esta envidia. Engañado el antiguo Engañador infligió la pena debida por el pecado, es decir, una muerte cruelísima, al que no era culpable de ningún pecado. Muerto el justo de una manera injusta, obtuvo de su enemigo a cambio de la justicia vulnerada, es decir, de la muerte que se le había infligido injustamente, un nuevo orden de justicia. Esta justicia de la que ninguna necesidad tenía pues no tenía pecado, la comunicó al hombre pecador, liberando así al delincuente gracias al castigo que a él, inocente, le fuera infligido²⁰⁶. Entonces, entregando en la mano de

²⁰³ Jn. 12,28.

²⁰⁴ Cf. I Cor. 2,8.

²⁰⁵ Cf. Heb. 4,15.

²⁰⁶ Se encuentra una idea paralela en algunos Padres (S. Ireneo, S. Hilario, S. Agustín particularmente). No hay que exagerarla, reconociendo un verdadero derecho que hubiera tenido el demonio en nuestra perdición, derecho que habría perdido al ejercerlo injustamente sobre el Justo por excelencia, el Señor Jesús.

este hombre pecador su cuerpo y su sangre le dijo: Come, bebe, esto te dará la vida. Luego, presentándolo a su Padre dijo: Padre, éste es el precio de mi sangre; si tú reclamas algo por el pecado, he aquí, en pago, mi sangre. Señor y Padre, tú concediste la benignidad y la tierra de mi cuerpo dio su fruto; desde ahora la justicia marchará ante ti y tú caminarás por el camino de la salvación humana²⁰⁷. Para que fuese salvado justamente el que injustamente había perecido, tú, Señor, estableciste normas de rectitud, hiciste en Jacob juicio y justicia²⁰⁸.

38. Saciado con el fruto de esta obra (redentora), el hombre, mediante la sabiduría divina, no sólo fue reconciliado con Dios sino que también ha devenido sabio. Saborea²⁰⁹, en efecto, lo que come. Come y bebe el cuerpo y la sangre de su Redentor, maná celestial, pan de ángeles, pan de sabiduría, y, por esta comida, se transforma en la naturaleza del alimento que come. Porque, comer el cuerpo de Cristo no es otra cosa que transformarse en cuerpo de Cristo²¹⁰ y en templo del Espíritu Santo²¹¹. Ahora bien, este templo, una vez adornado con las virtudes prescriptas, y una vez dedicado al culto según el rito de dedicación arriba mencionado, no puede, en adelante, ser destinado a otros usos ni tampoco admi-

²⁰⁷ Serie de expresiones tomadas del Salmo 84.

²⁰⁸ Cf. Sal. 98,4.

²⁰⁹ "Sabio" - "saborea"; en latín la aproximación es todavía más clara: "sapientia" - "sapit".

²¹⁰ Cf. Jn. 6,57.

²¹¹ Cf. I Cor. 6,19.

tir otro morador que Dios que lo ha construido y lo ha creado. Desde que abandonó el lugar de los bagajes esta alma santificada no ama ni busca en adelante nada terreno, nada material, nada corruptible; y si alguna vez le llega la ocasión, como al pasar, de utilizarlos, no se deleita en ello. Si logra algún éxito en este dominio pasa de largo; si le ocurre algo adverso, no se intranquiliza. Saborea todo lo que le acaece; pues el que ama no puede sino saborear todo lo que le llega cual saliva que baja de la cabeza que es Cristo. Todo lo que se refiere al cuerpo, sea bueno o malo es exterior a él, y a él, que permanece en lo interior no puede alcanzarlo. Por eso el Apóstol, arrojado a un calabozo inmundo, y en cadenas, con el cuerpo oprimido por la tribulación y la miseria, escribía a los discípulos: "Os enviaré a Timoteo para que sepáis todo lo que está a mi alrededor"²¹². Dice "lo que está a mi alrededor", esto es, en lo exterior del hombre, en el ropaje de carne del hombre exterior, que a mí, que estoy adentro, no me alcanza.

39. Esta es la sabiduría de la que dice el Apóstol: "Hablamos sabiduría entre los perfectos"²¹³; de esta sabiduría hablamos como quienes, habiendo oído hablar de ella, no la han visto; como hablaríamos de una ciudad que, sin haberla visto, hubiéramos oído hablar en gran

212 Filipenses 2,23: Guillermo en esta circunstancia juega con la palabra latina "circa", que quiere decir "alrededor", pero evidentemente aquí: "acerca de", "lo que concierne a".

213 I Cor. 2,6.

manera; de la que, quien la hubiera visto, hablaría de modo muy diferente y más expresivo.

Frente a esta sabiduría se alza otra, opuesta a ella, que, al decir del Apóstol, lleva el triste nombre de "sabiduría de los príncipes de este mundo"²¹⁴. Ella se opone a la verdadera sabiduría como el negro al blanco, como las tinieblas a la luz. De la primera se ha dicho: "La sabiduría triunfa de la malicia"²¹⁵. Malicia, es saborear el mal, de lo que se deduce que "sabiduría" viene de "sabor". Así, cuando la sabiduría de los príncipes de este mundo saborea el mal, y no sin astucia o sin voluntad de cometerlo, es del todo contraria a la sabiduría de lo alto. Esta es la malicia que la sabiduría detesta. Puesto que aquí se saborea el bien en sí mismo, allá, el mal en sí mismo; aquí, para conseguirla, se recurre a la prudencia; allá, como se ha dicho, no falta la astucia.

40. Pero, entre ambas, hay una sabiduría intermedia, así como hay un color gris entre el negro y el blanco. El comportamiento que ella adopta frente a una y otra, manteniéndose sea por encima, sea por debajo de ellas, la define²¹⁶; todo depende de la intención, del fin de quien la utiliza. Esta sabiduría es la que el Apóstol llama "sabiduría de este mundo" y que él coloca entre la sabiduría de Dios y la de los príncipes de este mundo²¹⁷.

214 Idem.

215 Sab. 7,30.

216 Por lo tanto, la hace buena o mala.

217 Cf. I Cor. 2,6-7.

Toda ella versa sobre lo útil y lo honesto, y se rige por una prudencia muy cuidadosa. Es asimilada poco menos que a la ciencia, en el sentido de que se ocupa de discernir con prudencia y de distinguir entre lo útil y lo inútil, entre lo honesto y lo deshonesto, aún si la cosa no se refiere a la vida (práctica) y a las costumbres. Ahora bien, la ciencia hincha, la caridad edifica²¹⁸. Y bien, los seguidores de esta sabiduría, en las búsquedas a las que se abocan, trabajan, sea para saber, lo que sólo aprovecha a la curiosidad; sea para parecer sabios, para tener reputación de sabios, lo que no aprovecha más que a la vanidad²¹⁹. Todo su esfuerzo no puede alcanzar ni puede elevarse más allá de lo que puede hacerlo la razón sin el amor.

41. A decir verdad, esta filosofía abarca dos disciplinas, la ciencia de las cosas humanas y la de las cosas divinas. Cuando se ocupa de las cosas humanas, está en su propio dominio; mas, al elevarse a las divinas, cuanto más alto sube tanto más bajo cae, cumpliéndose en ella: "Porque al elevarme yo, tú me estrellaste"²²⁰. A veces, un esfuerzo de sus virtualidades naturales conduce al hombre hasta allí, conforme a lo que dice el Apóstol: lo cognoscible de Dios, es decir, lo que la razón puede conocer acerca de Dios, les es manifiesto, pues en ellos, es-

218 I Cor. 8,1.

219 Cf. S. Bernardo, S. Cant. 36,3 (ver: **Fichier S. Bernard**, en la palabra "science").

220 Sal. 101,11.

to es, dentro de sí mismo, Dios se lo dio a conocer. El los creó, poniendo en ellos lo que es necesario para llegar al conocimiento de Dios. Se elevan, pues, de su ética (ley moral natural) a una cierta física²²¹; gracias a la creación del mundo²²², lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, se deja conocer a través de sus obras; de tal manera que son inexcusables: porque no quieren ir más lejos, ni avanzar cuanto podían hasta la verdadera teología. Conociendo a Dios no le glorifican como a Dios ni le dan gracias, sino que se entontecen en sus razonamientos viniendo a oscurecerse su insensato corazón; y alardeando de sabios, se hicieron necios. Y los que neciamente se apartaron de la teología, también se apartaron miserablemente de la física, al trocar la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de la imagen del hombre corruptible, y de aves, de cuadrúpedos y de reptiles.

Por esto Dios no permite que permanezcan en la ética (en su moral natural) sino que los entregó a los deseos de su propio corazón, a la impureza con la que ellos mismos deshonoran sus propios cuerpos; los entregó a su réprobo sentir que les lleva a cometer lo que es indigno del hombre²²³.

221 "Física": "Ciencia de las realidades y de los fenómenos de la naturaleza; también: conocimiento racional de Dios" (nota de D. Déchanet, o.c. p. 207).

222 O bien: "desde la creación del mundo".

223 Todo este pasaje se inspira y retoma las expresiones de Rom. 1,19-24,28.

Pero la sabiduría siempre triunfa de la malicia²²⁴; conviviendo con Dios²²⁵ siempre sabe hacer progresos sin desfallecer jamás, y desplegándose con fuerza de un confin a otro, gobierna todo con suavidad²²⁶, comportándose sabiamente en las cosas divinas, cautamente en las de la naturaleza, prudentemente en las morales.

42. Así, el alma llena de sabiduría, como se ha dicho más arriba, purificada de toda afección extraña, que sólo experimenta gusto por Dios, despoja en el hombre lo que es del hombre. Adherida a Dios plenamente y en todo, no presta a las criaturas inferiores a Dios más atención que la que Dios mismo les presta, y todo lo organiza y dispone a la luz y con la fuerza de la sabiduría; su comportamiento con las criaturas, su juicio acerca de ellas es del todo conforme a su propia existencia, a su vida; juzga, deduce sus juicios y su justicia de aquél que le da la existencia y la vida²²⁷.

La Sabiduría, como ella misma lo dice, "es el resplandor de la luz eterna, el espejo sin mancha de la majestad divina, emanación pura de la gloria de Dios omnipotente y el soplo de su poder"²²⁸. Por eso el alma llena de sa-

224 Cf. Sab. 7,30.

225 Cf. Sab. 8,3.

226 Cf. Sab. 8,1.

227 Combinación de dos textos de la Escritura: "Feci iudicium et iustitiam" - "Mi acción fue juicio y justicia" (Sal. 118,121), y: "De vultu tuo iudicium meum prodeat" - "De tu rostro saldrá mi juicio" (Sal. 16,2).

228 Cf. Sab. 7,26 y 25.

biduría, lleva en sí misma como el resplandor de la luz eterna y el espejo de la majestad divina; cuando va a la criatura, expresa y manifiesta la imagen de la bondad y de la santidad de Dios; y así como el poder de Dios se difunde en su interior, así también se derrama en lo exterior el efluvio de la gloria y de la caridad divinas, lo que hace decir a Salomón en otro lugar: "La sabiduría del hombre brilla en su rostro"²²⁹ y también: "Los ojos del sabio están en su cabeza"²³⁰, porque si se dirigen a lo exterior no es sino por el poder natural e interior de su cerebro, es decir, de la sabiduría, y no se apartan de la cabeza.

Dice Salomón: "El gran número de sabios es la salud del universo"²³¹. ¡Oh! ¡Feliz humanidad, si en todas partes los necios estuvieran sometidos a los sabios! Mas también, dice un filósofo, ¡feliz humanidad si únicamente gobernarán los sabios o si todos los que gobiernan se entregaran a la filosofía!²³². Pero como los sabios sabiamente rehusan gobernar a los necios, y los necios neciamente rehusan el ser gobernados por los sabios, todo es desatino, confusión y desorden. Los sabios se esconden y se evaden, los niños gobiernan y dominan; y eligen gobernantes que banquetean de mañana y ¡ay de aquél país!²³³. Pero volvamos a lo nuestro.

229 Ecl. 8,1.

230 Ecl. 2,14.

231 Sab. 6,26.

232 Platón, **República** (citado por D. Déchanet, o.c., u. 210, nota 140).

233 Cf. Ecl. 10,16.

43. El alma, iluminada por el espíritu de sabiduría, ama la justicia y odia la iniquidad, por eso, Dios derramó sobre ella el óleo de la alegría, con el cual fue ungido Cristo más que todos sus compañeros²³⁴; Dios lo colmó de gracia. Ella agrada a todos, todos la aman. Al ver esto, aún sus adversarios sienten temor y respeto, porque si la malicia obstinada no quiere imitar la virtud de un hombre de bien, la naturaleza, con todo, no puede desconocerlo. Los que han llegado a esta sabiduría tienen una gracia particular, un lenguaje angélico, la lengua de los ángeles²³⁵, que les permite conversar entre sí por intercambios afectuosos, una gracia espiritual por la que se comunican entre sí nada más que por lo que se manifiesta al exterior. A esta lengua nadie la conoce salvo el Rey de los ángeles y sus ángeles, y los que son del linaje de Israel y son ciudadanos de Jerusalén. Ningún egipcio conoce esta lengua, ningún cananeo la conoce. Se diría que, desde esta vida, ellos comienzan a gustar y a experimentar la felicidad de la vida futura, tanto por la santidad de su vida como por la glorificación del hombre interior y la contemplación y goce de la divinidad; de este modo, obtienen ya, en esta vida, algo de la glorificación de sus cuerpos, glorificación de la cual no gozarán plenamente más que allá arriba.

Después de haber recibido esta gracia de la que

234 Cf. Sal. 44,8.

235 Cf. I Cor. 13,1.

acabamos de hablar, en virtud de la cual gozan de sí mismos en Dios y de Dios en sí mismos²³⁶, los monjes²³⁷ de tal modo experimentan cómo se han desvanecido todas las resistencias de la carne, que lo que concierne a sus cuerpos no es otra cosa, para ellos, que instrumento de buenas obras. Pueden, sin duda, desfallecer a causa de sus miserias y debilidades, pero esto mismo les hace devenir más fuertes en cuanto al hombre interior: "Pues cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte"²³⁸ dice el Apóstol. Los sentidos mismos reciben una nueva gracia, algo así como una gracia de espiritualización: la de los ojos simples y los oídos discretos. A veces, en el fervor de la oración, tan grande es la fragancia de innoto aroma que se expande, tan grande la dulzura del sabor que se siente aún sin gustarlo, tan grande el ímpetu del corazón provocado por el mutuo influjo del

236 El alma unida a Dios le encuentra y goza de él, pero también, es un hecho de experiencia, ella se encuentra entonces a sí misma verdaderamente y goza de sí misma. Guillermo alude a esa gracia en su *Carta a los Hermanos del Mont-Dieu*: "El que está con Dios no está nunca menos solo que cuando está solo. Entonces goza libremente de su alegría; es verdaderamente suyo **para gozar de Dios en sí mismo, y de sí mismo en Dios** — ad fruendum Deo in se, et in se in Deo" (Epist. L.I., nº 1). En el mismo sentido había pedido santa Teresa de Ávila como solución de un enigma, la explicación de estas palabras consideradas como dirigidas por Dios al alma fervorosa: "Búscate a ti en mí" (Vie, par les Carmélites de Paris, II, p. 271).

237 Literalmente: estos "hombres que habitan juntos", llevando una vida de comunidad.

238 II Cor. 12,10.

amor espiritual, que estos hombres creen tener en sí mismos un paraíso de delicias espirituales.

La expresión de sus rostros y todo su exterior, la belleza de su vida, de su comportamiento, de su manera de obrar, los mutuos servicios que con caridad se prestan o aceptan amablemente, todo eso, contribuye a que concuerden y se unan entre sí con gracia encantadora: verdaderamente, no son más que un solo corazón y una sola alma²³⁹. La pureza de su conciencia y la gracia de su vida fraterna les hace inaugurar desde ya la vida gloriosa de sus cuerpos, vida que han de obtener perfectamente en la vida futura y eterna.

44. Porque, así como ahora todos los seres vivos son inundados por la luz del sol, y unos a otros se presentan como inundados por esta luz; así como nosotros nos vemos vivir unos a otros aquí abajo, sin ver, no obstante, la vida misma por la que vivimos; así también, en aquella otra vida, cada uno verá a Dios en todos y todos verán a Dios en cada uno; y sin embargo, no quiere decir esto que veremos a la divinidad con nuestros ojos corporales sino que los cuerpos gloriosos, por una gracia que emanará de ellos, pondrán de manifiesto claramente en sí mismos la presencia de la divinidad²⁴⁰. En el mismo sen-

239 Cf. Act. 4,32.

240 Es necesario oponer los dos primeros términos de la comparación a los dos segundos: aquí abajo los seres vivos se ven vivir recíprocamente, pero no ven la vida de los otros en forma recíproca - allá arriba, los bienaventurados glorificados ven que Dios está en los otros, pero no ven la divinidad misma con los ojos del cuerpo.

tido hay que buscar también, en esta vida, el valor religioso de los sacramentos corporales: ya que mientras "caminamos en imagen" (in imagine pertransimus)²⁴¹ apenas si alcanzamos a conocer los cuerpos y los objetos corporales, es por medio de sacramentos corporales que estamos religados a Dios para que de él no nos apartemos; por eso se dice que "religión" viene de "religar".

Pero una vez que el alma fiel, instruida por estos signos sensibles, comienza a no tener necesidad de ellos y a pasar de las realidades corporales a las espirituales, y de las espirituales al Creador de las espirituales y de las corporales, se puede decir verdaderamente que deja los bagajes²⁴². En efecto, abandonando su cuerpo y todos los cuidados y solicitudes corporales, olvida lo que no es Dios, no para mientes en cosa alguna excepto Dios, y, sintiéndose a solas con Dios dice: "Mi amado es para mí y yo para él"²⁴³. "¿A quién tengo yo en los cielos? Fuera de ti, nada deseo sobre la tierra. Desfallece mi carne y mi corazón; Dios de mi corazón, y mi porción es Dios por siempre"²⁴⁴.

Después sobreviene la muerte. A este tránsito a la

241 Expresión tomada de un salmo (38,7 - ver: arriba p. —(4-) nota (24) y que Guillermo interpreta relacionándola con la conocida expresión de san Pablo: "Nosotros vemos aquí abajo como en un espejo y en enigma, pero entonces veremos cara a cara" (I Cor. 13,12). Aquí abajo caminamos en imagen, no se ve cara a cara.

242 Cf. nº 38 y antes también nºs 26 y 27.

243 Cant. 2,16.

244 Sal. 72,25-26.

vida, los pobres incrédulos lo llaman muerte; en cambio, los creyentes, ¿qué otro nombre le dan sino el de Pascua?²⁴⁵. En esta muerte del cuerpo se muere perfectamente al mundo para vivir perfectamente para Dios; se entra al lugar del tabernáculo admirable, se entra a la casa de Dios²⁴⁶. Todo, siguiendo entonces su curso normal, como dijimos al principio, es llevado por su peso a su lugar: el cuerpo a la tierra de donde fue sacado y de donde, a su tiempo, habrá de salir resucitado para ser glorificado, y el espíritu a Dios que lo creó²⁴⁷.

45. Pero ¿qué es este tránsito a Dios?: es un quebrantarse de todos los lazos, un superar todos los obstáculos, una perfecta felicidad, una eterna dilección; en adelante esta alma santa se adhiere perfectamente a Dios, y más aún, se une verdaderamente a él en tal sentido que puede contarse en el número de aquellos a quienes dice el Señor: "Yo dije: dioses sois, e hijos todos del Altísimo"²⁴⁸.

Este es el fin de aquellos que ponen a Jerusalén como fundamento de su alegría²⁴⁹; de aquellos a quienes la unción del Espíritu Santo les enseña todas las cosas²⁵⁰; de aquellos que, con sabiduría, disponen ascensiones en su corazón para subir de virtud en virtud hasta ver al

245 Interpretado en Ex. 12,11 como "paso".

246 Cf. Sal. 41,5.

247 Cf. Ecl. 12,7.

248 Sal. 81,6.

249 Cf. Sal. 136,6.

250 Cf. I. Jn. 2,27.

Dios de los dioses en Sion²⁵¹; al Dios de los dioses, la bienaventuranza de los bienaventurados, el gozo de los que bien se gozan, en fin, el bien único, de todos los bienes el supremo.

Desde el punto de partida del buen propósito al comienzo de la subida, hasta este término donde todo está consumado, la sabiduría despliega fuertemente su acción guardando cabe sí la fuerza del que sube para que no desfallezca en la subida; disponiendo suavemente todas las cosas, tanto las adversas como las prósperas, ordenando y concertando en él todas las cosas para el bien, hasta conducir al alma a su principio y esconderla en el secreto del rostro de Dios²⁵².

Ahora bien, todo sabio que emprende la subida debe saber que los peldaños de esta subida no son como los de una escala, como si cada una de estas maneras de amar fuera buena sólo en determinados tiempos y no fuera necesaria en otros. A decir verdad, cada modo de amar tiene en la ascensión su tiempo y su lugar, y tiene un papel principal que cumplir en su momento, si bien apoyándose en el concurso de los otros; sin embargo, todos marchan juntos, se apoyan mutuamente, se anticipan, se siguen; y suele suceder a menudo, que los primeros son últimos y los últimos, primeros.

FIN

251 Cf. Sal. 83,6,8.

252 Tejido de citas bíblicas: Sal. 118, 96; Sab. 8,1; Sal. 58,10; Sal. 30,21.

La Oración
de Dom Guillermo

Introducción

Junto a los tratados "De la Contemplación de Dios" y "De la Naturaleza y Dignidad del Amor", Dom Guillermo elabora esta pequeña obra sobre la oración. Como es usual en él, la plegaria y la reflexión se entrelazan con piadosa unción en ese insaciable deseo de Dios que caracteriza a nuestro autor.

Su propósito es saber dónde encontrar a Dios. Como hombre de oración que es, nos describe las vicisitudes y peligros por los que atraviesa el alma durante ella: idolatría, distracciones, sequedades, etc. Su deseo de Dios le hace clamar por la Verdad. Es insoportable la impotencia y el vacío del hombre para encontrar a Jesucristo. El está en el Padre, y el Padre está en El, el uno es el lugar del otro, su localización es la consubstancialidad de la Trinidad.

La Verdad ha sido hallada, a ella se llega más por la "afección del amor" que por la eficacia de la razón. Que cese entonces toda consideración o imaginación para dejar paso a la verdadera oración espiritual, la que el Paráclito ha de hacer en espíritu y verdad.

"La Oración" termina rápidamente en un tono que podríamos calificar de seco, pero en verdad contiene

una invitación a elevar siempre más nuestra plegaria.

Comparando esta pequeña obra con los dos tratados anteriores, a primera vista pudiera pensarse que el abad de Saint-Thierry o bien se propuso comenzar un nuevo tratado, o bien intenta un pequeño resumen de los mismos. Nada de eso, una comparación atenta nos demuestra que es una obra independiente. Hay similitud de ideas, expresiones, estilo, etc., pero también se exponen nuevos pensamientos.

Se hacen precisiones sobre algunos conceptos, por ejemplo sobre el conocimiento del amor; se enfatiza la importancia del "afecto del amor", respecto del esfuerzo de la razón para alcanzar a Dios. Queda claro que Dios está por encima de toda imagen. El "lugar de Dios" queda determinado en la consubstancialidad de la Trinidad. No obstante, el deseo de amar a Dios, de verle, de participar de la intimidad trinitaria por el Verbo y el Espíritu Santo, lo asemeja mucho a "De la Contemplación de Dios".

En opinión de Dom Hourlier, basándose en todos estos indicios y en su ubicación en el manuscrito de Reuil (Mazarine 776), "La Oración" habría sido escrita contemporáneamente al "De la Contemplación de Dios" y al "De la Naturaleza y Dignidad del Amor", quizá un poco después, el año 1122 habría sido el de su composición.

En la brevedad del escrito quedan reflejadas la sen-

sibilidad religiosa y la erudición de nuestro autor. Profundamente compenetrado de la Escritura, el Evangelio de San Juan, los Salmos, y ya desde esta primera época el Cantar de los Cantares, son utilizados como fuentes de su pensamiento, a los cuales une con su formación clásica citando por ejemplo a Zenón mediante San Agustín.

Si bien "La Oración" no pasó al "corpus bernardino", y no figura en ninguna lista de las obras de Guillermo, el manuscrito de Reuil no deja dudas sobre su correcta atribución. No sólo se asemeja a las obras que la preceden, sino que las que más tarde escribiera Dom Guillermo volverán a retomar los mismos temas, expresiones e ideas que esta obra contiene, perfilándose siempre en ellas esa alma enamorada de Dios que fue el Abad de Saint-Thierry.

Un monje de Azul

La Oración de Dom Guillermo *

Señor Jesucristo, Verdad y Vida¹, tú has anunciado quiénes serán los verdaderos adoradores de tu Padre, aquellos que lo adorarán en espíritu y verdad². Libera, te lo ruego, mi alma de la idolatría. Libérala por temor de que al buscarte, ella caiga sobre tus compañeros y empiece a errar detrás de los rebaños³ de éstos, durante el sacrificio de su oración⁴. Que contigo ella se acueste, se sacie de tí, al mediodía del fervor de tu amor⁵.

En efecto, por cierto sentido natural que proviene de su Principio, ella piensa, por así decirlo, de una manera u otra en tu faz a cuya imagen⁶ fue creada⁷; pero, o bien se desacostumbró, o bien no se acostumbró: una tras otra, ella no cesa de recibir otras imágenes, porque buen número de ellas se le ofrecen a la hora de su oración.

Pero cuando lucha por dirigir la atención de su mirada sobre esta faz y no la ve, a veces siente que el esfuerzo de su atención le llega de muy lejos de ella⁸. A menudo, solamente con gran sudor de su rostro puede comer su pan a causa de la antigua maldición⁹. Pero a menudo también no es así, aún no así, sino que es-

tá forzada a volver a la pobreza de su morada, pobre y hambrienta. En efecto, o bien enseguida ella abunda, o bien enseguida abandona¹⁰.

En efecto, lo mismo sucede con el ojo. Para que la pupila vea, no es suficiente que se emita un rayo natural y que su camino a través del aire se encuentre puro y claro, es necesario que ese rayo caiga cuanto antes sobre el cuerpo hacia el cual se destina y sobre el cual termina. Si sigue más lejos, la atención exacta no se consigue por lasitud, sino que abriéndose en varias partes se divide y pierde¹¹. Así es también con la atención de la contemplación o de la oración: si la visión interior de la razón, o del amor¹², no tienen con respecto a tí mismo algo seguro que proponerse cuanto antes a fin de que la afección allí descanse, que la atención allí se termine, que el fruto de la devoción allí se ofrezca y descanse, la contemplación se embota, la oración se entibia, la atención se cansa, la inteligencia se debilita, la razón es impotente.

¿Pero, qué hay para mí en el cielo?, y fuera de tí, ¿qué querer sobre la tierra?¹³ En efecto, si en la oración te busco en este cielo —por cierto magnífico, pero corpóreo— que ves por encima de mí, yerro de la misma manera que si te buscara sobre la tierra que piso. Si te busco en cualquier lugar, o fuera de un lugar, te incluyo en un lugar que tú has creado, o te excluyo de él; y si en tu lugar me imagino Dios mío una forma cualquier-

ra, o algo que tenga forma, me hago idólatra¹⁴.

¡Oh Verdad, contesta, te lo suplico! ¿Maestro, dónde habitas? “Ven, dice, y lo verás¹⁵. ¿No crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí?”¹⁶. ¡Gracias a ti, Señor!, no es poco lo que hemos alcanzado: tu lugar lo hemos encontrado. Tu lugar es tu Padre, y además, el lugar del Padre eres tú. Por este lugar pues, estás localizado, pero esta localización es, de lejos, más alta y más secreta que toda ausencia de localización. Esta localización es la unidad del Padre y del Hijo, la consubstancialidad de la Trinidad¹⁷.

¿Y qué, hemos solamente encontrado un lugar para el Señor?¹⁸, mucho mejor. ¡Oh alma mía, esfuérzate todo lo que puedas!, menos por medio de la eficacia de la razón que por la afección del amor; y si el lugar de Dios es Dios, si esta localización es la consubstancialidad de la Trinidad, rechaza toda la imaginación usual de lugar o local y comprende que a Dios lo has encontrado en él mismo. El mismo lo muestra, por lo que es tanto más verdadero y cierto, que es de él mismo, en él mismo, que él es lo que es¹⁹; y como a propósito de la verdad lo han definido antiguos filósofos: “él posee el ser con tal título, que nada existe que pueda ser para él un título para no ser”. ¿Qué hay de más cierto, qué de más sólido sobre lo cual podría dirigirse nuestra atención, a la cual podría adherirse nuestra afección?²⁰.

Pero también, si a veces en nuestra oración nos abra-

ORACIÓN

zamos a los pies de Jesús²¹, y apegados a la forma de su humanidad que hace una sola persona con el Hijo de Dios, formamos alguna afección corporal, por así decir, no erramos, sin embargo atrasamos e impedimos la oración espiritual²²; él mismo nos lo dice: "Os conviene que yo me vaya. Porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros"²³.

Pero si cediendo totalmente a la indolencia y a la inercia clamamos a Dios desde lo profundo de nuestra ignorancia²⁴, como encerrados en un calabozo; y si queremos ser escuchados mientras no tenemos cuidado de la gracia del rostro de aquél hacia quien clamamos; y si no damos importancia al hecho de que él se irrite o apacigue cuando nos da lo que le pedimos con tal de que lo recibamos, que a aquel que actúa de esta forma le baste lo que recibe de Dios. En efecto, no sabe pedir gran cosa a Dios, y no será gran cosa lo que recibirá²⁵.

AQUI TERMINA



NOTAS

* Las siguientes notas han sido tomadas de J. Hourlier, O.S.B. en "La Contemplation de Dieu. L'Oraison de Dom Guillaume". Sources Chrétiennes N° 61 (bis), Ed. du Cerf, Paris 1959, p. 50; y de R. Thomas, O.C.S.O. "Priere - Contemplation de Dieu", Pain de Citeaux N° 23, Chambarand, pro-manuscripto, p. 16.

1 Cf. Jn. 14,6.

2 Cf. Jn. 4,23. "Adoradores en espíritu y verdad". He aquí una de las citas preferidas de nuestro autor. La adoración en espíritu y verdad, es para Guillermo la oración espiritual, último estadio de su división tricotómica de la vida sobrenatural, propia de los espirituales, y por la cual el alma alcanza a Dios sin valerse de imágenes, gustando sólo lo que es divino. Guillermo nos quiere mostrar ya desde un principio la cima desde donde podremos contemplar a Dios lo más claramente que se puede en esta vida mortal.

3 En esta alusión al Cantar de los Cantares, "los compañeros" de que se trata no son los del Esposo sino los de la esposa (el alma), esto es: memoria, imaginación y deseo que debilitan el vigor espiritual del alma en la oración incitándola a la idolatría con sus representaciones materiales.

4 "Sacrificium orationis"; expresión repetida en la "Meditación X" (P.L. 180, 236A), en el comentario a la Epístola a los Romanos Lib. V vers. 26. (P.L. 180, 637C) y en la Carta de Oro, (No. 106, Studium, p. 107).

5 Cf. Cant. 1,7.

6 "Alma, imagen de Dios". Clave de la espiritualidad de Guillermo y el foco hacia el que convergen todos sus escritos, incluido el presente. Se percibe claramente el esfuerzo del alma para unirse a su "forma formatrix", la Trinidad, en perfecta visión y gozo. Si el hombre ha sido creado para esta perfecta visión y gozo, debe poseer en sí algo que le habilite para tales actos. Este algo es la imagen divina (memoria, razón, voluntad) tratado por S. Agustín en un plano puramente psicológico (cf. entre otros pasajes, De Trin. IX, 2,2ss.), es trasladado al plano ontológico por Guillermo, quizás animado por el bosquejo de la imagen del Niseno en su tratado "De hominis opificio". El alma, viene a decirnos Guillermo, es imagen, por contener "alíquo modo" la Realidad que expresa. (Cf. J.M. Déchanet O.S.B.

"Oeuvres choisies de Guillaume de Saint-Thierry", París, 1944. pp. 248-255).

- 7 Cf. Gén. 1,27.
- 8 Guillermo concibe aquí tres maneras de comportarse Dios con el alma que le busca en la oración:
 - a) Dios se entrega al alma desde el primer momento, diciendo entonces que Dios se ha anticipado a los esfuerzos del alma.
 - b) Dios es encontrado tras penoso trabajo del que ora.
 - c) Dios deja partir al alma de la oración, sin que aparentemente nada haya logrado, retirándose entonces pobre y hambrienta.. Cf. Collectanea OCR XXI (1959) p. 278.
- 9 Cf. Gen. 3,17-19.
- 10 Es la trayectoria que sigue el alma en su marcha hacia Dios, una línea ondulada, acentuada en los comienzos del camino. El alma siente la euforia espiritual, valga la expresión, al notar esas "afecciones" o "unciones" por parte del Espíritu Santo. Mas cuando el Consolador no hace sensible su presencia, el alma siente el peso de su miseria. Lo importante en tal caso es no abandonarse, hay que llamar insistentemente a lo alto. A medida que avanza el alma notará una cierta imposibilidad y una mayor estabilidad, que los antiguos llamaban "apatheia". (Cf. "De Natura corporis et animae" Lib. II P.L. 180,725 A).
- 11 El órgano visual es descrito por Guillermo en su "De Natura corporis et animae" con todo detalle. Es, según él, el más digno de los órganos por su semejanza con la razón humana. Guillermo parece influído por Empédocles ya que adopta su teoría del conocimiento: "Lo semejante se conoce por lo semejante", por tanto todo el proceso sensitivo, o su análogo el cognoscitivo se reduce a:
 - a) Una capacidad de conocer por parte del órgano visual o del entendimiento que implica una semejanza ontológica con el objeto cognoscible.
 - b) La visión sensible o intelectual: reencuentro del cognoscente con el cognoscible. El órgano o el entendimiento no son puramente pasivos en este reencuentro, sino activos y pasivos a la vez.
 - c) La asimilación: conformación del cognoscente con el cognoscible.
- 12 Guillermo atribuye al amor cualidades cognoscitivas según la célebre frase de S. Gregorio Magno por él tan repetida: "Amor ipse notitia est" (Cf. Hom. in Evang. XXVII, 4, P.L. 76, 1207 A). En otros pasajes nos habla del amor como de un sentido especial, "sensus amoris", que actúa con plenitud en las últimas etapas de la vida espiritual

cfr. "Comentario al Cantar de los Cantares", P.L. 180, 491 D): "Cognitio sponsae ad Sponsum et amor idem est, quia in hac re amor ipse intellectus est".

- 13 Cf. Sal. 72, 75.
- 14 Cf. Deut. 5,8.
- 15 Cf. Jn. I, 38-39. "¿Dónde habitas?". Pregunta ésta que toca las fibras más íntimas de nuestro autor. Véase, por ejemplo, la "Meditación VI", P.L. 180, 223 D.
- 16 Jn. 14,10. La respuesta del Señor ocasiona en Guillermo una instantánea alegría.
- 17 Valiente exposición. En un lenguaje estrictamente filosófico, escolástico, es evidente que Dios no puede quedar circunscripto por lugar alguno, pues repugnaría a su misma Esencia; sin embargo, Guillermo, con aquel sentido apofático-trascendente captado sin duda del Pseudo-Dionisio, afirma la localización de Dios en la consubstancialidad de la Trinidad; en "De la Contemplación de Dios" Cont. 12 para ser más preciso emplea la palabra "homousion". No se puede afirmar con certeza quién le haya proporcionado tal concepción de la localización de Dios; pero he aquí el blanco, y fundamento a la vez de su oración espiritual y el venero de su sustanciosa doctrina.
- 18 Cf. Sal. 131,5.
- 19 Expresión que recuerda a Scoto Erígena: "ex se ipso, in se ipso, per se ipso est quod est".
- 20 El intelectual Guillermo no podía menos de dejarnos aquí algunas muestras de sus amplios conocimientos y de sus elucubraciones metafísicas. Mantiene el espíritu abierto a toda cultura y siempre está dispuesto a asimilar lo que tienen de aprovechable. El testimonio de los antiguos parece ser el de Zenón que trae S. Agustín en "Contra Académicos" II, V, 11 y que el P. Capánaga O.R.S.A. traduce así: "sólo puede tenerse por verdadera aquella representación que es impresa en el alma por el objeto mismo donde se origina y que no puede venir de aquello que no es". O más breve y claramente: "lo verdadero ha de ser reconocido por ciertos signos que no puede tener lo falso". ("Obras de S. Agustín", BAC, T. III. Madrid, 1974, pág. 127).
- 21 Cf. Mat. 28,9.
- 22 Un pasaje semejante lo encontramos en "Comentarios al Cantar de

ORACIÓN

los Cantares" (P.L.180, 478 CD). "...dándonos a entender que la devoción a la Humanidad de Cristo —conocimiento de Cristo según la carne— es tan sólo una etapa en la vida espiritual. Cristo se nos presenta como mediador, precisamente, por tanto, que la realidad de su cuerpo de carne nos conduzca a la no menos realidad de su naturaleza divina. El hombre espiritual se detiene menos que el "animal" en los diversos "rostros" de Cristo según la carne para adherirse más a la persona del Verbo". (J. M. Déchanet, "Exposé sur le Cantique des Cantiques". Sources Chrétiennes No. 82, Ed. du Cerf. Paris, 1962. pp. 90-91, nota 3).

El tema de Cristo mediador está ampliamente desarrollado en la ya aludida VI Meditación donde Guillermo nos presenta a Cristo como la única puerta del cielo, de la misma Trinidad.

No olvidemos que estamos en el tercer estado de la vida espiritual, el de los "pneumáticos", donde se da esta oración espiritual desprovista de imágenes. Guillermo considera normal que el monje ascienda a tal estadio, por eso expone esta doctrina de la oración espiritual como algo corriente. Bernardo, en cambio, no tan especulativo pero más realista, tendrá este estadio por excepcional, de hecho, privilegio de unos pocos; por eso se detiene ampliamente en la consideración de la Humanidad de Cristo, "Verbum abbreviatum", Ejemplar enviado por el Padre para todos los hombres.

23 Jn. 16,7.

24 Cf. Sal. 129,1.

25 Advertencia para tener en cuenta el "verdadero rostro de Dios", sin olvidarnos de su trascendencia.

60

INDICE BIBLICO

I — "DE LA CONTEMPLACION DE DIOS"

GENESIS:

1,2	pág.	58
1,9	"	65
3,7	"	43; 69
6,3	"	44
6,16	"	38
8,1	"	65
8,6-7	"	65
8,11	"	65
15,11	"	65
22,14	"	33

EXODO:

25,40	pág.	40
33,18	"	43
33,20	"	36
33,21	"	37
33,22	"	37, 39
33,23	"	37

NUMEROS:

5,29	pág.	54
------	------	----

I SAMUEL:

3,10	pág.	47
------	------	----

III REYES:

17,9ss.	pág.	69
---------	------	----

JOB:

7,18	pág.	41
39,6	"	69

SALMO:

3,9	pág.	54; 62
5,12	"	59
9,5	"	57
12,2	"	44
18,6	"	56
26,8-9	"	36, 40
28,8	"	36
30,21	"	71
32,6	"	56
33,3	"	42
34,3	"	35
35,9	"	43; 48
35,10	"	48; 71
41,3	"	45
57,2	"	55
62,3	"	43
67,13	"	67
70,9	"	71
75,11	"	51

79,18	pág.	55
79,20	"	34
81,6	"	60
85,10	"	54
102,1	"	33
103,18	"	39
103,30	"	65
111,3	"	48; 61
117,17	"	69
118,114	"	36
118,131	"	69
119,5-6	"	44
125,1-2	"	44; 63
131,3	"	69
131,5	"	39
138,24	"	48
143,15	"	61

PROVERBIOS:

8,18	pág.	61
30,15-16	"	45

ECLESIASTICO:

1,14	pág.	44
12,13	"	53, 65

ECLESIASTES:

34,28	pág.	65
40,1	"	65

SABIDURIA:

4,3	pág.	52
5,16	"	37; 39
18,14-16 (14-15)	"	56

ISAIAS:

2,3	pág.	33
52,10	"	40
65,14	"	44

JEREMIAS:

2,24	pág.	69
17,5-6	"	65
32,41	"	42

OSEAS:

8,9	pág.	69
-----	------	----

DANIEL:

9,23	pág.	38
------	------	----

MATEO:

1,21	pág.	55
9,20ss.	"	38
11,27	"	64
12,34	"	69
17,4	"	43
22,37-39	"	42, 68
25,21	"	51, 51

MARCOS:

9,5	pág.	43
10,51	"	35

LUCAS:

9,33	pág.	43
10,27	"	54, 72
11,9	"	43

JUAN:

3,8	pág.	44, 63, 70
3,35	"	67
9,34	"	36
13,1	"	55
14,6	"	67
15,4	"	72
15,9-10	"	67, 68
15,26	"	58
17,21-22	"	51, 60, 61
20,16	"	35
20,17	"	38
20,24	"	38

HECHOS:

1,4	pág.	45
4,12	"	55
17,28-29	"	60

ROMANOS:

3,19	pág.	57
5,5	"	63
8,11	"	58, 62
8,15	"	59, 59
8,31	"	47
8,32	"	56
9,15	"	57
14,17	"	51

I CORINTIOS:

1,24	pág.	72
6,9	"	46
6,17	"	64

II CORINTIOS:

1,22	pág.	45
3,18	"	39, 48
4,16	"	64
5,15	"	37, 43

GALATAS:

4,6	pág.	59
5,19-21	"	52

EFESIOS:

1,18	pág.	46
2,10	"	63
4,3	"	50

FILIPENSES:

1,19	pág.	62
2,8	"	55
3,12-15	"	45; 49

II TESALONISENSES:

2,10	pág.	34
------	------	----

TITO:

1,2	pág.	70
-----	------	----

HEBREOS:

1,1-2	pág.	55
3,14	"	60
8,5	"	40
9,3-4	"	38

SANTIAGO:

1,17	pág.	59
------	------	----

I PEDRO:

1,12	pág.	46
------	------	----

I JUAN:

2,16	pág.	35; 52
4,8	"	66
4,10	"	45; 55; 57
4,20	"	40

APOCALIPSIS:

8,1	pág.	51
21,6	"	65
22,15	"	38

II — "DE LA NATURALEZA Y DIGNIDAD DEL AMOR"

GENESIS:

1,26-27	pág.	89; 142
2,7	"	89
2,17	"	127

3,5	pág.	142
3,19	"	84
5,24	"	120

6,3	pág. 87	42,4	pág. 105
21,6	" 126	44,8	" 154
22,1	" 126	48,13,21	" 86
EXODO:		50,14	" 137
12,11	pág. 158	58,10	" 159
20,13	" 107; 158	62,5-6	" 101
32,31-32	" 93	72,25-26	" 157
34,29-30.35	" 124	80,16-17	" 103; 104
DEUTERONOMIO:		81,6	" 158
6,5	pág. 131	83,6,8	" 159
I REYES:		84,6	" 147
30,9-25	pág. 129	85,11	" 144
II REYES		91,10	" 88
12,13	pág. 111	93,20	" 138
III REYES:		98,4	" 147
19,7	pág. 130	101,11	" 150
NUMEROS:		103,15	" 123
16,41-42	pág. 130	109,4	" 101
JOB:		118,20	" 99
28,28	pág. 92	118,96	" 159
36,32-33	" 102	118,104	" 108
SALMO:		118,121	" 152
4,7	pág. 137	128,3	" 130
8,6	" 134	132,1,3	" 114; 114; 125
16,2	" 122; 152	132,2-3	" 115
17,18	" 145	136,6	" 158
18,6	" 143	143,7	" 145
18,7	" 117	143,15	" 85
21,15	" 87	PROVERBIOS:	
30,4	" 92	10,29	pág. 121
30,21	" 159	14,10	" 120
32,11	" 141	15,33	" 142
33,9	" 132	17,6a.	" 118
38,7	" 92; 157	ECLESIASTES:	
41,5	" 158,	2,14	pág. 153
		4,10	" 128
		8,1	" 153
		10,16	" 153
		12,7	" 84; 158

CANTAR DE LOS CANTARES:

2,16	pág. 157
4,9	" 119
5,1	" 102
8,6	" 120

SABIDURIA:

6,17	pág. 102; 132
6,26	" 153
7,25	" 117; 152
7,26	" 152
7,30	" 149; 152
8,1	" 152; 159
8,3	" 152
11,21	" 124

ISAIAS:

2,3	pág. 130
11,1-3	" 143
14,13-14	" 142
53,3	" 142

JEREMIAS:

40,10	pág. 126
-------	----------

EZEQUIEL:

1,20-21	pág. 124
23,20	" 93

MATEO:

5,39	pág. 134
5,44-45	" 116
11,29	" 142
11,30	" 107
12,29	" 145
15,32	" 103
25,21,23	" 131
28,20	" 122

MARCOS:

3,27	pág. 145
------	----------

LUCAS:

9,28	pág. 145
10,27	" 118
12,32	" 125
14,26	" 113
16,4	" 145
16,10	" 100
22,43-44	" 145
24,45	" 136

JUAN:

3,8	pág. 98
4,34	" 144
6,45	" 83
6,57	" 147
8,56	" 135
12,28	" 146
15,15	" 107
16,15	" 118
17,1	" 145
17,3	" 137

HECHOS:

1,8	pág. 125
2,45-46	" 126
4,32	" 126; 156
26,24	" 94
26,29	" 94

ROMANOS:

1,19-24.28	pág. 151
3,8	" 105
6,19	" 100
7,17	" 110
7,24	" 110
7,24-25	" 110
8,5	" 87
8,13	" 101
8,15.19.23	" 125
8,28	" 118
9,3	" 93

12,2	pág. 96, 112, 122	4,13	pág. 105
12,10	" 128	4,23	" 101
15,7	" 128		
I CORINTIOS:		FILIPENSES:	
1,25	pág. 141	1,23	pág. 121
1,30	" 135	1,24	" 122
2,6-7	" 148, 149	2,1	" 125
2,8	" 146	2,21	" 125
2,15	" 140	2,23	" 148
3,22	" 118	3,20	" 121
6,19	" 147		
8,1	" 150	COLOSENSES:	
10,24	" 125	3,10	pág. 101
11,29	" 103	3,17	" 126
12,31	" 107		
13,1	" 154	II TIMOTEO:	
13,7	" 97	4,3	pág. 97
13,8	" 109		
13,12	" 109, 157	HEBREOS:	
13,13	" 101, 107	1,3	pág. 142
		4,15	" 146
II CORINTIOS:		6,4-5.6	" 105
1,22	pág. 125	6,5	" 132 (134)
4,16	" 101	6,7-8	" 105
5,5	" 125	6,9	" 105
5,13	" 93	10,24	" 128
7,5	" 130	10,26.29	" 105
11,28	" 130	12,11	" 99
12,10	" 155		
GALATAS:		SANTIAGO:	
5,22	pág. 127	1,17	pág. 135
6,14	" 121		
EFESIOS:		I PEDRO:	
1,15-20	pág. 140	1,22	pág. 96
2,3	" 140	3,2	" 143
3,8-12	" 137		
3,15	" 117	I JUAN:	
3,14-18	" 138	1,1	pág. 135
3,18	" 139	2,16	" 98
		2,27	" 136, 158
		3,9	" 111
		3,16	" 107
		4,16	" 106

III "LA ORACION"

GENESIS:

1,27	pág. 172
3,17-19	" 172

DEUTERONOMIO:

5,8	pág. 173
-----	----------

SALMO:

72,25	pág. 173
129,1	" 174
131,5	" 173

CANTAR DE LOS CANTARES:

1,7	pág. 171
-----	----------

MATEO:

28,9	pág. 173
------	----------

JUAN:

1,38-39	pág. 173
4,23	" 171
14,6	" 171
14,10	" 173
16,7	" 174

INDICE GENERAL

Dedicatoria	pág.	3
Contenido	"	5
Presentación	"	7
Nota del Editor	"	9

GUILLERMO DE SAINT - THIERRY

Vida	pág.	13
Obras	"	14
Fisonomía espiritual	"	18
Doctrina	"	21
APENDICE	"	24
SIGLAS	"	24

DE LA CONTEMPLACION DE DIOS

Introducción	pág.	29
I — PARTE		
1. Prólogo	"	33
2. Deseo de Dios	"	34
3. La contemplación de la humanidad de Cristo	"	36
4. Las perfecciones divinas en la creación	"	40
5. Vicisitudes de la contemplación	"	42
Amor de deseo y amor de fruición	"	44
6. Perfección del amor y deseo sin fin	"	45
7. La unidad del espíritu	"	49
8. Oración. Naturaleza del amor	"	51

II — PARTE	
9. Clamor a Dios	pág. 54
10. El amor a Dios y la misión del Hijo	" 54
El amor no se fuerza	" 56
11. El amor de Dios y la misión del Espíritu Santo	" 57
El Espíritu de adopción	" 58
Amor y felicidad	" 61
Amor y conocimiento	" 62
Oración para pedir el Espíritu Santo	" 64
12. La verdadera filosofía	" 66
El Espíritu sopla donde quiere	" 68
13. Oración final	" 71

DE LA NATURALEZA Y DIGNIDAD DEL AMOR

Introducción	pág. 77
1 — 2 Prólogo	" 83
3. Nacimiento del amor	" 88
4 — 11. Juventud: el amor	" 90
12 — 25. Edad Adulta: la Caridad	" 105
26 — 45. Vejez: la Sabiduría	" 129

LA ORACION DE DOM GUILLERMO

Introducción	pág. 163
Texto	"

INDICE BIBLICO	pág. 175
INDICE GENERAL	" 183
SIGLAS	" 24

Próximos a celebrar la ASUNCION de la Ssa. VIRGEN MARIA, patrona singular de los cistercienses, se terminaron de imprimir quinientos cincuenta ejemplares de esta obra el 28 de julio de 1976, en los talleres GRAFITAN (Bmé. Mitre 828), de la vecina ciudad de TANDIL, ARGENTINA.

